



SILENCIO

ELISABET CASTRO RODRIGUEZ

Multiverso 

Tenía ganas de vivir, pero me destrozaron la vida dejándome rota, sola y sumergida en mi silencio. Veía a mi madre sufrir y mi hermana pequeña intentaba ayudarme para hacerme sentir mejor. Pero necesitaba a mi propio salvavidas y ese salvavidas era Dylan, un amor inalcanzable.

¿Podría volver a ser feliz y escapar de este silencio que atormentaba mi ser? No estaba segura, pero iba a intentarlo.

SILENCIO

ELISABET CASTRO RODRÍGUEZ

Multiverso
EDITORIAL



A mi padre.

Y para todas aquellas personas que alguna vez fueron,
pero que siempre serán.

Prólogo

—Camina, no te gires ni grites, si lo haces te mataré —dijo una voz fuerte y profunda detrás de mí.

En ese momento no sabía si correr o gritar. Sentí escalofríos y accedí a lo que aquel individuo me dijo para proteger mi vida.

Me llevó a un oscuro callejón, donde no pude ver su rostro. Allí lo esperaba otro chico.

Sus movimientos fueron rápidos y en cuestión de segundos estaba recostada en el suelo debajo de sus cuerpos. Las manos del primer chico hicieron presión en mi boca, mientras que el otro se deshacía de mi ropa.

Intenté forcejear, pero tenían mucha más fuerza que yo. Me dejé hacer, no tenía escapatoria y, cuando pensé que el dolor no podía ir a más, mi cuerpo convulsionó.

Un arma de electrochoque incapacitó e inmovilizó mi cuerpo temporalmente.

Mi cuerpo entero sangraba y el dolor aumentaba. No podía gesticular ni pronunciar ningún sonido. Todo mi cuerpo se encontraba paralizado, solo podía llorar.

Hoy era un día muy importante y especial para mi madre. Hoy iba a ser el día en el que me presentaría a su nueva pareja. Un hombre que le hacía muy dichosa y al que yo estaba contenta de conocer.

Hoy debía de ser un día feliz y lleno de buenas emociones. Pero nada de eso había sido.

Mi madre se había pasado toda la tarde probándose vestidos y escogiendo aquellos pequeños detalles que la harían verse espectacular. Se veía feliz, realmente lo era.

Annie, mi hermana pequeña de tres años, miraba a mi madre, con sus grandes y profundos ojos negros, como si fuera la magnífica reina de uno de sus cuentos.

Me encantaba la repostería, así que tuve la iniciativa de hacer el postre favorito de mi madre y Annie. Solo ellas conocían mis dotes culinarias y ahora quería que Matt y su hijo las conocieran también.

Matt, la pareja de mi madre, tenía un hijo tres años mayor que yo. Estaba feliz por hacer ese postre y ver a todos la alegría en sus rostros, pero al salir de ese supermercado todo eso había desaparecido.

—¡Detente o la matarás! —gritó uno de los chicos.

Sus palabras se escuchaban muy lejanas...

—Ya hemos conseguido lo que queríamos, no quiero ir a la cárcel por tu culpa. ¡Déjala! —volvió a gritar esa voz.

Mi cuerpo ya no respondía, mis ojos se cerraban y el dolor paró. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que me desmayé. Me encontraba perdida y desorientada.

Asustada volví a abrir los ojos y visualicé mi alrededor. Ya no había nadie, habían huido.

Quise levantarme, pero todo mi cuerpo tembló. Me arrastré hasta la pared para tener un lugar de apoyo.

El dolor no cesaba e inconscientemente miré mi cuerpo. Mi ropa estaba rota, solo llevaba una camiseta y mi ropa interior. Mi piel estaba repleta de grandes hematomas y en mis piernas había dos grandes heridas ovaladas rodeadas de magulladuras y cortes.

Toqué mi cara con mis frágiles y temblorosas manos, sentía un dolor aplastante. No quería ni imaginar cómo se veía.

Paulatinamente me fui levantando del suelo con la ayuda de la pared. Necesitaba salir de ese oscuro callejón y llegar a mi casa. Mi madre debía de estar muy asustada.

No estaba segura de cuánto tiempo había transcurrido, pero había parecido una eternidad.

Mi cuerpo no se mantenía mucho tiempo de pie, así que continuamente necesitaba parar.

Las calles estaban poco transitadas. Pasé por delante de algunas personas, pero no me proporcionaron su ayuda. Me miraban con repugnancia.

Volví a llorar, ¿por qué me pasaba esto a mí?

Pude divisar cómo me acercaba, cada vez más, a casa. Las luces se encontraban encendidas y un coche, que no conocía, se encontraba aparcado delante de mi casa.

Observé movimiento dentro, con dificultad avancé hasta la puerta principal

y llamé.

Una mujer totalmente desesperada se encontraba al otro lado de la puerta.

—¡Oh cariño! —manifestó mi madre mientras me abrazaba—. Pensaba que... si te hubiera pasado algo malo...

Entonces se percató de lo que había ocurrido. Sus ojos se ensalzaron y grandes gemidos desgarradores salieron de su boca.

—¿Pero qué te han hecho, hija? —cuestionó asustada al observarme.

Quería decirle que ahora me encontraba bien y que estaba con ella. Pero el silencio apareció. Nada podía articular.

Capítulo 1

—Nada de lo que ha sucedido ha sido tu culpa —repetía mi madre con lágrimas en los ojos, mientras me abrazaba.

Unas rápidas y fuertes pisadas se oyeron en las escaleras.

—¡Adeline! —escuché pronunciar de la dulce voz de mi hermana.

Levanté la vista y allí se encontraba ella, preocupada y extrañada, al lado de un hombre que era desconocido para mí.

Tuve miedo e inconscientemente fui retrocediendo al mismo tiempo que nuevos sollozos aparecían.

—¿Adeline? —volvió a decir Annie.

Nada. Nada es lo que pude pronunciar. Nada es lo que respondí a esa pequeña niña. Nada era lo que me habían dejado esos dos chicos y todo era lo que se habían llevado.

Intenté responderle, pero no pude. Mi hermana me miraba con sus ojitos bien abiertos.

Lo había arruinado todo.

—Debemos llevarla a algún hospital para que...

No quería que nadie me volviese a tocar y no quería volver a sentir lo mismo.

Negué repetidamente con la cabeza.

—Adeline, necesitamos ir al hospital para que los médicos te revisen y te puedan hacer un examen físico completo. Por favor, cariño —volvió a sollozar—. No me separaré de tu lado, pero necesitas ir.

No estaba segura de hacerlo, pero lo haría por ella, por mi madre.

—Llamaré a Dylan para que se quede con Annie.

—No quiero molestar a tu hijo.

—Ahora formamos parte de una misma familia, Rebeca.

El silencio volvió para hacer presencia.

—Ven, cariño, vamos a por una manta.

Quería ir con mi madre, para que me abrazara y me confortara entre sus brazos, pero no podía.

Dejé de prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor y me sumí en mis pensamientos.

Sabía que me hablaban, pero yo no podía contestar y esas palabras acabaron siendo simples murmullos.

Los días que estuve ingresada en esa habitación blanca de hospital, los pasé mirando por la pequeña ventana que daba a un jardín. Desde allí se podía observar a la gente hablar, las ambulancias que se iban y volvían, las personas que llegaban al hospital y, lo más importante, mi familia. Sabía cuándo Annie llegaba, ya que siempre preguntaba a las enfermeras cómo se encontraba su princesa enferma y fanfarroneaba por los hermosos obsequios que me otorgaba.

Fueron unos días muy duros. Los médicos me elaboraron una historia clínica con el día, la hora y el lugar del suceso; cogieron muestras de algunas zonas de mi cuerpo; y me hicieron varias pruebas.

Corporalmente habían sido rasguños, cortaduras y grandes hematomas, pero espiritualmente había quedado muerta.

«Muda», escuché decir a los médicos. La consecuencia de ese suceso tan doloroso y aterrador había sido la mudez.

Podía observar a mi madre a unos cuantos metros de mí. La encontraba demasiado débil y demacrada. Sus ojos estaban vacíos y sin luz.

Estaba sola, sentada en esa silla fría, mirándome y preocupándose por mí. Solo por mí, olvidándose de ella.

Matt trabajaba y Dylan cuidaba de mi hermana. Cuando el novio de mi madre volvía de trabajar, traía a Annie para que estuviera con nosotras.

La puerta se abrió y una especie de torbellino apareció. Annie, mi pequeña Annie. En sus manos llevaba un papel, un dibujo lleno de colores y vida, y una rosa azul. Detrás de ella apareció Matt y...

Mi cuerpo reaccionó, me senté en la cama y me tapé con las mantas. Empecé a temblar.

Mi madre se dio cuenta y se acercó a mí para susurrarme que ese chico no quería hacerme nada, que estaba segura.

Ese chico era Dylan, había escuchado hablar de él, pero nunca lo había visto.

—¡Adeline! Mira qué te he dibujado —dijo mi pequeña mientras se subía a la cama con la ayuda de mi madre.

Su entusiasmo y alegría se contagiaba y el miedo que sentí desapareció. Una gran sonrisa se dibujó en mi rostro.

Feliz miré el dibujo que me había hecho.

—Esta de aquí soy yo —señaló a la figura con dos coletas y un vestido verde— y esta eres tú. Me estas narrando un cuento.

Ahora no podría volverle a explicar ningún cuento ni preguntarle cómo le había ido el día y qué había hecho en el colegio.

—Si quieres, puedo explicarte los cuentos yo.

Acaricé su mejilla y asentí con la cabeza.

—También te he comprado una rosa, bueno, ha sido Dylan —dijo mirándolo—. ¿Es tu favorita verdad?

Mis ojos fueron a parar a los de ese chico, unos ojos azules que me miraban con intensidad. Una intensidad que avivaba todo mi cuerpo.

Acerqué la rosa para que el aroma llegase hasta mí. Su magnífico aroma sumergió mi cuerpo en una completa tranquilidad.

Vi cómo Matt saludaba a mi madre y le proporcionaba un beso y una acaricia. Esos contactos erizaban mi piel. Cerré mis ojos.

«Addy, no quieren hacerte daño».

—Hola, Adeline —dijo Matt acercándose lentamente a donde yo estaba—. ¿Cómo te encuentras? ¿Bien? —preguntó preocupado.

Asentí con la cabeza.

—Me alegro —contestó sinceramente.

—Mamá, ¿puedo contarle a Addy el secreto? —preguntó inocentemente.

—No creo que sea buena idea —las palabras de Matt fueron interrumpidas por las de mi madre.

—Adeline, quería contarte esto cuando Annie, tú y yo estuviéramos solas, pero con Annie es imposible guardar los «secretos» durante mucho tiempo.

—Lo siento —murmuró la pequeña.

—Con todo esto que ha pasado, quiero que estés más segura y protegida. Estoy todo el día trabajando y no tengo el tiempo que me gustaría para cuidarte. Matt y yo habíamos pensado en la posibilidad de mudarnos, las tres, a su casa.

Aparté la mirada.

—Mírame, por favor —me pidió mi madre—. Adeline, queremos ayudarte,

te prometo que no voy a permitir que te ocurra nada.

Su mirada me suplicaba. No podía hacer nada, ¿de qué me iba a servir? Ya no tenía ilusiones, estaba sola en el camino.

—Te he prometido que nada malo te iba a pasar. Sé que es difícil creer en ello, Adeline, pero esto es serio. Cariño, por favor...

Confiaba ciegamente en mi madre, así que acepté.

Unos toques se oyeron en la puerta. Un doctor y un policía entraron por esa puerta.

—Buenos días, sintiéndolo mucho, no podréis estar aquí. Deberán salir de la habitación hasta que la policía acabe de formular todas sus preguntas. La señorita estará bien.

—No quiero dejar a mi hija sola, está muy asustada y yo no...

—Tranquila, confíe en ellos, todo saldrá bien.

Mi madre, antes de irse, se dirigió hacia mí y me abrazó muy fuerte.

«Tranquila, mamá, no te preocupes. Sé fuerte», pensé mientras yo le devolvía el abrazo.

—Adeline —me llamó el policía.

Me giré para verlo.

—Soy el inspector Reid, estoy al mando de tu caso. Voy a tener que hacerte un par de preguntas. ¿Estas dispuesta a responderlas?

Asentí tímidamente.

—¿Recuerdas lo que ha pasado?

Asentí con la cabeza.

—Voy a darte un papel y un bolígrafo. Quiero que escribas las respuestas a lo que yo te preguntaré.

Cogí con mis manos temblorosas lo que ese hombre me proporcionaba. Quería que esos dos chicos pagaran por lo que me habían hecho y lo que me habían hecho sentir. Me habían hecho sentir como un ser que no merecía vivir, como alguien que no merecía ser feliz ni querida, y, en unas cuantas horas, lo habían conseguido.

—Voy a volverte a formular la pregunta, no te quiero presionar. ¿Recuerdas lo que ha pasado?

«Violada», escribí con miedo esas 7 letras.

—¿Puedes hacerme una reconstrucción de lo que pasó?

«Estaba oscuro, iba hacia casa desde un supermercado y decidí coger un atajo por un aparcamiento...», empecé a escribir en el papel fuertemente.

—Tranquila, no hay prisa.

«Estaba mirando el móvil, me agarró y me llevó hacia un callejón sin salida. Allí había otro chico esperando...», mi respiración aumentó.

—¿A que olía ese callejón?

«No lo sé, solo podía percibir sus colonias».

—¿Qué tipo de ropa llevaban?

No escribí la respuesta a esa pregunta.

—¿Adeline? —preguntó alargando la mano para tocarme.

Fue ahí donde reaccioné. Alterada y llorando empecé a arrancarme el catéter que llevaba conectado con suero y medicamento.

—¡Enfermeras! —llamó el inspector.

Esas mujeres llegaron rápidamente. Realmente no escuchaba a nada ni nadie de mi alrededor. Solo quería gritar y llorar, pero me era imposible. Quería desaparecer y que este sufrimiento se acabase, pero los recuerdos volvían y revivía a cada instante cada uno de los golpes, cortes y quemaduras.

Mis ojos se cerraron y me abrazó una increíble paz. Mi respiración se tranquilizó, todos esos gritos que había a mi alrededor desaparecieron.

Lo último que vi fueron los ojos de mi madre llenos de lágrimas.

Lloraba, temblaba y tenía mucho frío. Estaba sola, o eso creía.

Las risas se empezaron a escuchar y, con ellas, los susurros de la gente, gente que nunca había visto. Miré a mi alrededor. ¿Dónde me encontraba? No conocía nada. Entonces vi una figura muy familiar, se encontraba lejos de mí. Lentamente me fui acercando.

Una niebla muy oscura y densa, similar al humo, apareció. Era un lugar espeluznante y sombrío. Volví a fijar la mirada a esa figura, me acerqué lentamente y pude ver quién era. No me lo podía creer. Mi padre, mi padre estaba allí.

Los recuerdos dolorosos de su muerte vinieron a mi mente como cuchillos. Destrozando un poco más de mi cuerpo. El cáncer había destrozado todas las esperanzas y la vida de mi padre. A medida que iban pasando los días, noté cómo mi padre iba muriendo poco a poco, cómo su cuerpo se llenaba de dolor y cómo los latidos de su corazón eran cada vez más lentos.

Después de este suceso, cogí la costumbre de leerle por las noches un libro que él mismo me había comprado cuando yo era pequeña. Este era un libro que tenía como protagonistas una familia de pájaros, compuesta por una madre y un hijo.

Mi padre siempre me repetía la frase que decía la mamá pájaro a su hijo: «Lo que más me gusta del día, lo que de verdad me hace feliz, es irte a buscar y abrazarte fuerte... ¡Hasta mañana no me separo de ti!».

Una vez había acabado de leerme el cuento, me daba un beso e iba a su cama a dormir. Pero esa costumbre acabó cuando mi padre cerró sus grandes y negros ojos para siempre. Cuando él murió, no pude despedirme, y, aunque no me lo podía creer, ahora él se encontraba delante de mí para hacerlo. Iba a despedirme de él después de seis años.

Fui hasta él y lo envolví en mis brazos, sintiendo la paz que deseaba.

—Adeline, vuelve, cariño, estamos aquí. Tranquila, ha sido un sueño.

Abrí mis ojos desesperada, busqué a mi padre en esa habitación, pero no estaba. Él volvía a estar lejos de mí. Intenté gritar para que el volviera, pero...

—Cariño, ¿qué quieres decirme?

Desesperada cogí un papel y escribí con manos temblorosas: «Papá ha estado conmigo».

—Addy, pensaba que... —empezó a pronunciar, pero no la dejé terminar.

«Quiero irme de aquí», volví a escribir, no aguantaba ni un minuto más en esa habitación, deseaba irme.

—Ahora llamo a las enfermeras, mientras dormías ha venido al médico para darte el alta. Tienes que tomar estas pastillas y ponerte estas dos cremas en las quemaduras. Además, nos han proporcionado información sobre un curso de lengua de signos. Piensan que tienes una mudez a causa del incidente traumática, aunque esto puede ser temporal.

Las enfermeras entraron y terminaron de explicarle a mi madre lo que les había dicho el médico.

—Nos vemos en un par de días, Adeline, ya puedes irte a casa.

—Ven, vamos a cambiarte —dijo mi madre con mis pertenencias en sus manos.

Me miré en el espejo del baño que había en la habitación y apenas me reconocí. Arañazos, moretones y cortes adornaban todo mi cuerpo.

Inconscientemente toqué mi rostro.

—Con un poco de maquillaje podemos taparlo —contestó mi madre intentando animarme.

Capítulo 2

Miré nuevamente el plato de comida que había delante de mí. No había probado nada durante días.

—Adeline, necesitas comer algo. Llevas una semana sin comer. Puedes ponerte enferma... —habló mi madre llorando— ¿No te importa? —preguntó exaltada.

Realmente no me importaba. Y negué con la cabeza.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Tu... tu familia no te importa? —preguntó temblando.

Muchas veces quería arreglar las cosas, pero volvía a elegir estar sola. Elegía un lugar donde me sentía segura y nadie me hacía preguntas.

Presentía que nunca volvería a ser feliz. Todas las satisfacciones desaparecieron, incluso las pequeñas cosas. Cada día me repetía que había sido un mal día, que pasaría. Pero el problema no desaparecía y el malestar continuaba.

Me miraba en el espejo y encontraba a una persona que no reconocía. Me encontraba perdida. Las ojeras de debajo de mis ojos se volvieron mucho más oscuras y el brillo que solía haber en mi mirada desapareció.

Me alejé de mi familia y los ignoré por completo. Oía todas las noches los sollozos de mi madre y los intentos por parte de Matt para tranquilizarla.

Los gritos desesperados de mi madre resonaron en el comedor. Levanté la vista de ese plato y observé los rostros de las diferentes personas que se encontraban alrededor de la mesa. Hacía varios días que nos habíamos mudado a la casa de Matt.

Dylan no hablaba, Matt intentaba tranquilizar a mi madre y Annie... Annie tenía que estar presenciando cómo su hermana había sido destruida y se deshacía en pedazos.

«Perdóname», le supliqué entre pensamientos, a la misma vez que me levantaba de la silla.

—¿A dónde vas? —preguntó alarmada.

Seguí mi camino sin prestarle atención.

—¡Adeline, contéstame!—vociferó agarrándome la muñeca.

Ojalá pudiera hacerlo. Ojalá pudiera decirte que no te preocuparas por mí, que no me importaba morir, ya estaba destruida.

«Suéltame por favor, no lo hagas más difícil».

—Rebeca, cálmate, estas asustándola —dijo Matt.

Comprendía que mi madre también lo estuviera.

«Te quiero, mamá», pensé antes de abrazarla.

Cerré los ojos y pensé cuánto la quería mientras la abrazaba. La apreté muy fuerte, quería demostrarle que mi familia y ella sí que me importaban.

Cuando acabé ese abrazo, observé a mi madre y me fui corriendo hacia mi habitación.

Me encontraba tumbada en la cama de mi habitación con la mente en blanco, con la mirada perdida en un punto fijo. No me quedaba ninguna lágrima por derramar.

De repente, alguien tocó la puerta. Ni siquiera me moví.

—Adeline —susurró una voz masculina poco conocida para mí.

Giré la cabeza y contemplé a la persona que había al otro lado de la puerta, Dylan.

—¿Puedo entrar? —dijo indeciso—. Rebeca me ha dicho que la tarta de manzanas es tu favorita y te he preparado una —acabó de hablar con una sonrisa.

Rápidamente me senté en la cama y temerosa le dejé entrar. No iba a hacerme daño, solo quería ayudarme.

Tenía curiosidad por ese pastel que me había preparado y me quedé mirando, hechizada, el dulce que ese chico me ofrecía como si fuera un tesoro.

Dylan se echó a reír y lo movió delante de mis ojos. Cogí el trozo de pastel y me lo llevé a la boca, mordiéndolo con decisión. Él observaba cómo lo hacía, observaba cómo tragaba.

Más tarde, se acercó a mí y se sentó en mi cama. Levantó su mano e intentó tocarme.

Imágenes de esa noche revivieron en mi mente. No podía dejar que nadie me volviera a tocar y que me hiciera daño.

Negué instantáneamente.

—No quiero hacerte daño, quiero ayudarte. ¿Sabes una cosa? —manifestó

mientras yo negaba y le daba paso a sus palabras—. Las cicatrices no desaparecen nunca. Las heridas cicatrizan y dejamos de pensar en ellas, pero su huella se queda permanentemente. Adeline, debes de ser fuerte.

Quería preguntarle si él tenía alguna cicatriz, pero las palabras no me salían. Ahora era yo quien quería acariciar su rostro y sus prohibidos y tentadores labios. Un escalofrío recorrió toda mi espalda. Deseaba a ese chico.

—Ven, Addy —me invitó a tumbarme a su lado tendiéndome la mano.

Era una locura todo lo que estaba pasando en esos momentos entre los dos, no debía tumbarme con él en la cama. Pero igualmente lo hice.

—¿Alguna vez te has tumbado en una cama al lado de un chico? —preguntó él.

Los últimos seis años, después de la muerte de mi padre y de los problemas a los que sobrevivimos, había sido una chica solitaria e introvertida. Nunca me había acercado a un chico de esa manera.

Moví la cabeza expresándole la respuesta. No, nunca había estado en una cama con un chico.

Dylan entrelazó sus dedos con los míos y los colocó encima de su corazón.

—Mira qué provocas en mí, Adeline —susurró con deseo.

Su corazón latía de forma rápida y fuerte.

—¿Alguna vez te han besado? —volvió a preguntarme acercándose provocativamente.

Negué rotundamente.

—Entonces, me alegro de ser el primero —susurró.

Colocó una mano a cada lado de mi cuerpo, se cernió sobre mí y cerré mis ojos antes de que nuestros labios se devoraran.

Mi cuerpo empezó a temblar. Tenía mucho frío y Dylan no estaba conmigo. Miré a mi alrededor y me encontraba en un oscuro y sucio callejón. Pero todo en cuestión de segundos desapareció. No había nada excepto esa oscura y densa niebla que ya había presenciado desde hacía una semana. ¿Por qué me pasaba esto?

Mi respiración empezó a entrecortarse y el miedo se apoderó de mí. Escuché gritos, unos gritos de súplica.

Dos chicos le estaban haciendo daño a una chica. Poco a poco me acerqué

a donde se encontraban ellos.

No pude creer lo que estaba viendo, esa chica era yo y esos dos chicos fueron los que me rompieron a pedazos.

«¡Solo es un sueño, no van a hacerte daño!».

Estaba atemorizada, comenzaba a escuchar voces y cada vez se acercaban más y más a mí. Todo pasó muy rápido. Tapé mis oídos y bajé mi cabeza intentando soltar un grito de horror. No podía más.

—Adeline, princesa, todo ha sido un sueño —intentó calmarme mi madre.

Estaba extenuada, mi cuerpo estaba impregnado en sudor y un dolor se apoderó de mí. Iba a ser imposible superar todo este dolor.

Todo había sido un sueño. Había sentido todo tan real. Las manos, los susurros y los labios carnosos de Dylan habían sido producto de mi imaginación. Como también había sido producto de mi imaginación las manos de esos seres inhumanos en mi cuerpo.

Dylan me hacía sentir nerviosa y él era el único culpable de que esos sucesos ocurrieran en mi interior. Pero también existía el miedo, el miedo a que me tocasen, el miedo a que me besasen y el miedo a que se aprovecharan y me lastimasen.

—Necesitas salir de casa. Podemos ir a dar un paseo por el centro o al río, tú eliges.

Realmente necesitaba salir de aquí, esas cuatro paredes me oprimían. Pero tenía miedo de estar rodeada de gente, ya que me sentía pequeña e insignificante. Además, los callejones me provocaban un gran temor.

—Iremos nosotras tres. Annie, tú y yo. Será nuestro pequeño momento de chicas.

«Nunca paras de luchar, mamá, me gustaría tener tu valor».

—¿Te parece bien? —preguntó con una sonrisa en la boca.

Asentí levemente.

—Muy bien, cariño, cámbiate y nos iremos —manifestó a la misma vez que se levantaba para irse.

Miré la ropa que había en mi armario, pero seguía sin saber qué ponerme. Detestaba que las cicatrices y quemaduras, que ahora adornaban mi cuerpo, se vieran. Detestaba que pequeñas partes de mi piel se vieran. Detestaba que la gente me mirase.

«Eres tonta, Addy».

Una vez vestida, me miré en el espejo. Estaba muy pálida, pero no me importaba. Pocas cosas me importaban en ese momento.

—¿Addy, has acabado? —preguntó mi hermana entrando en mi habitación sin llamar a la puerta.

Nunca se acordaba de llamar antes de entrar. Mi madre se lo reprimía y ella pedía perdón al instante. Entonces cerraba la puerta, llamaba y, una vez que le habían contestado afirmativamente, entraba.

—¡Perdón! —susurró Annie.

Y antes de que cerrara la puerta e hiciera el gesto de llamar, me giré y caminé rápidamente hasta donde estaba ella para sujetar la puerta.

—Sé que tengo que llamar a la puerta antes de entrar, pero nunca me acuerdo —susurró esto último a mi oído riendo.

«No pasa nada, pequeña».

Le acaricié el pelo como respuesta, no pasaba nada.

—¿Dónde quieres ir? Yo prefiero ir al centro comercial, necesito encontrar una mochila para poder llevar a cualquier parte las cosas de Lía. Dice mamá que hay una mochila con un biberón, pañales, sonajero y muchas cosas más —al mismo momento que bajábamos las escaleras para encontrarnos con nuestra madre.

Lía era un peluche en forma de conejita que le compró mi madre cuando nació. La cuidaba y la mimaba. No se despegaba de ella en ningún momento, tenía miedo de que algo le pasara.

—¿Habéis decidido dónde queréis ir? —preguntó mi madre cuando nos vio entrar en el comedor.

Allí se encontraba Matt y mi madre, no había rastro de Dylan. Cada vez que él se encontraba cerca de mí, mi cuerpo temblaba y los nervios aumentaban. No sabía qué me sucedía, nunca me había pasado nada igual.

Annie me miró, sabía que ella quería ir al centro comercial, así que le di paso para que ella hablara.

«El centro comercial está bien».

—Le he dicho a Addy que quería ir a comprar la mochila para los accesorios de Lía, ¿me la podrás comprar, mami? —preguntó inocentemente.

—Annie, tengo que preguntarle a Matt si puedo comprártela.

«Mamá, Matt no es como *él*».

Extrañado, Matt le preguntó a mi madre:

—¿Por qué me lo tienes que preguntar a mí, Rebeca?

—Pensaba que... yo creía...

—Podéis comprar todo lo que queráis, no necesitas mi permiso. Te lo he dicho siempre.

—Gracias —respondió mi madre aliviada.

«Mamá, no pienses más».

—¿Crees que este vestido está «presentable» para ir a pasear? Me puedo cambiar si quieres.

«¡Mamá, para!».

—Becca, estás preciosa e increíble. Quiero que salgas así y con todo lo que te pongas. Me encantas.

Matt era diferente, diferente a *él*.

Él era un hombre que controlaba todo el dinero que gastaba mi madre, tenía que pedirle permiso a la hora de comprar algo; le decía cómo tenía que vestir, muchas veces si a él no le gustaba cómo iba vestida se enfadaba y le hacía cambiarse; le controlaba el móvil y exigía que le informara de los horarios de su trabajo; y le quitaba importancia a todos sus logros. También se sentía incómoda si le miraba algún otro hombre por si *él* se daba cuenta y pudiera ser motivo de alguna discusión.

En mi memoria quedaron grabadas las palabras que *él* le gritaba: «No eres nadie», «Lárgate, no sirves para nada», «Haz algo», «Putas»... Mi madre era lo mejor que tenía, se lo merecía todo. Trabajaba, me cuidaba, luchaba para que nada nos faltase y ese hombre... la anuló como persona, la fue destruyendo poco a poco. Primero, la alejó de sus amigos y de su familia; segundo, la maltrató psicológicamente; y tercero, cayó en una profunda depresión.

Mi madre sentía mi dolor como si fuera el suyo. Lo que esos chicos me hicieron, hizo revivir todo el daño que ese hombre le hizo. Recordó cada una de las consecuencias, pero una de esas consecuencias era hermosa. Una personita pequeña y adorable nació, mi Annie. Cuando mi madre se enteró de que estaba embarazada, sus fuerzas volvieron y conseguimos salvarnos. Annie fue nuestro salvavidas, nuestra fuerza.

Alejarnos de lo que había sido nuestra casa no fue fácil y empezar una

nueva vida las tres juntas tampoco lo fue. Mi madre estaba asustada de que ese hombre volviera, después de plantarle cara, él huyó. Hacía casi cuatro años que no sabíamos nada de él, pero mi madre constantemente tenía el temor de que volvería y nos hiciera daño. Por eso, cuando me dijo que había conocido a un hombre maravilloso que la cuidaba y la adoraba, me sentí llena. Pero esa plenitud y esa alegría que albergaba en mi cuerpo desaparecieron con todo este suceso.

Otra vez volvía a sentir el vacío, otra vez notaba cómo me ahogaba y otra vez presentía que necesitaría un salvavidas para poder vivir.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Annie impaciente.

—Seguramente os encontrareis a Dylan en el centro. Ha ido con unos amigos, esta noche van a una fiesta y lo más seguro es que acaben viniendo todos aquí antes de irse. Adeline, si no te encuentras segura dímelo y le diré a Dylan que no vengán —habló Matt.

«No pasa nada, puedes controlarlo».

Negué. Intentaría estar segura.

—Vale, pasadlo muy bien —manifestó mientras se despedía de nosotras.

Annie estuvo muy habladora durante todo el camino. Hablaba y hablaba, pero yo no decía nada. Silencio y más silencio. Mi madre contestaba y yo, nada. Una pequeña lágrima recorrió mi mejilla. Me encontraba sola en mi silencio, nadie podía ayudarme.

Una vez que mi madre pudo aparcar el coche, mi hermana se desató el cinturón y abrió la puerta. Estaba inquieta, necesitaba conseguir su mochila.

—Si no os dais prisa, se van a llevar todas las mochilas y me voy a quedar sin nada.

—Tranquila que ya vamos, Annie, no te preocupes que no desaparecerán de la tienda.

A veces mi hermana, podía ser «muy» insistente.

Caminábamos rápidamente por las calles, mi hermana y mi madre hablaban y yo intentaba mantenerme al margen. Miraba a la gente y ella me miraba a mí, empezaba a tener miedo.

Entonces, una pequeña y vieja tienda llamó mi atención. Allí dentro podría encontrar auténticos tesoros, podría viajar a través de ellos y desaparecer.

Cogí el brazo a mi madre e hice que pararan. Le señalé con la cabeza explicándole que quería entrar antes de que nos fuéramos de allí. Ella aceptó

encantada.

En dos horas habíamos conseguido comprar la mochila de Annie y mis libros. Mi madre conocía la trama de los libros que me había obsequiado y yo, feliz después de su explicación, deseaba llegar a casa y adentrarme en los maravillosos mundos que esos libros me transportarían.

Estábamos a punto de entrar en casa y yo me encontraba observando embelesada el interior de los libros cuando escuche gritar a Annie.

—¡Dylan! ¡Dylan! ¡Dylan! —repetía mi hermana su nombre mientras corría hacia su dirección.

Mi pulso se aceleró, iba a ver a Dylan después del intenso y excitante sueño.

—¡Annie, vigila, no corras tanto!

Levanté la vista y pude ver cómo Dylan cogía entre sus brazos a mi hermana. Después ella lo abrazó y le enseñó feliz su regalo. Lentamente se fueron acercando a la entrada de casa.

—Hola, Dylan —saludó mi madre—, chicos.

No me había dado cuenta, pero a su lado había una chica y dos chicos.

—Hola, Rebeca —contestó Dylan—. Hola, Adeline —susurró.

El susurro con mi nombre hizo erizarme la piel. Moví mi cabeza en un intento de saludo.

Desplacé mi mirada para observar a los amigos de Dylan y ellos se encontraban mirándome fijamente. Fijé la vista en la chica de los ojos verdes, me miraba con un gesto de superioridad que pretendía provocar en mí miedo o sumisión. Me empezó a faltar el aire, necesitaba salir de allí. Odiaba cuando me miraban y más si era de forma despectiva.

Salí corriendo hacia mi habitación, no me importaba lo que pudieran pensar de mí, podía imaginármelo. Los comentarios que hicieron esa gente, después de ese suceso, al verme casi desnuda por la calle me humillaron y me hicieron abrir los ojos.

Me miré nuevamente en el espejo, hoy era la segunda vez que hacía esta acción, y volví a ver lo mismo, una persona vacía y sin nada que explicar ni demostrar.

Giré la mirada, no soportaba verme reflejada en ese espejo. Me senté en la cama y... nada. No ocurrió nada. Los minutos pasaron muy lentamente, estaba viviendo en cámara lenta.

—¡Addy, baja a cenar! —escuché cómo mi madre me llamaba desde las escaleras.

Arrastré los pies hasta las escaleras y las bajé pausadamente. Entré en la cocina y allí se encontraba mi madre.

—Se van a quedar a cenar los amigos de Dylan, pon más platos, cariño.

No se habían ido, pensaba que podía sobrellevar el miedo, pero ya no estaba segura de ello. Preparé la mesa y mi madre fue a llamarlos para avisarles que la cena iba a ser servida.

Me encontraba de espaldas cuando dos grandes manos tocaron mi estómago. Temblé.

—Hola, guapa —dijo a mi oído, después de haberme quitado el cabello que yo había sujetado detrás de la oreja.

Apretó más su cuerpo contra el mío.

—¿Te ha comido la lengua el ratón? —preguntó a la misma vez que besaba mi cuello.

Cerré los ojos. Me faltaba el aire, los latidos de mi corazón iban muy rápidos y un sudor frío inundó mi cuerpo. Pequeños sollozos salieron de mi boca.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó alarmado una voz.

Ese chico desconocido apartó sus manos de mi cuerpo y pude verlo, era el chico del pelo y los ojos marrones que poseía muchos tatuajes. Pequeñas lágrimas salieron de mis ojos y en la puerta pude observar a Dylan que miraba con enfado a ese chico. Sin pensarlo dos veces, corrí hacia su dirección y desesperada abrí mis brazos para que me protegiera. Él podía hacerlo. Él colocó suaves besos en mi cabeza antes de envolverme en sus brazos. Sentía paz.

—Tío, es solo una cría, está asustada.

Capítulo 3

Las palabras de Dylan resonaban en mi cabeza, *es solo una cría, solo una cría asustada*. No solo era eso, era una persona rota, una persona aislada del mundo y una persona sumergida en su propio silencio. No tenía amigos, no tenía pasiones, ya no tenía nada, y con comentarios y hechos de la gente todo lo veía más claro.

La mirada de superioridad de la chica de ojos verdes, las caricias repulsivas del chico de tatuajes y las palabras hirientes de Dylan me hacían comprender cuál era mi posición. Dylan no sabía de qué forma esa palabra, *cría*, me había hecho sumergirme otra vez en mi cabeza. Deseaba que, por lo menos él, me mirase de otra forma y encontrara algo en mí que le llamara la atención. Realmente no entendía por qué necesitaba eso, supongo que era por los pequeños detalles que tuvo después del «suceso», susurrar mi nombre cuando yo estaba cerca; escribirme pequeñas frases en hojas de notas y dejarlas firmada con su nombre y una carita sonriente; y, la que más me reconfortó, llevarme en brazos a mi habitación después de la dolorosa salida del hospital. Ese día estaba demasiado cansada y débil, sabía que alguien me llevaba a mi habitación, pero no sabía que era él.

No solo quería ser la persona destrozada y solitaria, quería ser algo más, llegar a ser una persona más fuerte, pero nunca lo fui.

Todos hablaban durante la cena, excepto yo. Annie le explicaba a mi madre y a Matt que había paseado con Lía por toda la casa y que había utilizado su apreciada mochila para llevar sus zanahorias; Dylan y los chicos hablaban animadamente sobre la fiesta de hoy, el gran anfitrión era un tal Tyler Chase; y yo hablaba con mi silencio.

La voz de Matt llamó mi atención.

—Adeline, me ha comentado Rebeca que has encontrado unos libros muy interesantes en una pequeña tienda del centro.

Sorprendí miradas furtivas sobre mí. Miré a Matt y le respondí afirmativamente con la cabeza.

—¿Te gusta leer?

Volví a contestarle moviendo mi cabeza de arriba abajo.

—¿Has pensado en estudiar alguna carrera relacionada con las letras?
—volvió a preguntar interesado.

Pronto debía tomar una decisión sobre mi futuro, una decisión que me ayudase a crecer, una decisión que no estaba segura de que iba a tomar.

Moví mis hombros en respuesta.

—¿Tú nunca hablas? ¿Solo asientes y lloras? —preguntó ese chico riéndose.

Sí, solo asentía y lloraba.

Matt y mi madre iban a responder cuando Dylan se adelantó.

—César, no tiene gracia, déjala.

—Mi hermana no puede hablar es... muda. ¿Se dice así verdad? —me defendió mi hermana.

No aguantaba más tiempo sentada en esa silla, viendo cómo esa gente me miraba. Y me levanté paulatinamente de mi silla.

—Addy, no te vayas —suplicó mi madre.

La observé y puede contemplar en sus ojos un sentimiento que nunca había visto, lástima.

«Das pena, estúpida».

Cerré mis ojos y una pequeña mano rodeó la mía. Esta vez no iba a correr, esta vez Annie intentaba ayudarme.

—Creo que es hora de irnos, vamos a cambiarnos —dijo tajante Dylan—. Rebeca, ¿necesitas ayuda con algo?

—No, gracias, Dylan.

Dylan y los chicos fueron directos a su habitación, mientras que la chica, que todavía no sabía su nombre, me miraba fijamente con la intención de decirme algo.

—Oye, ¿puedo cambiarme en tu habitación? —preguntó sin más.

Debía ser amigable y conseguir llevarme bien con ella, no entendía por qué tenía esa actitud conmigo si no me conocía. Fijé mi mirada en mi madre e intenté explicarle con gestos si quería que primero lavase los platos, ella me entendió.

—Tranquila, Addy, ve con ella.

Giré la vista y la fijé en ella indicándole el camino. Caminamos sin hablarnos, yo fijaba la vista en el suelo y ella... Era muy incómodo.

—¿Cuál te gusta más? —manifestó enseñándome dos vestidos—. ¿Este... —dijo enseñándome un vestido blanco muy ajustado que quedaba por encima de las rodillas— o este? —habló mostrándome un vestido color celeste muy bonito.

Iba a responderle cuando ella se adelantó.

—No sé ni para qué te pregunto, no me interesa tu opinión. Con el vestido blanco voy a poner cachondo a Dylan y me lo follaré.

Mi estómago se revolvió, no aguantaba que me dijera eso, no aguantaba que hablara de él en esos términos.

—¿Sabes una cosa? Dylan es muy caliente y me encantaría que recorriera mi cuerpo con sus labios y sus manos. ¿A ti también te gustaría, enana?

Mi respiración aumentaba por segundos.

—Eso es un ¿sí? —preguntó burlándose—. Pobrecita, conejita —continuó hablándome tocando mi rostro—. Él nunca se fijará en ti. Busca algo más que arrumacos y caricias y ahí estoy yo.

«Para, detente».

—¿No tienes nada que decir? Es verdad, no puedes hablar —rio sonoramente.

«Tranquilízate, no puede hacerte nada».

—¡Ah! —exclamó antes de irse—. Arréglate un poco, pareces una moribunda.

Sus palabras me helaron, no entendía por qué me hablaba con tanto asco.

«Mírate en el espejo y lo descubrirás».

Poco a poco fui sacándome la ropa y miré mi reflejo en el espejo. Enormes hematomas, de un color verdoso se encontraban en mis piernas y en mi estómago; también se encontraban arañazos de la deleitación de esos chicos; y pequeñas heridas, que habían sido producidas por esa arma eléctrica, que se encontraban en la parte interior de mis piernas. Era mucho peor de lo que los médicos me habían dicho y lo que me había dicho mi madre. Era ella quien me ponía esa crema que el médico me había recomendado, yo siempre cerraba los ojos y apartaba la vista. Era la primera vez que me miraba atentamente en el espejo y odiaba lo que veía.

Annie se encontraba dibujando en mi habitación y yo me encontraba leyendo uno de los libros que mi madre me había comprado. Me situaba en las últimas páginas de ese libro fascinante.

El protagonista veía el suicidio como una liberación, la liberación de las frustraciones que oprimen su corazón y su alma. El antihéroe busca su felicidad al lado de una mujer que no le corresponde, ella está casada con otro y, como ve que no puede alcanzar esa felicidad, piensa que quitándose la vida la alcanzará. Él ve el suicidio como un acto de valentía, mientras que otros personajes de la obra ven ese acto como algo cobarde.

Personalmente, no sabía qué pensar, me encontraba en un punto intermedio de esos dos pensamientos. Por una parte, a veces sentimos la necesidad de desaparecer de este mundo, queremos morir dependiendo de las circunstancias en las que estamos viviendo y vemos la muerte como el fin de nuestros problemas y nuestra única vía viable. Pero, por otra parte, hay algo en nuestro interior que nos da fuerza para continuar, queremos salir adelante y ser felices.

El personaje principal de esta gran obra elige el suicidio como un gran acto de valentía y lo ejecuta con mucha frialdad: pide prestadas las armas al marido de su amada mediante una carta, manda a su criado a la casa de este hombre para que se las traiga, prepara una carta de despedida explicando cómo quiere ser enterrado, pone en orden sus papeles y, finalmente, se suicida.

Todo lo que ese hombre vivió ha sido convertido en cenizas por el ruido de esa arma de fuego que él solo escuchó. No tenía a nadie, nadie sabía de sus planes, nadie nunca llegó a pensar cómo se sentía. Podía comprender su dolor, podía comprender cómo se sentía y pequeñas lágrimas traicioneras se escaparon de mis ojos. Esta lectura enriqueció mi mente y me hizo reflexionar.

—¿Es bonito ese libro? —preguntó interesada Annie.

Moví mi cabeza afirmativamente.

—¿Un día me lo leerás?

Nuestra conversación fue interrumpida por la voz de nuestra madre.

—Niñas, ¿queréis venir a bañaros a la piscina de casa? Están todos en la piscina.

—¡Sí! —vociferó animada mi hermana.

—Venga, Addy, te divertirás.

«Todos van a ver tus cicatrices».

Inconscientemente, señalé las despreciables cicatrices que mi madre

conocía muy bien.

—Nadie se va a reír de esas heridas, cariño, necesitas disfrutar. Venga — me animó mi madre.

Fui hacia el armario y cogí las dos prendas que tenía como ropa de baño.

—Ponte el del estampado floral que lleva un nudo en el centro, con él estas guapísima.

Asentí indiferente, no pensaba lo mismo.

—Te esperamos en la piscina, ¿vale? —manifestó al mismo tiempo que cerraba la puerta de mi habitación.

«Tú puedes».

Me cambié rápidamente, intentándome mirar lo menos posible en el espejo y bajé hacia el jardín. Los chicos estaban sentados hablando animadamente, la chica engreída no estaba y Annie, Matt y mi madre se encontraban dentro de la piscina.

—¡Addy, corre! —gritó Annie.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mi cara.

—¡El agua está muy buena! —manifestó mi madre incitándome a entrar.

Los chicos dejaron de hablar y fijaron la vista en mí. Sentía miedo de que se rieran o que les diera asco. Paulatinamente, me fui despojando de mi vestimenta y observé las reacciones de cada uno de ellos, asombro y perplejidad, aunque la que más me llamó la atención fue la de Dylan, ¿rabia?

—Vaya par de tetas que tiene la mojigata —dijo ese chico, César, demasiado fuerte.

—Cállate —fue la contestación de Dylan.

—¿Vas a negarme que no está buena o te la quieres follar y no decirme nada?

No escuché nada más de su conversación, ya que mi nombre fue pronunciado por mi madre.

—¿Has visto? No ha pasado nada. Entra, pequeña.

—¿Jugamos con la pelota? Por favor —manifestó Annie dulcemente.

—Podemos jugar al juego del Tiro al bañista —dijo Matt.

—¿Cómo se juega? —preguntó mi hermana ilusionada.

Había visto jugar a la gente a ese juego, siempre me mantenía al margen de todos ellos. Intenté gesticular algunas palabras para poder explicarle en qué

consistía ese juego, pero extraños sonidos guturales salieron de mi garganta. Mi madre se dio cuenta de lo que pretendía hacer y me abrazó por detrás apoyando su cabeza en mi hombro.

—Cariño, recuperarás tu voz, tú tranquila —susurró mi madre al mismo tiempo que besaba mi mejilla.

Matt me miró y sonriéndome le explicó las bases del juego a Annie. La tarde pasó rápida y animada.

—¡Mira, Addy, cómo nado!

Mi hermana era muy graciosa, llevaba dos pequeños flotadores en sus brazos de sus dibujos favoritos y, a medida que avanzaba hacia donde estaba yo, levantaba sus brazos exageradamente.

Reí y alcé mi pulgar para arriba para decirle que estaba muy bien.

—¿Tú sabes nadar? Hazme una demostración.

Me sumergí en el agua, quería aguantar el aire e ir de un lado al otro. Empecé bien, pero las aguas empezaron a ponerse turbias y querían atraparme. Me faltaba la respiración, me estaba ahogando. Pero alguien, antes de que algo me pasara, logró agarrarme entre sus brazos y me llevó hacia la superficie.

Ese alguien llevaba un tatuaje en sus costillas, una preciosa rosa de color rojo, delicada pero peligrosa por sus espinas, y, alrededor de ella, dos plumas grandes movidas por el viento, demostrando fragilidad. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue ese nombre: Norah.

No tenía ni idea de quién podía ser Norah, nunca había escuchado ese nombre; sin embargo, debía de ser alguien muy importante para él al tatuarse su nombre.

—¿Estás bien, Adeline? —preguntó asustado Dylan.

Su rostro estaba muy cerca del mío, sus pupilas estaban dilatadas y su cabeza inclinada. Noté su respiración descontrolada y sus caricias, estas eran suaves y tímidas, pero mi piel estaba tan sensible que sentía como si sus dedos me marcaran con fuego.

Asentí embobada.

—¿Cariño, estás bien? —preguntó aterrada mi madre.

«Solo ha sido un susto, no te preocupes».

Intenté moverme, pero cuando quise ponerme de pie, mis piernas me

fallaron. Estaba muy decaída, la noche anterior no había probado bocado, solo había esparcido mi comida alrededor del plato, solo Matt se había dado cuenta de ese detalle o eso creía yo. Hacía una semana y unos pocos días que no comía, seguramente por esa causa había soñado con Dylan y ese pastel de manzanas, sabía delicioso.

Dylan y mi madre reaccionaron a tiempo, si no hubiera sido por ellos me hubiera dado con la cabeza en el duro y frío suelo del jardín.

Dylan pudo cogerme por la cintura y mi madre por los hombros.

—Rebeca, llevaré a Adeline a su habitación, está muy débil —dijo Dylan—. Chicos, esperadme aquí —manifestó a sus amigos.

—Ahora subiré a tomarte la temperatura y a llevarte algo de comer —dijo mi madre preocupada mientras me tocaba la frente con la palma de su mano.

Dylan, de forma delicada, me llevó entre sus fuertes brazos a mi habitación

—Estas temblando, Addy —susurró muy cerca de mi rostro—. ¿Tienes frío?

Sus preciosos ojos azules me miraban asustados y su boca entreabierta me ponía nerviosa. No comprendía qué estaba pasando, solo no podía dejar de observar su rostro y, como un acto reflejo, apoyé mi cabeza en su pecho. Oí los compases arrítmicos de su corazón, eran totalmente irregulares.

—¿Eso es un sí, pequeña? —preguntó al ver mi acto.

«Soy su pequeña».

Llegamos hasta mi habitación, me depositó en mi cama y me proporcionó una toalla.

—Deberías secarte y cambiarte, puedes resfriarte.

Asentí levemente. Miré la ropa y luego a él.

—Claro, lo siento. Estaré afuera por si necesitas algo —en el momento que iba a cerrar la puerta intenté detenerle.

Tenía miedo de que algo malo me pasara, ¿cómo iba a decirle lo que necesitaba si ni siquiera podía hablar?, ¿cómo iba a manifestarle si algo malo me pasaba?

—¿No quieres que cierre la puerta? —negué—. Tranquila, estaré aquí fuera, en unos minutos volveré a entrar.

Me vestí con dificultad, los temblores y el frío hicieron arduo mi trabajo. Siempre había sido una chica frágil y débil, me odiaba.

—Veo que ya has acabado —dijo Dylan acercándose lentamente a la cama—. Ahora subirá Rebeca, está muy preocupada.

Tragué saliva. La distancia que había entre nuestros cuerpos cada vez era más corta.

—Adeline, debes comer y recuperarte. Tienes que ponerte fuerte —dijo tocando mi mejilla.

Sus dedos, largos y suaves, recorrieron mi mejilla, cerré los ojos, nuevas sensaciones se instalaron en mí. Esto era diferente a las caricias y palabras que esos desgraciados me hicieron. Esto era mucho mejor que mi sueño, él realmente me estaba tocando. Había aprendido, en un corto plazo, a confiar en Dylan, él solo quería ayudarme a seguir adelante y no hacerme daño, tal vez, no en la forma que lo habían hecho los demás.

Abrí mis ojos, deposité mi mano encima de la suya y observé cómo sus hermosos ojos estaban clavados en los míos, su rostro estaba muy cerca del mío. Quería y deseaba cosas de él, quería que me abrazara entre sus brazos y me arrojara diciéndome que nada malo me iba a pasar y deseaba que sus labios rozaran los míos. Pero el miedo vivía conmigo y todas esas cosas que quería y deseaba nunca se cumplirían, el temor era mucho más fuerte que mis anhelos.

Lentamente y con los ojos llorosos puse distancia a nuestra cercanía.

«Eres increíble, Dylan, te mereces algo mejor».

En ese momento, entró mi madre con una bandeja con comida.

—¿Cómo estas, Addy? —preguntó ella tocándome la frente—. Llevas días sin comer, tienes que hacerlo...

Toda mi atención estaba centrada en la mirada de ese chico, Dylan quería besarme, realmente él iba a hacerlo, pero yo me aparté. Debía estar sola.

—¿Me has escuchado, Addy? —manifestó fuerte mi madre.

No sabía exactamente qué había dicho, pero asentí igualmente.

—Creo que debo irme, los chicos están esperándome abajo —dijo sin apartar la vista de mí.

—Muchas gracias, Dylan, por cuidarla.

—De nada —habló mientras se levantaba y cerraba la puerta.

—No tienes fiebre —me informó después de tomarme la temperatura—. Mira qué te he traído.

Fijé la mirada en la gran bandeja, que segundos antes había depositado entre mis piernas, y observé cómo en esta había: una gran taza caliente de chocolate y un brioche con pepitas de chocolate.

—Lo he preparado yo misma, mientras tú estabas leyendo uno de los libros que te compré. Espero que te guste, a ti hacer este bizcocho se te da mejor.

Eso no era cierto, a mi madre le encantaba hacer este pastel y más cuando la ayuda provenía de Annie, robaba a escondidas todas las bolitas de chocolate.

Tomé un trozo del brioche, lo ungué en la taza de chocolate y me lo llevé a la boca, estaba delicioso.

—¿Está bueno? —preguntó mi madre cuando me vio morder el primer trozo del bizcocho.

Le ofrecí parte de mi bizcocho. Mordió un pedazo y lo saboreó.

—Está buenísimo, ¿verdad? —cuestionó dudosa.

«Mamá, no te preocupes más».

Él nunca le dio ninguna felicitación por las cosas que hacía, mi madre siempre tenía el pensamiento de que todo lo hacía mal. Por eso cuando le preguntaba si algo estaba bueno y él no respondía, acababa tirándolo a la basura.

Una pequeña y graciosa mueca salió de mi rostro.

—Venga, Addy, ríe —dijo acercando sus brazos a mi cuerpo.

«¡Mamá, no!».

—Addy, si no te ríes voy a hacerte mi ataque favorito.

Y como vio que no me reía, empezó a hacerme cosquillas. No podía aguantar mucho tiempo sin reír, ese ataque era infalible, y varias carcajadas, o algo similar, salieron de mi garganta.

—Así me gusta, mi niña, que te rías —dijo dándome un beso—. Cuando acabes de comer, duerme un poco.

Cuando mi madre se fue, arrojé toda la comida a la basura de mi habitación, no me encontraba con fuerzas para hacer nada.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que me quedé dormida. Estaba muy tranquila, hoy era la primera vez, después de tantos días, que no soñaba con nada ni nadie. No apareció la niebla espesa, no aparecieron esos chicos y no apareció nada.

Me levanté, me duché con agua caliente y me vestí con unos pantalones largos negros y un jersey gris holgado. Tendría calor, estábamos a finales de verano, pero no quería que nadie más pudiera ver mis cardenales.

Bajé y estaban todos alrededor de la mesa, todos excepto Dylan. Tenía el deseo de verlo, aunque solo fuera eso, contemplarlo.

—Buenos días, Adeline. Ayer estabas tan tranquila durmiendo, que no te quise despertar a la hora de cenar.

Le sonreí, me dirigí a la mesa y me senté.

—¡Addy! —dijo mi hermana mientras me abrazaba.

—Hola, Adeline —repitió Matt con una sonrisa.

Quería demostrarle y agradecerle a ese hombre lo bien que estaba tratando a mi madre y a Annie, lo más extraordinario y hermoso que tenía en mi vida, y lo amable que había sido conmigo. Había sido tan bueno con nosotras tres. Así que me levanté de la silla y me encaminé en su dirección.

Extendí mis brazos y envolví su espalda por completo con mis brazos. Lo abracé suave y firmemente. Él no se esperaba ese abrazo, se encontraba absorto en sus pensamientos, pero reaccionó y me devolvió ese abrazo.

Rompimos suavemente ese abrazo, nos alejamos y sonreímos.

«Eres un buen hombre, Matt».

—Gracias, Adeline —me dijo mirándome.

—Addy, ¿podemos ir al parque hoy?

—No, Annie, Addy... —comenzó a hablar mi madre.

Los ojos vidriosos de mi hermana pudieron conmigo, ver llorar a mi hermana era algo que detestaba y la culpa me carcomía. Interrumpí a mi madre e intenté comunicarle mi intención con una negación.

—¿Quieres llevar a Annie al parque? —preguntó dudosa mi madre.

Asentí.

—¡Bien! —exclamó alegre mi hermana—. ¿Iremos a darle de comer a los patitos? —preguntó.

«Claro que iremos y todo lo que me pidas haré, mi pequeña».

—Ahora a almorzar, luego ya hablaréis de la salida —cortó mi madre.

Miré la comida, no quería comer, no podía.

—Come, aunque sea un trozo de pan con margarina, Addy.

Negué repetidamente.

—Rebeca, no la obligues, poco a poco irá mejorando —susurró Matt a mi madre a la vez que mi madre suspiraba de frustración.

Me quedé sentada mirando a mi hermana, esperando a que ella terminara sus galletas y su jugo. Comía ella sola sin la ayuda de nadie, no le gustaba que le ayudasen.

Cuando acabó de comer, fuimos hasta su habitación y abrimos su bonito armario.

—¡Quiero ponerme un vestido! —manifestó muy fuerte.

Saqué todos los vestidos que me parecían bonitos y se los mostré. Cada vestido que le enseñaba, una negativa que me proporcionaba.

«Annie, ¡eres más presumida que yo!».

—¡Este!, ¡este! —gritaba mientras saltaba en el suelo feliz al ver el vestido que cogía, un pequeño vestido con estampado floral.

Rápidamente se vistió y corrió hacia el baño, ¿qué quería hacer ahora? La seguí y me la encontré delante del espejo con un peine y unas gomas.

—¿Me peinas? —dijo ofreciéndome el cepillo.

Me acerqué y empecé a peinarle el pelo.

—Yo soy la clienta y tú la peluquera —empezó a explicar—. Voy a ir a una fiesta —explica concentrada muy metida en su papel— y quiero... —pensó depositando el dedo índice debajo de la barbilla— ¡una trenza!

Mi hermana tenía tres años, estaba a punto de cumplir los cuatro, y era toda una charlatana. Me encantaban sus ideas e imaginaciones.

Le estaba trenzando el cabello cuando un grito de mi hermana, diciendo un nombre, aceleró mi cuerpo.

—¡Dylan!

Giré el rostro y me lo encontré mirándonos fijamente en la puerta. Su presencia aceleraba mi corazón y su voz hacía estremecerme.

—Hola, Annie —dijo con una sonrisa—. Hola —me habló nervioso.

—Addy me está haciendo una trenza, vamos a ir al parque a dar de comer a los patos.

—¡Anda, qué bien!

—¡Sí! —gritó contenta.

La conversación fue interrumpida por el sonido incesante del teléfono de

Dylan. Miró la pantalla y en su rostro pude ver temor e inquietud.

—¿Sí? —preguntó alarmado—. Sí..., claro, ahora mismo voy para allí —colgó mirándome preocupado—. Tengo que irme —dicho esto se fue corriendo escaleras abajo.

—Dylan es como un príncipe —dijo mi hermana mirándome—. ¿Verdad que sí? —me preguntó.

No me importaba tener o no un príncipe azul, solo deseaba tener a alguien que me quisiera tal y como era y que lo diera todo por mí sin tenérselo que pedir ni darle nada a cambio. Sonreí a mi hermana y le continué cepillando el pelo.

Le hice el peinado, cogimos a Lía, esa conejita no podía faltar, y salimos dirección al parque. El camino fue divertido, Annie me hablaba sobre todo lo que veía, ya fuera un objeto o un encantador animal, y me exponía todo lo que ella pensaba. Algunas palabras no las pronunciaba bien, quería decírselo y ayudarla, ¿pero cómo lo haría? No podía gesticular nada, solo podía producir estúpidos ruidos.

El parque estaba soleado, rodeado de enormes árboles verdes y de un opaco río. Este estaba lleno de diferentes familias de patos.

—¡Mira, Addy! Hala qué patitos más bonitos —expresó entusiasmada mirando a los animales.

Le entregué la bolsa, donde había colocado pan duro como alimento, y encantada arrojó las mallas del pan para alimentarlos. Lo estábamos pasando muy bien.

—Por fin os encuentro, la puta y la bastarda delante de mis ojos —no podía ser esa voz.

Caminé velozmente, tenía que huir de ahí, tenía que salvar a mi hermana, tenía que soportar otra vez esto.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —preguntó vacilón siguiéndome—. Hola, engendro —parloteó mirando e intentando tocar a mi hermana cuando me agarró.

La aparté de él y la aferré a mi cuerpo con todas mis garras.

—No vais a tener escapatoria —dijo con arrogancia—. Me las vais a pagar.

Me agarró por el cuello y me estampó contra un árbol. No podía respirar, su fuerza era descomunal. Los llantos de Annie cada vez eran más fuertes y

mi miedo aumentaba, no estaba bien, iba a desfallecer en cualquier momento, pero intentaba soportar ese dolor. Por ella, por mi hermana.

Capítulo 4

Apreté mis ojos fuertemente, quería escapar de la opresión de ese malnacido, quería... solo quería que desapareciera. «Putas», «no sirves para nada», «haz algo». Otra vez no podía estar ocurriendo, otra vez volvía a revivir aquel miedo.

Ese hombre deseaba matarme, lo estaba llevando ahora mismo a cabo y nadie lo impediría, no había nadie cerca.

—¡Qué estás haciendo! —gritó una voz lejana—. ¡Suéltala!

Pero ese hombre no desistía de su cometido, iba a hacerlo.

De pronto, la dolorosa y fuerte presión que había en mi cuello desapareció. Empecé a toser descontroladamente, si no hubiera sido por esa persona, no sé qué hubiera sido de mí. Abrí mis ojos y el chico que me había salvado me era muy conocido.

Era el amigo de Dylan, el chico con el que nunca había hablado, él siempre se encontraba callado. Nunca lo había escuchado decir nada. Junto a él se encontraba una asustada chica.

Él, ese miserable hombre, se encontraba en el suelo, no se esperaba el golpe del chico, y palabras imprudentes salieron de su boca.

—Eres una puta como tu madre —dijo levantándose del suelo—. Vergüenza le daría a tu padre verte, ¡puta! —gritó delante de mi cara.

No aguantaba más, no aguantaba las blasfemias y maldiciones de ese hombre. No aguantaba que de su boca hubiera salido el nombre de mi padre.

—¡Lárgate de aquí! Voy a llamar a la policía si no lo haces —dijo el chico.

—Esta vez has tenido suerte, pero a la segunda no será así. Sufrirás, sufrirás por tu madre y por la bastarda esta —manifestó señalando a mi pequeña.

La apreté mucho más fuerte a mi cuerpo, no dejaría que nada ni nadie la dañaran. Y antes de irse, le arrebató a Annie, de entre sus manos, su apreciado peluche.

—Mira lo que hago con esto —dijo burlándose de su propia hija pasándole el peluche por la cara.

Vi todos sus rápidos movimientos, extirpó y destrozó el peluche. Luego lo

tiró a nuestros pies.

Se fue tranquilo sabiendo que me había enterrado un poco más.

Annie me miró y luego a Lía. La preciosa conejita de peluche estaba destrozada.

—¡Lía! —lloró mi hermana cogiendo los diferentes pedazos—. Ese hombre malo me ha matado a Lía.

«Ese hombre malo como tú lo llamas es tu padre».

Estaba inquieta, me faltaba el aire, temblaba y un gran «nudo» apareció en mi estómago. Lloraba al ver a mi pequeña destrozada y lloraba por los recuerdos sufridos.

Una mano tocó mi brazo, me asusté y la aparté rápidamente de mí. No quería que nadie me tocara.

—¿Estás bien? —preguntó esa chica desconocida.

Levanté la vista y me la quedé mirando fijamente. No, no lo estaba.

—Podemos hacer cualquier cosa por ti —volvió a hablarme sentándose a mi lado—. Tenemos que ir a la policía y explicarle lo que ese hombre os ha hecho, podemos

acompañarte.

—Kissa, es mejor que llame a Dylan.

—Pero Dylan está en la residencia con...

Esa chica no pudo acabar de hablar, ese chico, que todavía no sabía su nombre, le hizo la señal de que se callara. ¿Con quién estaba Dylan en una residencia? Y lo más extraño de todo, ¿por qué estaba allí?

—Le explicaré todo lo que ha pasado. La visita se le acaba a las 12.

Solo era una carga para todo el mundo, ¿cómo iba a tener alguien a mi cargo si no era capaz de cuidarme yo misma?

«Lo siento tanto, Annie».

Estiré los brazos hacia mi hermana, necesitaba protegerla, necesitaba tenerla y no soltarla. Quería decir su nombre y susurrarle que todo había pasado, que ese hombre malo no iba a volver y que yo misma conseguiría revivir a Lía. Pero nunca lograba decir nada.

Ella entendió mis movimientos y se lanzó a mis brazos con los restos de Lía.

—Addy, vas a curar a Lía, ¿a que sí? —lloraba

descontroladamente.

Asentí mientras le depositaba miles de besos. Esa chica miraba atenta lo sucedido y cómo abrazaba intensamente a mi hermana.

—Dylan, me he encontrado a Adeline y a la niña. Ven cuanto antes, un hombre las ha atacado —hablaba velozmente—. No, no sé quién era, pero creo que ella sí. Tío, está asustada y no sé qué hacer, la niña está llorando.

Escuché detenidamente lo que ese chico le estaba contando, no sabía cómo se encontraba Dylan al otro lado de la línea, pero con las súplicas del muchacho y sus palabras aceleradas podía saberlo, angustiado e intranquilo.

—Sí, sé que estás con ella. Te esperamos en el café del lado del río —dijo antes de colgar.

Ella, estaba con ella, Dylan estaba con otra chica en una residencia. Por lo menos él era feliz y yo todo se lo fastidiaba.

—Venga, vámonos de aquí, Dylan vendrá dentro de un rato —explicó.

Cogí a Annie en brazos y caminé detrás de los chicos. Ellos se cogieron de la mano y se dieron un beso, suponía que eran una pareja.

De repente, veo cómo los ojos de mi hermana se sitúan en mi cuello y cómo su cara cambia a una de espanto.

—El hombre malo te ha hecho daño en el cuello —dijo tocándolo.

No podía ser, otra cicatriz con la que acarrear, otra cicatriz con la que vivir, otra cicatriz que me haría recordar.

Las palabras que me dijo Dylan en mi sueño aparecieron:

Las cicatrices no desaparecen nunca. Las heridas cicatrizan y dejamos de pensar en ellas, pero su huella se queda permanentemente. Adeline, debes de ser fuerte.

Miré a mi renacuaja y le sonreí, no quería que estuviera mal, por fin había conseguido que se tranquilizase.

—Adeline, hemos quedado con Dylan en un café cerca de aquí. ¿Te apetecería entrar y tomar una bebida?

No me interesaba, solo quería desaparecer. Moví mis hombros en modo de respuesta, seguramente había conseguido que la pena y la lástima fueran los sentimientos que le produjera a la gente.

—Lo siento, no me había presentado dignamente, soy Kissa —habló

amablemente a la vez que me daba su mano para apretarla.

Iba a hacerlo, iba a tratar de mantener esta situación, al menos unas horas, y le apreté su mano.

—Yo soy Gabriel, sé que desde que nos hemos visto no he hablado nada contigo, supongo que, ¿hola? —preguntó divertido, quería hacerme reír.

Una pequeña mueca salió de mi boca en un intento de sonrisa, ya era mucho.

Ese bar se encontraba a unos metros de donde nos ubicábamos y el camino fue silencioso, nadie se atrevía a hablar y Annie se durmió entre mis brazos. Miré su angelical rostro, no se parecía nada a él, no poseía ninguno de sus rasgos y no iba a permitir que ese hombre viniera y la utilizara a su antojo para hacerle daño.

Entramos a ese pequeño bar y los chicos se sentaron en la mesa que había más al fondo, yo simplemente los seguí.

Observé a mi alrededor, había demasiada gente, mucha gente mirándome y nadie para poder ayudarme. Me estaba poniendo nerviosa, pero una respiración suave logró tranquilizarme. Le deposité un beso en su cabeza.

—¿Quieres tomar algo, Adeline? —preguntó Kissa a la vez que intentaba llamar la atención del camarero.

Negué, tenía el estómago alterado, no quería comer ni beber nada.

Luego de que el camarero viniera y les tomara el pedido de lo que querían, Kissa continuó preguntándome.

—¿Naciste en esta ciudad? —preguntó interesada y yo negué—. ¿Te mudaste hace poco? —volvió a preguntar y yo esta vez asentí—. Tu hermana es preciosa, durmiendo así parece un angelito, aunque debe de ser una traviesa —dijo mirándola.

Le sonreí, tenía toda la razón, mi hermana nunca podía estar quieta y tranquila, siempre tenía que hacer de las suyas.

—Kissa, deja a Adeline, esto parece un interrogatorio —manifestó riendo.

—Cállate —dijo mirándolo de mala manera.

Se giró otra vez hacia mí y vi cómo observaba horrorizada mi cuello, lo había visto como Annie.

—¡Madre mía! ¡Mira qué te ha hecho ese desalmado! —exclamó escandalizada.

«Das asco a todo el mundo».

Se sacó su hermoso pañuelo verde de su cuello y me lo acercó.

—Toma, pónitelo, así no se notará.

Doblé el pañuelo por la mitad y lo pasé por detrás del cuello. Abrí con mis manos el extremo que quedó cerrado e introduje los extremos sueltos por el interior del otro.

La exclamación de Gabriel hizo que me girara rápidamente, detrás de mí estaba Dylan.

—¿Adeline, estáis bien? —preguntó asustado tocando mi rostro y cabello y observando a Annie—. Estaba muy preocupado por vosotras —susurró apoyando su frente contra la mía.

Yo me quedé congelada, Dylan estaba mucho más cerca que la otra vez. Sus labios se veían carnosos y rosados y sus ojos...

Me asusté, sus ojos estaban rojos e hinchados, Dylan había llorado y no sabía el porqué, y sin pensarlo dos veces lo abracé. Él recostó su cabeza en mi cuello y pequeños escalofríos recorrieron mi cuerpo, su boca estaba proporcionándome besos por todo mi cuello. Se sentía tan bien.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Gabriel a Dylan cuando se separó un poco de mí—. ¿Puedes ya? —cuestionó curioso.

—No.

No entendía nada, no sabía de lo que estaban hablando. ¿Qué era lo que Dylan todavía no podía hacer?

Inquietos movimientos me hicieron volver a la realidad, era Annie, ya se había despertado. Bostezó y, al ver a Dylan, que ya se encontraba con nosotras, estiró sus brazos para que la cogiera. Él, encantado, lo hizo.

—Mira, Dylan —dijo Annie enseñándole cómo estaba Lía—. Ese hombre malo me ha roto a Lía y... —no quería que dijera nada de mi cuello, no quería producir la misma lástima que la que había producido en esta tarde, así que intenté callarla, pero otra voz habló por ella.

—Le ha hecho daño a Adeline, pero ahora ya está bien, ¿verdad? —habló Kissa y yo asentí.

—Creo que ya es hora de que nos vayamos de aquí. ¿Chicos, queréis que os lleve?

—No, tranquilo, vamos caminando. Adiós —dijo Gabriel a Annie y luego

a mí—. Hasta luego, tío —se despidió abrazándolo.

Miré a Kissa y empecé a deshacer la atadura que había hecho en el pañuelo, pero ella me detuvo.

—Tranquila, ya me lo darás otro día. Espero verte muchas más veces —habló sincera—. Adiós, chicos.

Pagaron su cuenta y se fueron. Dylan, Annie y yo nos dirigimos a su coche.

Me abrió la puerta trasera del coche para que pudiera entrar y sentarme con mi hermana entre mis piernas, pero me sorprendí al ver una silla para niños en el asiento de atrás.

—Mi padre... —empezó a hablar tragando—. Mi padre me la dio por si alguna vez tenía que ir a buscar a Annie —explicó nervioso.

Asentí dudosa.

Dylan me ayudó a sentar y colocar a Annie en la sillita, me abroché el cinturón, él se sentó en su sitio y arrancó el coche.

No podía parar de mirarlo a través del retrovisor, su belleza le ensimismaba, y la protección que le brindaba le reconfortaba. En uno de esos momentos en el que lo miraba, él se dio cuenta y me sonrió.

—Addy —llamó la atención mi hermana—, ¿qué significa «puta»? —preguntó inocentemente mi hermana.

—¿Putas? —preguntó extrañado Dylan.

Ese hombre había repetido varias veces esa palabra dirigiéndose a mí y ella lo había escuchado todo.

—Ese hombre le ha dicho puta a Addy, ¿a que sí? —preguntó mirándome. «Sí, lo había hecho y eso me hace sentir muy miserable».

—¿Adeline, conoces a ese hombre? ¿Qué os ha dicho más? Debes explicarlo.

Ojalá pudiera, ojalá pudiera explicar quién era ese hombre y ojalá pudiera descubrir qué era lo que quería hacer.

—Lo siento, lo siento —repitió mirándome a través del retrovisor después de pensar en lo que había dicho—. Annie, esa palabra no la digas más. ¿Vale?

—Vale —dijo mi hermana.

Después de esa conversación, Dylan aparcó delante de casa y, segundos

más tardes de desbrochar el cinturón de Annie, esta salió corriendo.

—¡Annie, espérate! —gritó Dylan, pero ella ya estaba llamando.

Cerré la puerta del coche y me encaminé hacia casa, Dylan se encontraba detrás de mí. El contacto que me había proporcionado hacía minutos quemaba todavía mi piel, sus besos en mi cuello habían sido electrificantes.

Llegué y mi madre asustada me esperaba al otro lado de la puerta.

—Addy, no me digas que es él —manifestó asustada—. Por favor, te lo pido —dijo llorando, Matt se encontraba a su lado abrazándola—. Annie me ha dicho que un hombre malo le ha matado a Lía y que a ti... —no acabó la oración, mareada se sentó en la butaca.

—Tienes que tranquilizarte —dijo Matt besando la cabeza de mi madre.

—¿Te ha vuelto a poner la mano encima? ¿Os ha hecho algo?

«No quiero volver a recordar lo que hizo ese hombre».

—Ese hombre le ha hecho pupa en el cuello —manifestó mi hermana delatando a mi silencio.

—Sácate ese pañuelo, Adeline —habló firme mi madre.

No quería que viera lo que él me había hecho, no quería preocuparle con estupideces.

—Cariño, solo quiero que me muestres qué te ha hecho.

Desaté el pañuelo y dejé ver el eritema en ambas caras laterales de mi cuello.

—Voy a ir a denunciarlo, no puede ser que nos haya encontrado, no voy a permitir que te ponga una mano más encima, Addy.

No aguantaba recordar, no aguantaba presenciar cómo me observaban, no aguantaba ver el daño que le continuaba haciendo ese hombre a mi madre.

Salí corriendo escaleras arriba y Dylan me siguió.

—¡Adeline, espera! —vociferó mientras me encontraba a punto de cerrar la puerta.

No quería que me viera llorando e intenté impedir que abriera la puerta, pero él era mucho más fuerte que yo y consiguió abrirla.

Intentaba sujetarme por los hombros para pararme y sostenerme, pero yo me movía bruscamente. Estaba nerviosa, no me encontraba bien, esta situación me había llevado al extremo.

—Adeline —dijo susurrando mi nombre muy cerca de mis labios—. Mi

hermosa Addy —hipnotizado por sus ojos azules y sus carnosos labios me acerqué a él.

Miré de forma fija y profunda a los ojos de Dylan. Él movió lentamente la mirada hacia mis labios y después regresó a los ojos.

Se acercó a mí y nuestras cabezas estaban a unos centímetros de distancia. Incliné la cabeza, deseosa de recibir un beso suyo y rozó ligeramente sus labios con los míos.

Deseaba más, estaba dispuesta a mucho más y entreabrí mis labios para recibirlo, mientras que una lágrima salía de mis ojos.

Capítulo 5

Los gemidos y sollozos que salían de mi boca se mezclaron con los gruñidos de deseo de Dylan.

Él me proporcionaba pequeños besos sin lengua y rozaba sus labios contra los míos, esos besos y caricias tan inocentes, me excitaron y me estimularon el deseo y la imaginación.

Luego besó tiernamente mi cuello, tal como lo había hecho anteriormente, y temblé. Mi cuerpo estaba embriagado de placer, un placer que solo Dylan me había dado y del que solo quería recibir.

Dejó de besar mi cuello y mordió y succionó suavemente mis labios, placer y más placer, el miedo paulatinamente fue desapareciendo.

Introdujo la lengua poco a poco, el beso era lento y suave, pero el roce que nuestros cuerpos se estaban proporcionando hicieron que ese beso tomara intensidad. Sus manos fueron bajando y empezaron a tocar mi cuerpo.

Abrí mis ojos y los volví a cerrar, miedo y más miedo. Esos chicos, el callejón y yo... y yo tirada en el suelo debajo de sus cuerpos, esos pensamientos volvieron a mí. Lloré y lloré, intentaba sacar a esos dos cuerpos de encima de mí con todas mis fuerzas, pero eran mucho más fuertes que yo.

Dylan, al instante, paró, sabía qué era lo que me estaba pasando y se separó de mi cuerpo.

Caí al suelo y me arrastré a la pared más próxima. No era capaz de sentir las buenas caricias, no era capaz de olvidar y no era capaz de ver que los cuerpos que aparecían en mi mente constantemente eran producto de mi imaginación.

Abrí los ojos y me encontré unos preciosos ojos azules mirándome con culpabilidad.

«No es tu culpa, Dylan, soy yo que no sirvo para nada».

—Adeline, yo... Adeline, no quería hacerte daño, no me imagino por todo lo que debes de estar pasando y yo te estoy complicando las cosas. Perdóname.

No tenía nada que perdonarle, él quería ayudarme, él sí era bueno conmigo y yo... yo siempre lo arruinaba.

Negué y vi miedo en sus ojos.

—De acuerdo, si no quieres perdonarme lo entiendo, me iré —pronunció a la vez que se levantaba.

Quería ir detrás de él, decirle que lo perdonaba, que nada era su culpa y que quería volver a probar sus labios, pero mis piernas no reaccionaron y me quedé ahí sentada apoyada en la pared y con la mirada perdida. La puerta de mi habitación se cerró y con ella mi oportunidad de serenidad. Otra vez mis esperanzas se quebrantaban.

«Lo mejor que puedes hacer es morir».

Miré abatida un punto fijo en mi habitación. El recuerdo de esa lectura invadió mi mente, el protagonista se había suicidado y eso lo liberó de sus demonios, ya era feliz. Yo podía hacer lo mismo y, por fin, volver a ser feliz, no repetiría mentalmente los momentos sufridos.

Un corte, una simple herida como cualquier otra cortadura, pero mucho más profunda. Podría hacerlo, debía hacerlo y liberarme.

Me levanté del suelo, me dirigí hacia el baño, me metí en la bañera y procedí a ejecutar mi cometido.

No te va a doler, repetía una voz en mi cabeza, vas a librarte de tu mal, eso es lo que importa.

Varios cortes profundos hice en mi lívida piel, cerré los ojos y esperé tumbada con los ojos llenos de lágrimas. Esperaba desesperada desaparecer, lo había hecho.

Los golpes incesantes en la puerta no me hicieron reaccionar, llevaba mucho tiempo aquí dentro.

—¿Addy, estás bien? —preguntaron al otro lado de la puerta.

Esas voces empezaron a ser solo murmulos, empezaban a desaparecer y con ellas mis energías.

Vi cómo la puerta se abría y cómo gritaban mi nombre, pero yo ya no estaba, había cerrado mis ojos sumergiéndome en un frío sueño.

Necesitaba ayuda, era la primera vez que lo hacía, era la primera vez que me había herido a mí misma. Todo había sido por mi culpa y por mis bochornosos pensamientos.

No podía aguantar la respiración, no podía fingir una sonrisa ni una risa, no podía actuar como que estaba bien, ni tampoco dar nada de lo que soy. Pero podía soportar mucho, hasta que ya tuve suficiente.

Necesitaba a alguien que me abrazara y me diera calor, había encontrado a ese alguien, pero yo misma había destruido lo que no estaba escrito.

Mis ojos cansados se fueron abriendo lentamente, mi cuerpo estaba adormecido y mis ojos nublosos. Lentamente pude abrirlos completamente, estaba en esa oscura habitación de hospital sentada en una camilla. Observé mi alrededor, en la mesita había varios ramos de flores con unas preciosas rosas azules y unos preciosos dibujos. Era la segunda vez que mi hermana presenciaba la decadencia y destrucción de su hermana. Era la segunda vez que descansaba en ese hospital y la segunda vez que mi familia tenía que cuidarme.

Miré los grandes vendajes que adornaban mis brazos, volteé la vista y me encontré con la escena más hermosa: Dylan estaba ahí y, en sus brazos, mi pequeña Annie. Él levantó la mirada y nuestros ojos conectaron, en su mirada pude ver miedo y culpabilidad.

—¡Addy! —gritó mi hermana acercándose a la cama—. ¡Ya has despertado! Mamá y el papá de Dylan están en la cafetería, Dylan no quería separarse de ti.

—Llamaré a Rebeca para que entre —habló Dylan cortando la conversación de mi hermana.

Se fue y no pude pararlo. No hice nada, me quedé ahí, paralizada, viéndolo irse.

Miré nuevamente a mi hermana, sus hermosos ojos negros miraron mi barriga y acercó su pequeña mano para tocarla, ¿por qué hacía eso?

—¿Has visto qué dibujos he hecho? —preguntó sin apartar su mano de mi barriga.

Asentí. Estiré la mano y cogí los dibujos que anteriormente había visto.

—Mira, te explico —dijo cogiendo los dibujos de mi mano y tumbándose a mi lado—. En este dibujo estamos mamá, tu y yo —señaló a cada figura que había en ese papel—. En este otro —dijo mientras cambiaba de dibujo—, están Dylan y Matt y en este último...

Algo llamó mi atención, era la figura de una chica con un bebé en sus brazos, ¿quién era ella?

Con pequeños y claros gestos intenté que mi hermana me diera información sobre ella.

—No sé cómo es el bebé, por eso lo he dibujado así —manifestó abstraída.

La puerta de la habitación se abrió, Matt y mi madre estaban al otro lado. Mi madre intranquila, miró los pedazos de papel que tenía entre mis manos y sollozos aparecieron de su garganta.

—Mi niña, mi pequeña niña, lo siento tanto —dijo mientras me abrazaba.

—Adeline, pequeña —habló Matt apretando mi mano.

—¿Cómo te encuentras? —cuestionó mi madre preocupada—. ¿Qué te ha explicado Annie? —volvió a preguntar asustada a la expectativa.

No comprendía nada, ¿qué era lo que estaba pasando?, ¿qué era lo que Annie no debía de haberme dicho?

Otra vez el sonido de la puerta se oyó en esa confusa habitación, era el médico.

—Hola, Adeline, ¿cómo estás? —repitió la misma pregunta.

Moví mis hombros en modo de respuesta, sabía que todos me escondían algo por cómo me miraban.

—Adeline, vamos a darte el alta, he visto tu historial médico y te recomiendo una visita al psicólogo. Puede ayudarte con eso y con tu pequeño —declaró esto último entre susurros.

¿Mi pequeño? No entendía qué estaba pasando.

—¿No se lo habéis dicho? —cuestionó a mi madre y a Matt a la vez que ellos negaban.

Miré atentamente a mi madre y luego a Matt. Recordé las pequeñas acciones de mi hermana, tocar mi barriga, el dibujo de una muchacha con un bebé en sus brazos, sus explicaciones...

No podía ser, no podía estar ocurriendo, ahora no.

—Señorita Britt —me llamó el médico por mi apellido—. Usted está embarazada.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, esto no podía estar sucediendo, no era posible que estuviera embarazada de alguno de esos desalmados, no podía ser, no lo podía soportar. Gritos de desesperación surgieron de mi garganta, me estaba ahogando y mi madre me abrazó en un intento de tranquilizarme.

¿Cómo podía ser posible que hasta ahora no me habían dicho nada? La anterior vez que estuve aquí, narrando lo sucedido con respecto a mi violación, me hicieron esas pruebas y teóricamente dieron negativas.

—Esas pruebas salieron mal, las hemos vuelto a repetir con el

consentimiento de su madre —declaró.

—Lo siento mucho, Addy, en todos estos días he estado pensando en la probabilidad de que estuvieras embarazada, yo... Tranquila, cariño, vamos a estar a tu lado apoyándote decidas lo que decidas —manifestó mi madre.

—Tienes todo mi apoyo —dijo Matt abrazándome.

Miré mi vientre y lo acaricié, era extraño y tenía mucho miedo. ¿Cómo una chica de diecisiete años podría cuidar y proteger la vida de un bebé? Era un bebé inocente que había sido concebido por la maldad de unas personas. Si decidía continuar al lado de este bebé, estaría sola, nadie aparte de mi madre querría estar conmigo. Ningún chico desearía estar al lado de una muchacha con un hijo en su vientre de otro hombre. Los besos y caricias que Dylan me dio los perdería para siempre.

¿Dónde se encontraba él ahora mismo? Me encontraba más sola que nunca y muy perdida, deseaba que él estuviera ahora mismo a mi lado. Tal vez el conocimiento de la existencia de ese bebé fuera la fuerza que me ayudara, tal vez ese bebé repararía mis cicatrices o la abriría mucho más.

—Señorita, puede recoger sus cosas, ahora una enfermera le traerá el alta y podrá irse de aquí. Ella le dará toda la información —dijo antes de salir.

—Creo que debes cambiarte —habló mi madre—. Te he traído esta ropa.

Miré a mi madre y luego a Matt. Él comprendió y se fue a esperarnos en el pasillo.

Mi hermana bajó de la camilla y vino corriendo hacia mí.

—¿Estás contenta con tu bebé? —preguntó inocentemente mientras tocaba mi barriga.

—¿Te ayudo? —preguntó mi madre mientras me daba la muda.

Asentí. Saqué mi bata blanca de hospital y me miré en el espejo. En unos meses ese bebé crecería y se transformaría, de la misma manera que mi cuerpo y mi vida lo haría.

Pasé mis manos por encima de mi abdomen, mi madre contemplaba todos mis movimientos y varias lágrimas se derramaban de sus ojos.

Cerré mis ojos y cogí la ropa que mi madre todavía tenía en sus manos. Me vestí y cuando acabé una enfermera entró.

—Hola, señorita Britt —dijo mirándome—. Estas son las recomendaciones que deberías seguir y aquí están las visitas que debes programar en recepción, una para el ginecólogo y otra para el psicólogo.

Cogí los papeles que esa mujer me proporcionaba, nos despedimos y salimos para la recepción a pedir día y hora.

Fueron muy rápidos y a los cinco minutos nos encontrábamos dirección al coche de Matt. Me senté en el asiento de atrás con Annie, ella me hablaba y me hablaba, pero yo solo observaba atentamente los paisajes que formaban esa ciudad.

El camino fue rápido, salimos del coche y entramos a la casa. Subí las escaleras que daban a mi habitación y abrí la puerta. Mis ojos se aguaron, ahí estaba él, ahí estaba Dylan sentado en mi cama con una preciosa mantita de color blanco y un conejito en el centro. Una tímida sonrisa se dibujó en su hermoso rostro y ahí comprendí que no todo estaba perdido entre nosotros.

Capítulo 6

Miré embobada su sonrisa, no podía parar las lágrimas que salían apresuradamente de mis ojos. Temblé al verlo allí con ese bonito detalle.

—Addy —susurró mi nombre.

Me acerqué a él corriendo y lo abracé. Él me apretó contra su cuerpo y me dio pequeños besos en mi cabeza. Esta vez no quería refugiarme en el miedo, necesitaba no hacerlo, pero sabía que no iba a lograrlo.

Me separé unos centímetros de él, levanté mi rostro y miré sus preciosos ojos. Tragué fuertemente a la misma vez que mi respiración aumentaba.

Subí y toqué, con mi temblorosa mano, el pecho y los hombros de Dylan, él gemía y cerraba sus ojos por el contacto producido. Acerqué mi rostro e intenté rozar mis labios con los suyos.

—¿Sabes una cosa? —preguntó mirándome intensamente y yo negué—. Eres hermosa y perfecta, voy a estar aquí para lo que necesites, ¿me escuchas? —cuestionó temblando—. No necesitas dañarte —habló tocando delicadamente mi vendaje—, no necesitas autolesionarte, estoy aquí contigo —dijo esto último tocando mi rostro con sus manos.

Acarició mi rostro, recorriendo el contorno con la yema de sus dedos y llegó a mis labios. Los acarició y acercó sus labios hacia los míos.

Mi cuerpo se aceleró y tiritó. «Puedo hacerlo, soy más fuerte que todo esto, puedes, Addy... Él no es como esos chicos, lo has visto con tus propios ojos, él no va a hacerte daño».

No podía parar, mi mente formulaba y creaba frases para convencerme, para creer que ya no me iba a pasar nada más, para imaginarme que esa no era yo y que nada podía afectarme. Pero eso no era así.

Había sido yo quien había querido empezar ese beso y también había sido yo quien necesitaba parar ese beso, no podía, aún no.

Rápidamente abrí mis ojos y me separé de él. Una lágrima volvió para hacer presencia de lo destrozada y exhausta que estaba.

—Pequeña, no tengas miedo, estás temblando. No tienes por qué preocuparte, yo... —murmuró—. ¿Addy, sientes algo por mí?

Deseaba hablarle y expresarle todo aquello que sentía, lo miserable y

destrozada que me sentía y lo feliz que estaría si él fuera quien me ayudara a superar el miedo. Me gustaba y sus pequeños gestos, que me había obsequiado durante estas dos semanas, me habían gustado mucho más. Pero primero deseaba saber qué pensaba sobre el bebé.

Cogí su mano y la acerqué a mi vientre. Él lo acarició, rodeó mi plano abdomen con sus manos y le dio un beso.

—No me importa que estés embarazada, Addy, solo quiero intentar algo contigo —manifestó dejándome impresionada—. ¿Tú también lo deseas? —cuestionó expectante—. ¿Qué dices, Addy, me das una oportunidad? —preguntó nervioso.

Hay momentos en los que pensamos que nada tiene sentido, que lo tiraríamos todo por la borda y cambiaríamos toda nuestra vida de un golpe sin importarnos nada ni nadie y yo lo intenté, intenté acabar con todo el sufrimiento que acarreaba. Pero las cosas siempre sucedían por algo, algo hizo que ese intento de expirar al otro mundo se viera truncado, algo hizo que Dylan se fijara en mí y algo hizo que un bebé creciera en mi interior. La vida intentaba darme una segunda oportunidad.

Cuando era niña y mis padres estaban juntos, nada me preocupaba, todo era fácil y si algo no me gustaba podía moldearlo a mi conveniencia. Los problemas vinieron después: la muerte de mi padre, la pareja de mi madre, los golpes y ultrajes y mi abuso. Después de esto viví las noches sin luz, viví en la oscuridad y me albergué en momentos a los que me miraba en el espejo y no había nada que me gustara de mí. Muchas veces imaginé todo aquello que quería cambiar, mis complejos e inseguridades y en esos momentos pensé en mi madre, ¿qué debía pensar sobre ella misma si durante mucho tiempo sufrió los golpes e insultos de *él*? Teníamos que valorarnos más, mi madre gozaba de alguien que, ella y solamente ella, para él era lo más importante.

Entonces pensaba en Dylan, en lo que había hecho por mí, en las palabras que me había expresado, en los bonitos gestos y eso había despertado algo en mí. Quería ayudarme y sostenerme, había visto con sus propios ojos mis emociones, mis sensaciones y mis pánicos. Había observado todo eso de mí y quería estar a mi lado. Podía llorar, podía enfadarme y podía pasar todo el día lamentándome, pero lo único que conseguiría sería volver a dañarme y dañar a los que me rodean. El mundo sigue su curso y, aunque a veces te sientas fuera de él, puedes cambiarlo. Sabía que una relación con Dylan sería

complicada, el tacto dulce que me proporcionaba con sus manos era la evocación a las toscas caricias de ellos y los ardientes y deseosos besos de él, eran los bruscos y despiadados movimientos de ellos.

Recordé una frase que mi padre siempre citaba: «Te dejo estar triste hoy, si sonríes mañana».

Me acerqué a él, lo abracé y asentí repetidamente con una sonrisa en mi rostro. Quería olvidar el miedo, ganarlo y salir triunfante de él.

—No voy a dejar que nada malo te ocurra y voy a ayudarte a superar todos tus miedos. Vamos a ir despacio, poco a poco, tú pondrás los límites. No te tocaré si tú no me lo permites; no te besaré si tú no me lo consientes; no haré nada que tú no quieras. He visto cómo has actuado cuando te he rozado y besado, no quiero que te alejes, solo dímelo y no lo haré.

Acepté, finalmente iba a sentir lo que era la dulzura y el amor de una pareja de verdad, pero también tenía miedo de que no le pudiera entregar todo aquello que Dylan deseara.

—Prométeme una cosa, Adeline —manifestó angustiado.

Lo miré a los ojos y dejé que continuara.

—Prométeme que, aunque descubras cosas de mi pasado que no te gusten, me perdonarás.

¿Qué había hecho él en su pasado? ¿Qué era lo que tenía que perdonarle? No tenía que perdonarle nada y negué como intentando responderle.

—Me gustaría poder escuchar tu voz, no sé cómo se siente y... —No pudo acabar la frase porque pequeñas y disimuladas lágrimas salieron de sus ojos.

Acunó su rostro entre sus manos y asustada me aproximé a él, ¿qué le ocurría? Con mis temblorosas y pálidas manos intenté coger las suyas y separarlas, y lo conseguí. Me miró temblando y en sus ojos pude ver súplica, suplicaba por uno de mis abrazos.

«Dylan, ¿qué ocurre?».

Necesitaba preguntarle qué le ocurría, me sentía impotente al no poder producir ningún sonido y quería que supiera que estaba aquí para él. Lo abracé y acaricié su espalda, mientras lágrimas apresuradas salían de mis ojos. En ese momento comprendí que Dylan tenía un pasado, un pasado que podía no ser muy bueno, se le veía destrozado y, aunque sus cicatrices no fueran corporales, sabía que era una persona despedazada. Algo guardaba bajo su apariencia y una historia estaba acompañada junto a ella. Una historia

arrolladora.

—Siento mucho que hayas presenciado esto. Yo, Addy, yo... —No podía hablar, las palabras le salían entrecortadas y yo no podía comprender qué era lo que estaba ocurriendo.

Me armé de valor y alcancé sus manos con las mías, le otorgué pequeñas y delicadas caricias.

—Es complicado todo esto —susurró con los ojos cerrados y con el cuerpo estático—. Hay veces que la situación me supera y me gustaría sonreír y aparentar que nada ocurre, pero es imposible, se me acumulan las cosas.

Quería besarle y decirle que aquí estaba para él. Graciosamente, Dylan siempre había sido quien lo había hecho y yo me sentía impotente de no poderlo lograr. Lo único que podía hacer era coger un papel y escribirle la fórmula mágica que decía mi padre.

Cogí un pequeño papel, muy parecido al que Dylan me había escrito durante días, y escribí lo siguiente: «Llorar nos hace humanos y eso demuestra lo increíble que eres. Eres fuerte, Dylan, y lo puedo ver en tus ojos».

Escribí la nota de manera rápida y se la enseñé. Él sonrió y yo lo hice con él.

—Gracias, Adeline —habló gratificado.

Acto seguido cogió el pequeño regalo, la mantita, y me la dio.

—Quería que este fuera el primer regalo que ese renacuajo tuviera. Siento mucho cómo actué en el hospital y lo irrespetuoso que fui, pero necesitaba pensar y lo pagué contigo. Sé que no es mucho, pero me apetecía hacerlo.

«Gracias, Dylan, es hermoso».

—¿Te gusta? —preguntó refiriéndose al regalo.

Claro que me gustaba, ese era el primer regalo que tendría mi bebé y no sería el único. Ese bebé era mío, porque estaba dentro de mí, tenía mi sangre y estaba conmigo. No iba a deshacerme de él. Asentí y le correspondí con una sonrisa.

—Me alegro de que te guste. ¿Sabes?, voy a ayudarte con el bebé. Voy a estar aquí para lo que quieras, no me voy a alejar de vosotros y os voy a cuidar. Como ya te he dicho, no me importa que estés embarazada, solo no quiero repetir los mismos errores —pronunció esto último entre murmuraciones.

¿No quería repetir los mismos errores? ¿Con quién había producido esos errores? Y, sobre todo, ¿por qué lo decía mientras hablábamos de un bebé?

Dylan acercó su mano y la depositó en medio de la cama, esperando a que yo le diera permiso para tocarme. Pero unos golpes se oyeron al otro lado de la puerta y esa persona entró en la habitación.

—Dylan, te he estado buscando por toda la casa y el único lugar donde me faltaba buscar era aquí —dijo un sonriente Matt—. Venía porque... —Paró de hablar al ver el regalo que había encima de mi cama y se encontraba anonadado al verlo, ¿por qué actuaba de esa forma al contemplar ese objeto? —. Dylan, esa manta es...

—Sí, papá... no quiero hablar de ello.

Matt, seguía estupefacto observando a su hijo y al regalo.

—¿Matt, qué era lo que querías decirme? —preguntó Dylan intentando cambiar la situación.

—Gabriel y Kissa están abajo, quieren ver cómo se encuentra Adeline —contestó asimilando lo ocurrido.

—Será mejor que bajemos —cortó Dylan.

Dejé encima de la cama el precioso regalo que Dylan me dio, bajamos las escaleras y nos dirigimos hacia el salón. En una de las butacas se encontraba Gabriel y a su lado Kissa, mi hermana también estaba y, en cuanto me vio, salió corriendo hacia mí. La cogí en brazos y besé su frente.

Ella cogió mi mano y acarició el vendaje delicadamente, de la misma forma que Dylan lo había hecho, y me preguntó:

—¿Te duele? —preguntó asustada y yo negué para no asustarla—. Le he explicado a Kissa el secreto del bebé —manifestó susurrando y luego se fue corriendo hacia el jardín.

Mi hermana siempre explicaba los «secretos», pero lo hacía de forma rigurosa y se los explicaba a la persona que más le llamaba la atención o a las que más le interesaba. Sonreí, era una traviesa.

—Hola, chicos —habló Dylan dando un abrazo a Gabriel y dos besos a Kissa, ellos respondieron de la misma manera.

—Hola, Adeline. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Kissa acercándose a mí.

¿Cómo me encontraba? Mi situación hacía recordarme a aquella obra de arte donde un viajero se encuentra de pie en lo alto de una montaña elevada,

mirando a un mar de nubes. El viajero está de espaldas y el cielo y las montañas ocupan la mayor parte del cuadro. Este personaje y su postura demuestra que domina la vida de este mundo y mira más allá de las nubes, donde encontrará una vida eterna. Pero mi postura era totalmente diferente, estaba «sola», la melancolía y la tristeza se apoderaban de mí, de la misma manera que lo hacía la soledad. Yo era una viajera, una viajera muerta de miedo al ver esas montañas y esas nubes, que para mí eran la representación de la maldad de una sociedad y el fin de ella. El suicidio había sido mi intento de tirarme por ese acantilado, pero no me había dado cuenta de que al tirarme al vacío me habían dado el poder de flotar y el poder de construir mi vida con una preciosa creación. Dylan me había ayudado a flotar, y ese bebé me ayudaría a construir mi vida.

Podía sentirme bien, iba a estarlo tarde o temprano, y respondí con una pequeña sonrisa.

—Estoy feliz por ello —contestó honesta.

Instintivamente y, sin saber el porqué, cogí la mano de Dylan que tenía escondida detrás de su espalda y la uní con la mía, sentía la necesidad de protección y de esta forma lo conseguí. Dylan estaba muy sorprendido, asombrado y desconcertado ante mi acto. No sabía cómo reaccionar y yo le apreté un poco más con una sonrisa. Entonces Gabriel miró a Dylan y luego a mí.

—Hola, Adeline, estábamos preocupados por ti y yo también me alegro de que estés bien. Dylan, ¿puedo hablar contigo? —cuestionó Gabriel.

Separé mis manos de las suyas, él aceptó y se fueron a otra instancia a hablar.

—Me he enterado, bueno, mejor dicho, me han explicado el «secreto» de que estás embarazada... ¿Qué piensas hacer? No quiero importunarte con mi pregunta, solo... —paró de hablar—. Lo siento, a veces pregunto de más y yo solo...

Alargué mi brazo e intenté coger la mano que movía a causa de rápidos movimientos.

«Tranquila, no pasa nada».

Sonreí y ella me lo devolvió.

—¿Puedo preguntártelo? —dijo a la misma vez que yo asentí—. ¿Quieres tenerlo?

Antes de la salida del hospital, cuando las enfermeras nos dieron las recomendaciones, pidieron hablar con mi madre. Se pensaban que yo no las podría oír, pero sí que lo hice y no me gustó lo que le dijeron. Hablaron de mi bebé con el término «problema», que tenía que abortar y que para qué iba a vivir con un bebé que me recordaría a esos hombres.

Primero pensé que podía ser verdad lo que esas enfermeras decían, pero luego pensé: ¿si yo mato a mi bebé, se me olvidaría la violación?, ¿si yo mato a mi bebé, se me quitarían las pesadillas?, ¿se me va a quitar este dolor? No, claro que no, nada podía cambiar y, ¿si yo matara a mi bebé, seguiría viviendo como si nada hubiera pasado?

La noticia fue dura y llegó de improviso, pero cuando esas enfermeras dijeron eso y me vi reflejada en ese espejo junto a mi madre, una mujer que, de uno de los tantos abusos que él le produjo, concibió y venció las dificultades con su hija, pensé que yo también podría hacer eso sola. Sin embargo, yo tenía a alguien a mi lado que quería ayudarme, mi familia y, sobre todo, Dylan.

Miré a Kissa y asentí de manera firme.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó impresionada, yo negué y ella continuó hablando—. Pocas chicas son tan maduras y buenas como tú, eres increíble, Adeline. Puedes conseguir todo lo que te propongas y ese miedo que se ve que tienes a las personas lo irás perdiendo. Mira dónde estás tú y mira dónde estoy yo, cada vez que intento avanzar tú retrocedes y no te das cuenta de eso, pero he visto una cosa —dijo ella.

Estaba impresionada, todo lo que decía era verdad, no me había fijado hasta ahora e intenté decirle que continuase. Ella lo entendió y me dijo:

—Dylan te protege y tú te ves a salvo cuando estás cerca de él. Cuando estaba él, estabas relajada y ahora estás muy rígida. Sé cómo se siente el miedo, Addy, yo también lo he vivido, pero gracias a Gabriel he conseguido superarlo. Quiero que sepas, aunque no nos conozcamos, que puedes confiar en mí y yo te ayudaré en todo lo que pueda.

Kissa parecía una buena chica, una chica que sintió el miedo como yo también lo estoy viviendo, todos tenemos un pasado oscuro del que queremos olvidarnos. Algunos lo consiguen pidiendo ayuda y otros no consiguen nada. Nada es lo que les separa de la muerte.

Capítulo 7

—Adeline, ¿sabes una cosa? —preguntó Kissa después de un largo lapso de tiempo, yo negué y ella continuó explicando—. Yo también sentía que todo estaba en mi contra y que nada me salía bien. Sabía que hiciese lo que hiciese siempre estaría mal. Perdí la cuenta de las veces que quise desaparecer,irme y olvidar todo. Muchas veces me había despertado y no había sentido nada, abría los ojos y pensaba que ahí era donde debía quedarme, dormida, donde los problemas desaparecían por un rato. Parecía que me despertara solo para meter la pata y que nada me saliera bien, el sentimiento de impotencia podía conmigo. Estaba cansada de notar que no paraba de arruinar las cosas, cansada de sentirme insuficiente para la gente y cansada de que el miedo controlara mi vida. Todo empezaba de nuevo, veía a la gente y ella me veía a mí, pero parecía que nadie se daba cuenta de cómo me encontraba. Siempre decía: «Todo está bien», y parecía que funcionaba. Todos los días estaba en mi habitación, mirando a un punto fijo y viendo cómo el tiempo pasaba, pero yo me mantenía estática.

Escuchaba atenta las palabras que esa chica pronunciaba, se parecía tanto a mí, tan perdida y tan sola.

—Sentía que nada valía la pena y observaba cómo el mundo podía seguir sin mí. Toda persona que llegaba a mi vida se iba, al paso de los meses se largaban y me dejaban como una estúpida, preguntándome: ¿por qué se van?, ¿por qué me dejan?, ¿por qué a mí? Todas las respuestas a esas preguntas las vi muy claras, era yo, el único problema era yo misma. Pero ¿sabes?, un día apareció Gabriel y cambió todos esos sentimientos negativos que tenía acerca de mí misma. Adeline, eres grandiosa, sé que tú también puedes y eres, incluso, mucho más fuerte que yo. Has demostrado tu valentía con ese bebé, has demostrado tu valentía sonriendo de verdad a pesar de no poder hablar y has demostrado tu valentía con lo que has hecho con Dylan. Hazme caso, déjate ayudar y vuelve a ser feliz.

Apresuradas y abundantes lágrimas recorrían mi rostro, Kissa había sufrido y estaba ahí, viva y feliz, ¿por qué yo no podía también intentarlo?

—No llores, no tienes que hacerlo, te lo prohíbo —habló ella al borde del llanto—. ¿Puedo darte un abrazo?

Miré su rostro y luego vi cómo su cuerpo temblaba de la misma forma que lo hacía el mío, después de recordar nuestras vidas. Me acerqué a ella y envolvimos nuestros brazos en un sincero abrazo.

Cuando nos separamos, me observó y manifestó:

—Quiero que sepas que me tienes como amiga y no voy a separarme de ti. No voy a hacer como todos aquellos que me prometieron que iban a quedarse conmigo y luego se fueron. Tienes que respirar y podrás continuar.

Era la primera vez que alguien hablaba de mí en esos términos, siempre habían sido burlas e, incluso, me habían menospreciado por no ser igual a todos ellos, pero Kissa se parecía tanto a mí. Ella no se reía, ella no me criticaba, ella no me hacía sentir como un ser insignificante que no le importaba a nadie y que estaba en el final de todo alejada, como si no existiera. Ella me entendía y me ayudaba a comprender que podía, que yo podía salir y que, si el vaso estaba lleno de agua y podía verterse, yo sería capaz de sostenerlo para que nunca pudiera hacerlo.

«Gracias, Kissa, gracias por hacerme sentir mejor, ojalá pudiera hablar para explicarte que así es como yo me siento».

—¿Me lo prometes? —preguntó interesada acercándose su mano.

Sí, se lo prometería y asentí con una gran sonrisa, mientras cogía su mano.

Nuestra conversación fue interrumpida por los pasos y fuertes palabras de Gabriel y Dylan. Rápidamente sequé mis ojos y observé cómo entraban en la habitación. Nos miraron extrañados, Kissa tenía los ojos enrojecidos y los míos estaban llorosos.

—¿Ha pasado algo? —preguntó primero Dylan y segundos después Gabriel.

Kissa y yo nos miramos y, con nuestras manos entrelazadas, negamos. Dylan entendió ese gesto y calló, de la misma forma que lo hizo Gabriel.

—Chicas, he pensado en hacer algo —manifestó Gabriel alegre.

—¿Y sobre qué trata? —preguntó Kissa interesada, yo me mantenía al margen.

—Podríamos ir este fin de semana al parque de atracciones que se encuentra a pocas horas de aquí.

—Ya te he dicho que no creo que sea una buena idea —pronunció Dylan.

No estaba segura de ello, en ese lugar habría mucha gente, habría mucho movimiento y no sabía si ese ajetreo podría afectar a mi bebé. No me gustaba

esa idea, no me gustaba la idea de que le afectara a mi bebé.

Kissa estaba muy contenta con lo que su novio había dicho, pero yo negaba mirando a Dylan. No quería estar rodeada de gente y no quería que mi bebé sufriera. Él se acercó hasta mí y se arrodilló.

—¿Estás preocupada por el pequeño? —preguntó cerca de mi rostro, él hizo pequeños movimientos para preguntarme si me podía tocar y yo, deseosa, dejé que acariciara mi mejilla y mi estómago.

Largas descargas eléctricas recorrieron mi cuerpo, sus frías y finas manos me deleitaban y yo miraba embobada su preciosa cara, una cara que parecía que hubiese sido esculpida por algún artista resaltando armonía y belleza. Era simplemente perfecto, perfecto para mí.

Asentí a su pregunta.

—¿Esta semana tienes visita al ginecólogo? —cuestionó y yo afirmé—. Quiero acompañarte, no voy a dejarte sola, te lo he prometido, ¿me permites que vaya contigo para conocer a ese bebé? Podemos preguntarle y así saber si le puede suceder cualquier cosa.

No controlaba mis emociones, sus caricias, tan dulces y suaves, me embriagaban. Necesitaba tenerlo a mi lado, necesitaba que me quisiera y necesitaba que quisiera a ese ser que estaba naciendo en mi interior. Él lo hacía.

Cogiendo su mano, que todavía se encontraba en mi rostro, acepté, acepté ir con él al ginecólogo y acepté, inconscientemente, algo que todavía no sabía.

—Creo que nosotros nos vamos, esperamos una respuesta positiva para poder preparar toda la excursión. Te encantará ese sitio, Adeline. También llamaré a César y a Kirsten. —Toda la felicidad que albergaba en mí se detuvo, se destruyó. Ese chico me había tocado y me había intentado besar a la fuerza y Kirsten, esa chica de ojos verdes que me despreciaba, estaba al acecho de conquistar a Dylan y de humillarme.

Dylan presenció y notó ese cambio en mí, sabía que algo no iba bien, pero ¿cómo podía preguntarle si aquella noche tuvo algo con ella o no?, ¿cómo podía explicarle las miserables palabras que aquel día ella me pronunció?, ¿cómo podía explicarle que César me recordaba a aquellos chicos que abusaron de mí?

—Adeline, ¿estás bien? —manifestó Kissa asustada al verme.

—Chicos, nos vemos otro día, creo que debo...—Pero las palabras de Dylan se vieron interrumpidas por mis gritos de dolor. Otra vez venían aquellas imágenes, risas, gemidos, distorsionadas caras, dolor, paz, dolor y miedo.

Mis gritos eran desesperados y pedían compasión, quería ser liberada de estas cadenas imaginarias que apretaban y ahogaban mi cuerpo y lo pedía con alaridos de desesperación.

—¡Addy! ¡Addy, pequeña! ¡Escúchame! ¡Necesito que me escuches y que me mires! —exclamaba preocupado Dylan, mientras me obligaba a mirarlo sosteniendo mi rostro con sus manos.

Apreté mi cuerpo contra el suyo y dejé de gritar. A continuación, lo miré a los ojos y pude ver miedo, él sentía mi dolor, mi angustia, mi soledad y mi vacío.

Me cogió en brazos y antes de llevarme pronunció a Kissa y Gabriel:

—Luego os llamo.

Subió las escaleras lentamente, mi respiración temblaba y yo no dejaba de observar esos inmensos ojos azules, él también me miraba y eso me calmó.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre asustada subiendo por las escaleras.

—Ya está mejor, se ha asustado y, bueno... —respondió Dylan apretándome más fuerte contra su cuerpo—. Voy a llevarla a su habitación.

—Vale, Dylan —manifestó mi madre más calmada—. Después subiré para ver cómo se encuentra.

—De acuerdo.

Dylan se dirigió a mi habitación, abrió la puerta de mi habitación y se sentó en mi cama conmigo encima de él.

«Necesito que me acaricies, necesito que me mimes y necesito que me ayudes a aminorar cada cicatriz, cada golpe y cada insulto».

Quería decirle todo eso, pero me sentía impotente y lágrimas aparecieron en mis ojos. Deseaba, deseaba con todas mis fuerzas acabar con todos mis miedos, pero ni siquiera podía hablar para explicarlos.

—Me gustaría saber qué es lo que esos ojos están intentando decirme. ¿Quieres que te acaricie?, ¿quieres que te bese? Hazlo tú misma, Addy, quiero que sepas que no voy a dañarte y te prometí que yo no haría nada si tú no lo hacías. Bésame si así lo deseas, acaríciame si lo quieres y, ojalá, pudieras pronunciar alguna palabra porque yo, Addy, yo... —susurró cerca

cerrando los ojos.

Me acerqué a él, me incliné y lo besé con suavidad. Dylan jadeó, perplejo, pero cerró los ojos y se dejó llevar. Sentí cómo mi pecho estallaba y un gran hormigueo recorrió todo mi cuerpo. Él no me tocaba, cumplía su promesa, si yo no le daba ese consentimiento él no lo hacía. Primero quería probar, quería saber qué se sentía tocar su piel. Mi corazón latía muy deprisa y todo a mi alrededor parecía haberse detenido. Mis dedos estaban en su pecho y podía sentir los latidos de su corazón. Los dos estábamos nerviosos.

Pequeñas caricias proporcioné a lo largo de su cuerpo, primero fue su rostro, luego su cuello y más tarde a su abdomen. Un placer inexplicable recorría todo mi cuerpo.

Dylan se retorció de placer, pero él no me tocaba, él apretaba fuertemente las sabanas con su mano. Cogí una de sus manos y la acerqué a mi pecho.

—Addy, no hagas esto por obligación, no quiero que... —Lo interrumpí apretando su mano y haciendo que moviera otra vez su mano por mis pechos.

«Quiero que me toques, lo quiero».

Disfrutaba, por un momento, el miedo desaparecía y el placer inundaba todo mi ser. Disfrutábamos y eso era lo importante.

Dylan no se atrevía a tocar más de lo que yo le había dejado y cogí su otra mano y la acerqué a mi pierna.

—Addy, por favor —suplicaba Dylan.

Lo callé con un beso y luego desabroché los tres primeros botones de su camisa, le di otro beso, un beso que recorrió su precioso y delgado torso, un beso que hizo explotar mis sentimientos, un beso de deseo. Un beso que inició un desenfreno. Volví a coger la mano de Dylan, que tocaba lentamente mi pecho, y la introduje dentro de mi jersey, quería notarlo, quería que tocara mucho más.

—Debemos parar —susurró, pero yo no lo escuchaba, estaba extasiada y solo podía saborear al hombre que tenía delante.

Pero algo cambió todo, un movimiento inesperado y el miedo volvió, me separé de él y lo vi todo borroso. Ruidos y gritos empezaron a aparecer en mi cabeza, gritos de súplica, de desesperación. Casi lo lograba, había logrado mucho más de lo que esperaba. Y Dylan estaba allí, estaba abrazándome, mientras yo lloraba sin entender el porqué.

No sabía qué había pasado, estaba disfrutando, disfrutando de sus caricias

y él gozaba de las que yo le daba, pero algo rápido cruzó en mi mente y me dañó, no sabía qué era, pero me estaba destrozando.

—Ya está, Addy, pequeña, ya ha pasado —repetía Dylan mientras me abrazaba y me acunaba entre sus brazos—. Hoy ha sido un día muy largo, será mejor que descanses. —Me sacó los zapatos, se levantó, conmigo entre sus brazos, abrió la colcha que adornaba mi cama y me introdujo dentro de ella con cuidado.

Yo no hacía nada, estaba sumergida en mis pensamientos y me quedé petrificada e inmóvil mirando la inmensa luna, que se podía observar a través de mi ventana. Sabía que Dylan me estaba hablando por cómo movía sus labios, pero no podía entenderle, no lograba descifrar qué era lo que me decía, mi cabeza se encontraba completamente en blanco y no podía.

Después de ese suceso, pasaron unos días, el sol continuaba saliendo y la gente seguía viviendo. Pero yo me encontraba tirada en mi habitación pensando en el momento y en el lugar en que todo empezó, el momento en el que me hundí. Observaba la luna, nos parecíamos tanto, solas, frías y rotas, viviendo en una oscura noche que no nos dejaba pronunciar aquello que queríamos. Ignorábamos a todas nuestras estrellas y nos perdíamos cuando el sol volvía a salir, para nosotros ese sol era nuestro sufrimiento; inconscientemente y, a menudo, tocaba la venda que envolvía mi muñeca.

No sabía nada de nadie, muchas veces oía cómo entraban en mi habitación e intentaban hablar conmigo o abrazarme, pero yo no me dejaba, no dejaba que nadie tocara a algo que no merecía la pena. Pero un día Dylan entró en la habitación, sabía que era él por su singular y especial perfume, un perfume que me transportaba a mi infancia cuando me escondía dentro de un jazmín que teníamos en el patio de casa y yo olía el aroma de dentro de la flor.

—Adeline, sé que estás despierta, ven conmigo —pronunció, pero yo me negaba, no me quería mover, no tenía fuerzas—. Odio que te quieras tan poco, todos estos días, día y noche, he deseado con todas mis fuerzas que te veas con los mismos ojos con los que yo te miro, para que entiendas que eres la mujer más bonita que he encontrado.

Lloraba y lloraba, en estos días que había pasado estirada en la cama, no había pensado en nada ni en nadie y me sentía horrible por ello. Era cierto que todo iba mal, que podía ser que nada mejorara y que no podría aguantar mucho más. Estoy segura de que, si pudiera, desaparecería y empezaría mi vida desde cero, pero no podía, esta era mi vida y era yo quien debía

controlarla. A veces estaba exaltada y encandilada, pero, a continuación, estaba apagada y tenue; me sentía extraña, no sabía cómo controlar mis emociones.

Entonces las palabras de Dylan me entraron y abrieron camino.

—Deja de hacerte daño a ti misma, las cosas cambiarán si tú quieres que cambien.... Ven, quiero que intentes una cosa —pronunció de manera lenta y cándida.

Me dejé llevar y me llevó delante del espejo que tanto odiaba, odiaba mirarme en el espejo.

—¿Qué es lo que ves? —Preguntó detrás de mí, yo no quería responder, no quería verme y solo ver cicatrices—. Solo quiero que lo intentes.

Frágil y callada miré lo que se veía en ese espejo, me estaba autodestruyendo, me estaba marchitando, pero no solo lo estaba haciendo yo, sino que también todas las personas que estaban a mi alrededor y, sobre todo, mi bebé.

¿Cómo alguien como él podía quererme? No podía repetirme lo horrible que era y, de repente, él se posicionó detrás de mí, rodeó mi cintura con sus brazos y apoyó su barbilla encima de mis hombros. Me miró fijamente y me dijo lo preciosa que era. Segundos más tarde, suplicándome con la mirada, levantó mi camiseta y me demostró que esos horribles moratones ya no estaban, que con el tiempo se habían ido y que, como ellos, mis miedos también podían irse.

—Aquí ya no va a haber nada más malo, solo va a estar ese bebé y comprobarás, por ti misma, cómo se va formando y cómo va a ir creciendo.

Me giré hacia él y con mis ojos intenté pronunciar aquellas gracias que mi boca no podía emitir. Con todo esto, estaba segura de que él me cuidaría.

—Hoy vas a conocer a tu hijo, Rebeca y Annie irán contigo, quiero que cuando volváis me enseñes esa imagen de él —dijo como perdido entre sus recuerdos.

Quería que él viniese con nosotras, que conociera en persona y sintiera a ese bebé, quería que estuviera él allí. Le agarré la mano y se la apreté muy fuerte, mientras negaba.

«Quiero que vengas conmigo».

—¿Quieres que venga con vosotras? No creo que deba —manifestó tartajando.

Llevé su mano a mi vientre plano y él me miró implorando, no sabía qué quería pedirme ni decirme, pero ahora fui yo quien se acercó a él y lo abracé.

—¿Addy? —preguntó Annie abriendo la puerta sin llamar, siempre lo hacía—. ¡Dylan! —manifestó contenta y se precipitó hacia él.

—Hermosa —dijo él con una media sonrisa.

—Mamá dice que nos tenemos que ir a ver al bebé —declaró mirándonos—. ¿Vendrás? —cuestionó.

—Sí, iré con vosotras —respondió mirándome.

Dylan se fue con mi hermana y yo me dirigí a mi armario para cambiarme. Me pondría algo cómodo y simple. Miré mi ropa y nada me gustaba, disgustada, me vestí con lo que tenía más «normal».

Mi madre se sorprendió al ver que Dylan quería venir con nosotras, pero no dijo nada. Subimos al coche y yo me quedé absorta mirando cómo Dylan y mi hermana hablaban, era un buen chico.

Llegamos al hospital y nos dirigimos a la sala de espera, estaba nerviosa, muy nerviosa, no sabía cómo actuar y toda la gente que se encontraba allí me miraban despectivamente. Podía adivinar los comentarios que estarían haciendo, la sociedad en la que vivimos tiene muy asumido que mantener relaciones sexuales a esa edad es muy normal, pero, si te quedas embarazada y decides tener a tu hijo, te acusan de inconsciente, de complicarte la vida y de destruirla, pero, a la misma vez, piensan que si tienes a ese niño le estás haciendo algo malo a tu hijo. Es una vida y está ahí, tú ya no puedes decidir, él ya está ahí, o decides seguir adelante o decides acabar con su vida.

Mi madre me abrazaba, Annie hacía lo mismo y Dylan mantenía nuestras manos firmes, ellos estaban conmigo. El médico llamó: «señorita Britt», y entramos a la consulta.

El doctor miró mi expediente clínico y me miró, luego a mi madre y a mi hermana y, por último, a Dylan.

—Bien, venga, señorita, vamos a realizar la ecografía para poder ver cómo está su bebé. —Hizo el procedimiento para saber si mi bebé estaba ubicado en el útero correctamente y así era.

El ginecólogo también explicó que, en la cuarta semana de gestación, el embrión tenía dos semanas de edad.

—Todavía no tiene aspecto humano, pero se pueden distinguir las partes que luego serán la cabeza, el cuerpo y los brazos. Se ha comenzado a formar

el tubo neural y la médula espinal perteneciente al sistema nervioso central del bebé. También se forma la placenta, que será la encargada de transmitir nutrientes y oxígeno al bebé durante todo el embarazo. —El doctor explicaba cada parte que veíamos a partir de ese monitor, era una cosita muy pequeña, hacia solo 0'5 mm, pero esa cosa pequeña se convertiría en algo hermoso y espectacular para mí. Al verlo, sollocé y miré a Dylan, él también lo hacía, él derramaba silenciosas lágrimas. Ahí tomé conciencia de que lo que tenía era vida y lo primero que pensé fue que ya no iba a estar sola, que tenía a alguien por quien vivir y que ese bebé me acompañaría toda la vida.

Quería vivir para poder cuidarlo.

Capítulo 8

—Así que está todo bien, ¿verdad, doctor? —preguntó mi madre preocupada.

—Sí, señora, tanto el bebé como el procedimiento van bien.

Al pronunciar esas palabras, la mano de Dylan, que se situaba encima de mi mano derecha, me apretó mucho más fuerte, ¿qué le ocurría? Giré mi rostro hacia él y me asusté, estaba llorando y pude observar miedo en esos maravillosos ojos.

Atemorizada, masajeeé sus nudillos para tranquilizarle, él fijó su mirada en mis ojos y yo le sonreí.

—Señorita Britt —habló el médico llamándome la atención.

Lo observé y él, inspeccionándome, me cuestionó lo siguiente:

—¿Está dispuesta a seguir con el embarazo? Puede abortar y...—El cuerpo de Dylan empezó a temblar ante estas palabras.

«No sé qué te ocurre, desearía saberlo y ayudarte».

Negué al doctor, no me iba a separar de mi bebé, él ahora formaba parte de mi vida y era increíble pensar que llevaba dentro una persona, que había alguien dentro de mí que me quería, que me necesitaba, que estaba a gusto conmigo. No iba a matar la vida de ese bebé.

—De acuerdo, pues le enviaré a que le hagan unos análisis de sangre y un uroanálisis. Dentro de dos meses venga y volveremos a observar cómo se encuentra el embrión —expresaba a la misma vez que se dirigía a su escritorio.

Me vestí lentamente, mi madre me ayudó a bajar de la camilla y Dylan, disimuladamente para que mi madre no nos viera, cogió mi mano; Annie estaba embelesada mirando la fotografía del bebé, que segundos antes nos había entregado el médico, y no prestaba atención a los que había a su alrededor.

—Disculpe, doctor Niubó —manifestó Dylan.

—Dígame —dijo atento mirando nuestras manos entrelazadas.

—Habíamos pensado ir este fin de semana con unos compañeros a un

parque temático y me gustaría saber si eso podría acarrearle consecuencias al bebé.

—Desafortunadamente, para las mujeres que están embarazadas, muchas de las actividades que se encuentran en los parques de atracciones no son recomendables. Los rápidos arranques y paradas, las fuerzas discordantes y las presiones contra el cuerpo que ocurren durante este tipo de paseos, crean fuerzas dentro del útero que puede conducir a la separación prematura de la placenta de la pared del útero, que se llama desprendimiento de la placenta. Yo os recomendaría que nada de traqueteos ni mucho movimiento, podéis ver los espectáculos y funciones. Perdonad mi indiscreción, pero ¿usted es el novio de la señorita? —cuestionó interesado.

Nerviosa, aparté rápidamente mi mano de la de Dylan, no quería incomodarlo y tampoco quería causarle más problemas. El ginecólogo se dio cuenta de mi acto y nos miró expectante.

Dylan tragó saliva antes de responder, pero mi madre se adelantó y contestó por él.

—Él es su hermanastro.

Las simples palabras que pronunció mi madre me dolieron; quería gritar y expresar que él era el chico que quería, que no me importaba que fuera el hijo de Matt, que no me importaba nada, sin embargo, no podía y me sentí humillada ante la mirada interrogatoria de ese hombre. Los labios de Dylan temblaron, parecía como si él sí quisiese hablar y expresar aquello que sentía.

—Ya veo —contestó el ginecólogo tajante—. Eres una niña muy fuerte para seguir adelante con el embarazo de ese niño después de lo sucedido.

Cerré mis ojos por la impotencia de no poder responderle nada ante el comentario irrespetuoso que había dicho.

—Mi hija ha decidido ser madre, no será nada fácil, pero tiene todo nuestro apoyo.

Inesperadamente, un fuerte estruendo, proveniente de la puerta, se oyó; Dylan se había ido.

Ese hombre me miraba como si estuviera loca, como si me estuviera diciendo: «Tú verás la decisión que tomas»; «Eres muy joven, ¿cómo vas a decidir tú tener un hijo?». Me hacía sentir una persona despreciable y mezquina al intentar continuar con el embarazo.

—Creo que eso es todo, ir a admisión y allí os darán todo.

—Bien —dijo mi madre cortante.

Después de ese fatídico suceso, salimos de esa consulta y Dylan no se encontraba allí. Se había ido y yo lo necesitaba, en esos momentos me sentía un monstruo, necesitaba sus palabras, necesitaba sus tímidas y suaves caricias y lo necesitaba a él, ¿dónde se había ido?

—¿Te llevas bien con Dylan? —preguntó mi madre al salir de la consulta y yo asentí—. Entiendo, te está ayudando con lo del bebé, ¿verdad? He visto el regalo, es un detalle muy bonito —continuó hablando como si deseara descubrir algo más.

No entendía qué pretendía mi madre saber hasta que realizó esa pregunta:

—¿Te gusta Dylan, Addy? —cuestionó mirándome fijamente.

No podía, no podía mentir a mi madre después de todo lo que habíamos pasado, después de todo lo que habíamos luchado la una por la otra y no podía mentirme a mí misma. Agaché la cabeza, pequeñas lágrimas salieron de mis ojos, me sentía sola y él había sido el único que había intentado ayudarme.

—Addy, mírame —dijo mi madre cogiendo mi rostro y eliminando mis lágrimas con sus dedos—. No debes llorar, no quiero que llores más, por favor, solo quiero saber si lo quieres. ¿Quieres a ese chico?

Miré a mi madre y, avergonzada, asentí lentamente.

—Mi niña pequeña —empezó a pronunciar mi madre—, nadie puede elegir a quién amar. El amor se siente y no hay respuestas ni explicaciones sobre ello. Nadie puede decirte a quién amar, ni a quién es correcto amar ni a quién es incorrecto hacerlo. Una persona ama, siente y vive el momento. Tiembles por estar con esa persona, por estar en contacto con él, porque te gusta cómo te hace sentir, su risa y las cosas que te dice. Me he equivocado mucho a lo largo de mi vida y he sufrido. Cariño, yo solo quiero que seas feliz y disfrutes del tiempo, que es quien nos mata. Cada día, cada mes del año, es un fruto que hay que arrancar del árbol. Nuestros males nos carcomen y son mordaces, nos van comiendo lentamente. No nos dejan vivir, no nos dejan descansar y nos tienen en tensión.

Estaba atenta y sumergida en las palabras tan sabias que mi madre pronunciaba.

—¿Sabes lo que tu padre me explicó una vez y yo al principio no entendí? —preguntó cogiéndome la mano, yo negué y ella continuó—. El Tiempo

castra al Cielo y no hay Cielo posible si el Tiempo ha derrotado al Cielo. Todo es frágil y todo aquello que nos sepa a cielo y tranquilidad, es castrado. De esa castración del Cielo caen las gotas de sangre en el Océano y son las que crean a Afrodita, hija de la espuma. El amor es asociado a un odio. El amor es nacido de la castración del Cielo por el Tiempo, amor es dolor. Quiero que entiendas que todos somos llevados a la fuerza al mismo sitio, la muerte, y quiero que vivas y hagas lo que quieras. Si deseas querer a Dylan, quíerelo, si deseas tener a tu hijo, tenlo; pero, sobre todo, vive, hija, voy a estar siempre contigo y voy a ayudarte.

Amaba a mi madre, nuestro vínculo era muy fuerte y el paso del tiempo, junto con los problemas, no pudo romper nuestra unión.

Me acerqué a ella y la abracé, entendía lo que me decía, entendía lo que quería explicarme y sobre todo entendía por qué mi padre se lo dijo a ella. Las lágrimas no paraban de salir de mis ojos y mi cuerpo temblaba.

—Tranquila, Addy, no pasa nada, todo se va a solucionar y, ¿sabes qué te digo? —preguntó y yo negué—. Enhorabuena, enhorabuena por que tengas a tu hijo.

Eso era lo que necesitaba escuchar, deseaba escuchar la enhorabuena de parte de mi madre.

—Mami —habló Annie asustada tocando su pierna.

—Dime, cariño.

—Allí está el señor malo que mató a Lía —dijo asustada.

No podía ser, no entendía como *él* sabía que nos encontrábamos allí. Miré atemorizada a mi madre, pero ella se encontraba abstraída, concentrada entre sus pensamientos, no hacía nada y ese hombre se acercaba, poco a poco, a nosotras.

Cogí en brazos a Addy y apreté la mano de mi madre para que despertara, nos urgía salir de allí, ese hombre cada vez estaba más cerca.

Mis músculos temblaron y mi corazón latía rápidamente. Corrimos y corrimos, pero todo fue en vano, ese hombre nos atrapó a la salida del hospital antes de que pudiéramos entrar en nuestro coche. Presa del vértigo, fui tambaleándome con Annie, entre mis brazos, hasta la pared más cercana.

Desde allí, pude escuchar las palabras de súplica de mi madre.

—Por favor, déjanos.

—Qué graciosa te has vuelto en estos ¿cinco años? —preguntó irónico—.

¿No te alegras de verme?

—Dunkel, no...

—No te gusta esto —Pronunció antes de besar los labios de mi madre, ella intentaba zafarse de su agarre y gemía desesperada por el miedo.

No podía moverme, estaba estática apoyada en esa pared, escuchando las súplicas y lloriqueos de mi madre; y los quejidos de miedo de Annie.

De repente, un grito ensordecedor salió de la boca de Dunkel, mi madre le había mordido el labio inferior con tanta fuerza que habían brotado pequeñas gotas de sangre de su piel.

—¡Putá! —gritó mientras la empujaba contra el coche y le proporcionaba un golpe—. ¿No disfrutabas cuando te lo hacía?, ¿no gozabas cuando te tocaba? —murmuró mientras la acariciaba—. ¿No gritabas que querías más?, ¿por qué te fuiste?, ¿te fuiste por el engendro ese? —cuestionó mirando a mi hermana—. ¡Contéstame!

«Annie, no va a pasar nada, yo te voy a proteger».

Mi madre estaba asustada, no hacía más que mirarnos y yo intentaba tranquilizar a Annie. No paraba de llorar y no sabía qué hacer.

—¡Haz callar a esa mocosa! —me gritó *él* dirigiéndose hacia nosotras.

—¡Ni se te ocurra tocarla! ¡Ni a ella ni a Addy! ¡No voy a permitir que les pongas una mano encima!

Enfadado se dirigió hacia nosotras, estábamos inmóviles, Annie cada vez se aferraba más a mi cuerpo y yo estaba en alerta.

—¡Si no la callas tú, la callaré yo! —Vociferó intentando sacarme a Annie, pero jamás iba a permitir que ese hombre cogiera y destruyera lo que más quería.

—Dunkel... —susurró mi madre acercándose lentamente.

—No te acerques —pronunció él.

—¿Qué es lo que quieres?, ¿dime qué es? —suplicó mi madre entre alaridos.

—Si te lo digo, no va a ser tan divertido —manifestó riéndose cínicamente.

—Déjanos, te lo ruego, no tengo nada para darte —hablaba mi madre cada vez más cerca de él.

—Una vez te dije que eras mía y de nadie más, ¿qué parte de esa frase no entendiste?! —vociferó.

—Destrozaste nuestro amor, lo mataste. Me pegabas, me humillabas. Addy siempre veía lo que me hacías y... —calló, no dijo nada más.

Recordé, odiaba y amaba recordar, recordé lo que mi madre y yo hacíamos para intentar atenuar la situación. Cada día cocinábamos una receta nueva, una nueva idea se formaba en nuestra cabeza y la realizábamos, pasábamos las tardes enteras y reíamos, reíamos mucho, pero cuando ese hombre llegaba, todo lo que habíamos creado iba directo a la basura. Odiaba con todas mis fuerzas que hiciera eso.

Cuando mi madre se enteró de que estaba embarazada, ese monstruo no tuvo suficiente con menospreciarla e intentó otra cosa, una cosa mucho más atroz que ya había cometido otras veces. Pero yo lo detuve y disfruté, disfruté pegándome, su cara de satisfacción me lo decía todo. No podía permitir que ese hombre le pegara, no podía permitir que matara a un ser inocente.

Creo que ese día fue el principio de mi gran vacío, ese día me sentí una muñeca de porcelana a la que habían roto y abierto y dentro de ella no había nada. Al día siguiente, mi labio estaba roto y varios hematomas aparecieron en mi rostro, mi madre nunca se perdonó que ocurriera eso y se mortificaba cada vez que podía.

—¡Pegaste a mi hija! No voy a volver contigo jamás, te odio. ¡Te odio! —gritó.

—Mami —susurró Annie a mi oído.

«Tranquila, pequeña, nada va a suceder».

La apreté mucho más fuerte contra mi pecho y besaba silenciosamente su cara. Entre gritos e insultos, oí una voz diferente, su voz. Dylan estaba aquí, no se había ido y estaba con nosotras, conmigo.

—¡¿Qué te ocurre, imbécil?! —vociferó ese hombre.

—¡Aléjate de mi familia! —gritó Dylan.

—Tu familia —habló irónicamente—. Tu padre es quien se folla a esta «mujer» —manifestó despreciando a mi madre— o, mejor aún, tú eres quien se folla a la huérfana de Adeline.

—Eres despreciable, no eres nada, no eres nadie.

De pronto, ese hombre se precipitó contra Dylan e intentó propinarle varios golpes, Dylan logró esquivarlos todos, excepto uno que fue directo a su ojo.

Dylan cerró sus ojos, volvió a mirar a ese hombre y todo su cuerpo tembló,

se estaba controlando. Inesperadamente, ese hombre quiso volver a atacar a Dylan, pero él fue mucho más rápido y sujetó sus dos brazos dejándolo inmóvil.

—Suéltame —vociferó ese hombre intentando soltarse del amarre de Dylan.

—He llamado a la policía, quiero que te largues de aquí y no quiero que te acerques a ellas.

—Está bien, me voy —dijo mirando a su alrededor alarmado por si venía la policía—. Espero que ese hombre disfrute de la hermosa cicatriz que te hice y quiero que recuerdes esto Rebeca: «Te quiero conmigo, tú me perteneces» —dijo antes de irse corriendo calle abajo.

Cuando ese hombre ultrajaba a mi madre, disfrutaba verla llorar, disfrutaba verla sufrir y disfrutaba gritarle. Muchas veces, impotente, contemplaba con mis propios ojos cómo lo hacía, se excitaba y sentía una gran satisfacción mediante el sufrimiento físico que le infligía a mi madre, ese comportamiento que él tenía lo llevó a cometer otra gran locura, quemó toda la espalda de mi madre con velas.

Mi madre odiaba con todo su ser esa aterradora marca, esa marca que durante años había escondido y que ahora empezaba a mostrar. El horror por ella había desaparecido a lo largo de este tiempo, pero él había hecho que volviera a tener miedo, que volviera a sentir repulsión por ella misma y lo pude comprobar cuando la vi paralizada, no se movía y ninguna otra lágrima salió de sus cristalinos ojos.

—Rebeca... —pronunció Dylan, pero mi madre no se inmutó a sus palabras.

La observó y luego se giró para mirarme, rápidamente se acercó a nosotras, me preguntó cómo estábamos y se disculpó millones de veces.

—Todo es mi culpa, si hubiera estado aquí, si no me hubiera ido de esa forma de la consulta ese hombre, yo...

Deseaba decirle que nada era su culpa, quería decirle que gracias a él estábamos bien, que gracias a él ese hombre se había ido y que gracias a él podíamos regresar a casa.

Anhelaba besarlo, anhelaba besarlo como lo había hecho aquella vez en mi habitación y me apetecía abrazarlo, él era una parte fundamental en mi vida. Lo observé, incliné mi cabeza hacia un lado y rocé mi mejilla con la suya.

Acaricié con mi cara su cabeza y con mi mano acaricié la parte de atrás de su cuello.

Me solté suavemente y cuando me retiré, conservé mis manos sobre sus hombros. Quería su calor. Él me miró, me sonrió y me dijo: «Eres un sueño del que no quiero despertar».

—Mami —repitió susurrando Annie.

«Tranquila, mi niña, Dylan nos ha salvado».

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Dylan a mi pequeña y ella entre sollozos asintió.

Le di a Annie y él la abrazó, sentí cómo su rostro cambiaba por completo, sentí como si con ese pequeño abrazo sus preocupaciones se esfumaran y sentí otro Dylan, un Dylan especial.

—Creo que es hora de ir a casa, Matt debe saber qué ha pasado y tu madre debe poner una denuncia, ese hombre está loco y no sabemos de lo que es capaz de hacer. No soportaría la idea de que algo os pasara. Rebeca... —dijo mirándola, pero mi madre estaba inmóvil, no escuchaba, no miraba, solo silencio.

Me acerqué lentamente a mi madre y la abracé, quería que supiera que estaba con ella y que nada malo nos iba a pasar. Nos dirigimos al coche, Dylan puso a Annie en su sillita, cerró la puerta y se fue al asiento del conductor. Mi madre y yo nos encontrábamos en la parte trasera del automóvil, yo estaba sentada y ella se encontraba recostada encima de mí, apoyando su cabeza contra mi hombro.

Mi madre estaba aterrorizada y, después de lo que pasó con Dunkel, le daba tanto miedo querer porque sentía que la iban a romper un poco más y sentía que ya no le quedaba nada más que romper de ella y hacía como si no tuviese un corazón, porque si no tenía uno, no se lo podían romper, pero conoció a Matt y todos esos sentimientos cambiaron. Así que ese día me propuse escribirle en un papel la frase que ella muchas veces me decía.

El camino fue silencioso y, cuando abrimos la puerta de casa, un Matt muy preocupado se encontraba al otro lado, nuestras caras lo decían todo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado—. Rebeca, mi amor, ¿qué te pasa? —Pero ella no contestaba, se acercó a ella y la abrazó a la misma vez que le depositaba muchos besos en su cabeza.

—Quiero hablar contigo —manifestó Dylan.

—Vale —contestó nervioso.

Los dos se fueron y en el comedor nos quedamos Annie, mi madre y yo. Obligué a mi madre a tumbarse en el sofá, estaba muy nerviosa y preocupada, cogí una manta y se la coloqué por encima. Annie quería tumbarse al lado de nuestra madre y yo me fui a prepararle un té.

En la cocina, herví un poco de agua y cuando entró en ebullición lo apagué. Coloqué dos cucharadas de flores de tila y lo tapé. Dejé reposar unos minutos y posteriormente lo colé.

Cogí una plata, puse el té y junto a él una nota, esa frase que siempre nos decíamos: “«Hoy vamos a querernos, ¿vale?»».

Capítulo 9

Llevaba toda la mañana pensando en esa frase, esa frase que había leído en ese maravilloso libro. Un libro que si leías podía transformar el resto de tu vida.

Cuando se pierde a una persona cercana, cuando nos rompen el corazón o, simplemente, tenemos un mal día, pensamos que va a ser el fin del mundo. Sin embargo, eso no es verdad: el sol sigue saliendo por el mismo lugar, las aves siguen produciendo su increíble y espectacular canto y las personas se levantan a la misma hora para realizar su rutina. Pero en ese libro, ese sentimiento se hace realidad.

El protagonista de la historia, después de un sueño intranquilo y de una noche turbia, se convierte en un monstruoso insecto y debe adaptarse a un entorno que, a pesar de no tener ninguna alteración, para él ha cambiado.

Después de leer ese libro, me encontraba en un mundo de confusión y de preguntas, no podía acabar de entender.

Me fascinó la manera de buscar en el mundo de la fealdad y de la repulsión aquello que era bello y hermoso. Varias descripciones detalladas sobre la forma de actuar de aquel pequeño bicho se quedaron grabadas en mi cabeza: «la pulpa de los pies estaba impregnada de una sustancia pegajosa; una de las patas había quedado herida de verdad y la arrastraba muerta; la manzana se quedó empotrada en la carne». Todas y cada una de las descripciones que había escritas en ese libro erizaban mi piel.

La madre del protagonista se encontraba siempre en un segundo plano; sus opiniones no tienen ninguna importancia y sus sentimientos se ven alterados por su marido.

En la obra aparece un hospital, un sanatorio, «Mientras había amanecido y al otro lado de la calle se recortaba nítidamente un trozo del edificio de enfrente, un edificio muy largo, de color oscuro —era un hospital— con unas ventanas simétricas que cortaban la monotonía de la fachada», el único lugar donde encontraba la paz.

Cuando el protagonista encuentra un nuevo ámbito que le hace disfrutar, subir y bajar por las paredes, su hermana y su madre sacan todos los muebles que se encontraban en su habitación porque pensaban que así tendría mucho

más espacio y disfrutaría más. Su madre hace una reflexión: «no parecerá, entonces, que sacando los muebles queremos hacerle entender que renunciamos a toda esperanza de mejora y que lo dejamos solo sin ninguna consideración». Sí, eso hacían. No dejaban ninguna esperanza para él.

«¿Había alguna esperanza para mí?».

Mi madre, otra vez, volvía a sufrir. Otra vez los malditos recuerdos volvieron a hacer acto de presencia. Otra vez pensaba en lo que habíamos sufrido por culpa de ese hombre. Otra vez se culpaba de ello.

No quería salir de su habitación, no quería salir a la calle. No quería volverse a encontrar a ese infeliz.

No podía ver a mi madre así, ese tipo no merecía la preocupación y el dolor de mi madre. No merecía nada.

Matt intentaba animarla llevándole el desayuno a la cama, mimándola con sus palabras y actos. Nos íbamos destrozando poco a poco en silencio.

Miré fijamente el cielo azul que contrastaba con el colorido paisaje. Me encontraba en el coche con Dylan, Kissa, Gabriel y Annie, nos dirigíamos hacia el famoso parque de atracciones. César y Kirsten iban en otro coche, no estaba tranquila si ellos dos también venían con nosotros.

Observé a mi hermana, se encontraba leyendo un pequeño libro. Se lo había leído tantas veces que se lo sabía de memoria y lo recitaba observando los bonitos dibujos.

—Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes! —manifestó mi hermana sonriendo—. Son para... ¡comerte mejor! —gritó mientras se abalanzaba sobre mí.

Sus hermosas y pequeñas manos intentaban tocar mi cuerpo para hacerme cosquillas. Una extraña, pero melodiosa risa, se escuchó pronunciar a través de mi garganta. Algo dentro de mí se alegró, hacía tiempo que mi cuerpo solo emitía horrorosos y siniestros ruidos.

En ese momento me sentía observada, levanté la vista y unos preciosos hermosos ojos azules me miraban. Una sonrisa apareció en su rostro, enseñándome esos blancos dientes. Mis mejillas lentamente se fueron enrojeciendo, se interesaba por mí y eso me encantaba.

—¿Sabes leer, Annie? —preguntó curiosa Kissa.

—No, bueno, sí. Me sé los libros que Addy me leía.

—Tienes una muy buena memoria, señorita.

—Por las noches, le leo a Addy esos libros. ¿A que sí? —me cuestionó mi hermana y yo asentí feliz.

«Eres un pequeño torbellino de aire fresco».

—Estamos a punto de llegar —pronunció Gabriel.

—¡Por fin! —vociferó mi pequeña cansada

—¿Subiremos al tiovivo? Me gustan mucho los caballos.

—Subiremos a donde tú quieras —respondió Dylan con amor.

—¿Serás una vaquera atrevida que cabalgará a lomos de su salvaje caballo? —preguntó risueña a mi pequeña.

—¡Sí!

Cada vez íbamos avanzando más y más, las atracciones más altas decoraban el cielo y nuestra emoción iba aumentando.

—¡Mira, Addy! —gritó ilusionada Annie.

Me gustaría hablarle, decirle que disfrutaríamos mucho y que iríamos allí donde quisiera. Pero solo podía conformarme con sonreírle y besar sus mofletes.

El sonido de un teléfono móvil resuena en el cubículo. Kissa se mueve y saca su teléfono del bolsillo de sus pantalones.

—Es Kirsten —manifestó ella—. Dime, ¿qué pasa? —dice esperando respuesta de la otra línea—. Os esperamos en la entrada, en la taquilla. Pero daros prisa —expresó irritada antes de colgar.

—¿Qué ocurre? —pregunta Dylan.

—Lo de siempre, no los soporto. Se han parado un momento. Los esperamos en la entrada, ya nos encontrarán.

—De acuerdo.

—No sé cómo todavía vienen con nosotros. Odio a Kirsten, es insoportable —me susurra Kissa—. ¿Te cae bien?

Todavía recuerdo sus palabras: «No sé ni para qué te pregunto, no me interesa tu opinión. Con el vestido blanco voy a poner cachondo a Dylan y me lo follaré». Trató a Dylan como a un objeto y me denigró, como si no fuera nada.

Miro a Kissa y niego.

—No te separes de mí, cuando quiere es un poco, como decirlo, pécora.

Sonrío.

Dylan se dirige al aparcamiento, encuentra un lugar de manera rápida y aparcamos.

—Corre, Addy, quiero salir ya —manifiesta mi pequeña mientras le saco el cinturón de su sillita.

Saco mi cinturón y abro la puerta para salir, sin embargo, un pequeño mareo se apodera de mi cuerpo y no me permite llevar a cabo mi acto.

—¿Estás bien? —susurra Dylan muy cerca de mi rostro—. Estás muy pálida —dijo recorriendo con las yemas de sus dedos mi rostro, rozándome desde la frente hasta mi pómulo izquierdo.

Cerré mis ojos para dejar que acariciase con minuciosidad y adoración mis temblorosos labios.

Sin mirarlo a los ojos, asentí débilmente. Él levantó mi rostro con sus manos y clavó su mirada en mí.

—Si no te encuentras bien en algún momento, dímelo, ¿vale?

«No te preocupes tanto por mí, estoy bien».

Lo miré y esta vez le sonreí, sabía que eso sí que le gustaría. Me devolvió el gesto y nuestros ojos intercambiaron palabras silenciosas. Me gustaría besarlo, me gustaría que nuestros labios se rozaran, me gustaría que todos mis miedos desaparecieran.

En su perfecto rostro, divisé el pequeño cardenal, ya casi inexistente, que Dunkel le había hecho.

—Ven aquí, pequeña —expresó Dylan cogiendo y llevándose a mi hermana a los hombros—. ¿Contenta?

—¡Mucho! Nunca he venido a un parque tan grande y... ¡Mira allí! —vociferó enérgica—. ¡El monstruo de las galletas!

Cogí mi bolso y revisé si dentro de él se encontraban nuestras pertenencias.

—Adeline —habló Kissa acercándose lentamente a mí. Tenía miedo a que la rechazara, tenía miedo a que yo lo tuviese y volviera a apartarla.

La miré y una pequeña risita apareció.

—Tengo una cosa que darte —dijo nerviosa—. ¿Podemos quedar después de volver? Creo que tienes que ser tú quien tenga eso.

No entendía nada, ¿qué era lo que tenía que darme?, ¿por qué debería tenerlo yo?

—Era y es algo muy importante para mí, si quieres venir te comentaré su

historia. Solo queremos volver a empezar. —Sus palabras cada vez me ponían más nerviosa, ¿quién?, ¿quién debía volver a empezar?

La miré fijamente y escuché cómo pequeñas palabras salían de su boca, palabras ininteligibles. Pero hubo una que me llamó realmente la atención: «ella no está bien». Me miró fijamente y pude ver en sus ojos tristeza, hizo una pausa y suspiró, «ella nunca estuvo bien».

—¿Vendrás, Addy? —¿Qué debía responderle? Deseaba saber cuál era esa historia y asentí—. Perfecto.

Gabriel, después de observar nuestra conversación, se acercó a Kissa y en susurros le dijo:

—¿Qué le has dicho? ¿Qué quieres contarle? No puedes decirle nada sobre ella.

—Yo tampoco quiero hablar de ella, solo quiero darle una cosa.

—No puedes, Dylan se enfadará.

—No me importa, debo hacerlo. Él me entenderá.

Creían que no los escuchaba, pero sí lo hacía, era muda no sorda. No quería seguir escuchando, no quería seguir atormentándome con secretos. Entonces recordé las palabras que Dylan me dijo ese día: «prométeme que si descubres algo de mi pasado...». Me recriminé a mí misma por volverlas a pensar. No, no había nada que me hiciese alejarme de él.

Dejé de escuchar su conversación y me fui corriendo hacia mi hermana, intentando despejar mi mente. Miré a mi niña y ella estaba feliz, eso era suficiente para mí.

Ese día era muy caloroso y tenía que ponerle la gorra a Annie. Lentamente, nerviosa, acerqué mi mano y agarré la mano de Dylan para que se parase y entendiera lo que quería hacer.

—Annie, debes ponerte la gorra.

—Pero... —empezó a protestar mi hermana.

—Debes ponértela, ¿vale?

—Vale —concluyó mi hermana cabizbaja.

Cogí a mi hermana entre mis brazos, le arreglé su cabello y le puse la gorra con dibujos de animales. La estreché contra mi pecho y le besé su cabeza. Una vez acabada esta pequeña operación, ella me abrazó y me dijo:

—Gracias, Addy —respondió antes de volver a los brazos de Dylan.

Dylan me observaba, miraba mi rostro y mis manos inquietas. Él acercó su mano de manera delicada y pausada y tocó mi mano suavemente. Quería tomar mi mano, quería que paseásemos juntos como las parejas, y yo, yo me sentía pequeña. ¿Merecía que algo bueno me pasara?, ¿merecía estar a su lado?

—¿Puedo tocarte? —preguntó inseguro Dylan.

De manera lenta y delicada, deslizó su mano por debajo de la mía y adjuntó nuestros dedos creando un bonito puzle. Movié un poco su mano para jugar con mis dedos. Me encantaba su tacto, me encantaba cada una de las sensaciones que me hacía sentir.

—Vamos a esa cola —dijo Gabriel al llegar a las taquillas.

—Nosotras os esperamos aquí —respondió Kissa.

—¿Kirsten y César han dicho algo sobre las entradas?

—Nada, ya las comprarán cuando lleguen, si es que llegan... —habló esto último solo para mí.

Esa chica se mantenía callada, miraba atentamente a un punto fijo, estaba tranquila, pero su cara cambió cuando vio a esa muchacha. Mi cuerpo también lo hizo, no soportaba estar cerca de esos dos chicos y, cuando César se encontraba a mi alrededor, los nervios y el miedo se apoderaban de mí.

—Hola, conejita —dijo acercándose a mí cogiendo entre sus dedos uno de mis mechones—. ¿Cómo estás? Pero qué guapa que estás hoy, me has hecho caso y te has arreglado.

—Kirsten, déjala en paz.

—Me voy de aquí, no os aguanto. Voy a buscar a mi chico.

—¿Tu chico? —preguntó mi amiga con ironía.

—Sí, Dylan —soltó antes de irse y César se fue detrás de ella.

Fijé mi mirada en esa chica, se alejaba meneando exageradamente sus caderas y, cuando estuvo cerca de Dylan, se arrojó contra su cuerpo para abrazarlo. Dylan le sonrió y fue ahí cuando me di cuenta de que tal vez había pasado algo entre ellos. Y si realmente esa noche Kirsten y Dylan habían tenido algo, y si a Dylan le gustaba esa chica... ¿qué hacía conmigo? Esa chica y yo éramos muy diferentes, nada nos unía y... ¿Y si Dylan solo estaba conmigo por pena, solo por compasión por alguien como yo?

—No le hagas caso, Addy. Solo quiere dañarte, ella es así.

«Lo has conseguido Kirsten, has echado un poco más de porquería a mi mundo».

—¡Addy! —escuché gritar a mi hermana mientras corría hacia mi dirección y me abrazaba.

La abracé mucho más fuerte y dejé que se apoyara en mi cuello para llorar, dejando que sus lágrimas llenaran mi camiseta y la dejaran mojada.

Cómo me gustaría consolarla, darle palabras de apoyo y cantarle hasta que se quedase dormida.

—Annie, no llores, ¿qué ha ocurrido? —cuestionó Kissa intentando cogerla, pero mi hermana se agarró mucho más fuerte a mi cuello.

«¿Qué ocurre, mi niña?».

Los otros chicos se acercaron, Gabriel y César iban juntos y Kirsten iba abrazada a Dylan, él no le decía nada, parecía que le gustaba.

—Annie, ¿qué ocurre? —preguntó Gabriel al verla.

Mi pequeña solo negaba y, cuando vio que esa chica se acercaba, su llanto fue mucho más fuerte. Si esa mujer le había hecho algo a mi hermana, no se lo iba a permitir.

Dylan al ver a mi hermana llorar, se acercó a ella le levantó un poco la gorra e intentó cogerla. Pero mi hermana se negó y giró su cara para no ver a nadie.

No aguantaba estar cerca de ella, no soportaba que hiciera sufrir a mi hermana y odiaba que se acercara de esas maneras a Dylan, pero no podía hacer nada, no era nadie. ¿Por qué me había pedido que fuera su novia?

Observé las entradas que Dylan sujetaba entre sus manos y, sin mirarle a los ojos, las cogí. Me dirigí a la entrada del parque sin esperar a nadie y entré.

—Addy, ¡espera! —gritó Kissa siguiéndome—. ¿Qué ocurre?

No aguantaba más, no soportaba pensar que Dylan estaba conmigo por pena, no soportaba nada de lo que me pasaba.

—Eh, Addy... —dijo abrazándome Kissa—. Ven, ven conmigo. Vamos a hablar.

Negué, no quería darle el gusto a esa chica de verme mal.

—Entonces, no llores. No se merece tus lágrimas. Sé que es por ella —habló mirando a Kirsten—. No debes hacerle caso, conozco su juego. También me hizo pensar que entre Gabriel y ella había algo. Addy, Dylan

tiene que contarte muchas cosas, pero te aseguro que él no haría nada por hacerte sufrir. Puedo ver que siente algo por ti, es diferente —concluyó firme.

«Solo es pena, eso es».

—Y tú, pequeña, no llores más.

Annie miró hacia atrás y vio que los chicos se acercaban, se acercó a mi oído y entre sollozos me dijo:

—¿Es verdad que nadie me quiere? Y mi papá... ¿dónde está mi papá?

No podía responderle a eso, justamente, no podía hacer nada. No podía ayudarla, ni explicarle que su padre nos odiaba y repulsaba estar con nosotras. Solo le importaba él mismo y el dinero. ¿Cómo decirle que nunca conocería a su verdadero padre?

—Tú y mamá, ¿me odiáis? —negué rotundamente.

«Nunca lo haría, eres lo más importante para mí».

No podía responder, intentaba que las palabras salieran de mi boca, pero lo único que hacía era hacerme daño a mí misma. Me sentía impotente y eso me hacía daño. Dentro de mi cuerpo habitaba alguien que no conocía, tenía mis brazos, mis piernas, mi misma cara, pero me mantenía atrapada y silenciada dentro de él.

—¿Cómo puedes ser así? —cuestionó Kissa irritada a Kirsten—. Es solo una niña.

—¿De qué hablas?

—¿Cómo que de qué hablo? Tú sabes las barbaridades que le habrás dicho a esa niña.

—Kirsten, ¿qué has hecho? —preguntó alarmado Dylan aproximándose a Annie.

—Nada.

Dylan me miró y se dio cuenta que mis ojos se encontraban llorosos.

«Odio sentirme tan vulnerable».

—Precisamente, eso es lo que siempre haces, nada y lo jodes todo —espetó Kissa cogiéndome la mano—. Vamos, os llevaré a la zona donde están los amigos del monstruo de las galletas.

—¡Sí! —vociferó mi hermana cambiando su semblante a uno alegre.

—Esperad, chicas, vamos con vosotras —dijo Dylan.

—Yo no voy. No voy a ir hacia allí solo por la mocosa esa —manifestó

Kirsten.

—Entonces, no sé por qué has venido —declaró cansado Dylan.

Continuamos caminando hacia la dirección que Kissa nos dijo, estaba muy fatigada y las piernas me estaban matando. Los primeros síntomas del embarazo empezaron hace poco, la hinchazón y la sensibilización de mis senos era lo que más notaba.

—Dame a Annie, estás cansada —intuyó Dylan y yo negué, estaba enfadada con él y no quería que me hablara—. Addy, pequeña, ¿qué pasa? Dímelo —susurró asustado.

Inconscientemente, miré a esa muchacha y luego a él.

—Piensas que estoy con Kirsten, ¿es eso? —Moví mis hombros a modo de respuesta—. Mírame, Addy —hice lo que él me pidió y continuó hablando—. Quiero que sepas que me gustas tú y no haría nada que te hiciera daño, no me lo permitiría. —Tragué saliva, quería a ese chico, lo quería de verdad. Cogió mi mano y me atrajo hacia él—. Quiero estar contigo y... —no dejé que acabara la frase y acerqué mi mano a su rostro.

—¡Mira! —gritó mi hermana feliz al ver a ese gran árbol de grandes ojos que vigilaba todo el parque—. Quiero subir allí.

Annie subió a ese árbol por una puerta que se encontraba abajo y subió unas grandes escalinatas para poder ver todo lo que había a su alrededor. Gritaba de emoción y eso me hacía feliz.

Después de ese lugar, fuimos a otra atracción donde se tenía que hacer un recorrido montado en un tractor decorado de color rosa y lleno de toboganes.

—Tenemos que parar, tengo que ir al baño —manifestó Kissa y yo también necesitaba parar y acompañé a Kissa.

—Os esperamos aquí —dijo Gabriel mientras Dylan le compraba algodón de azúcar a Annie.

Entramos a los baños y unas grandes manos irrumpieron en mi cuerpo. El miedo se apoderó de mi cuerpo, intentaba

desesperadamente deshacerme de sus manos, pero era mucho más fuerte que yo.

—Por fin estamos solos y eso me encanta —susurró muy cerca de mi boca.

Mantenia los ojos cerrados, mi respiración era cada vez más arrítmica y sus manos empezaron a subir por mi espalda. Abrí los ojos y él estaba allí, César me estaba tocando y las sensaciones que me hicieron sentir esos dos

desalmados volvieron a mí.

Capítulo 10

Besaba mi cuello de manera desesperada y, cada vez más, introducía su mano debajo de mi jersey.

¿Por qué tenía que pasarme esto? ¿Por qué a lo único a lo que era digna era a las humillaciones? Las sensaciones que me hacía sentir eran repugnantes.

«Por favor, no».

—¿Te gusta, mojigata? —cuestionó apretando su cuerpo contra el mío.

Desesperada, intenté mover mis manos para separarlo de mí, pero no sirvió para nada.

—Sé que quieres esto, no te resistas —manifestó cogiendo mis manos fuertemente con las suyas.

Gemidos de dolor salieron de mi garganta, las heridas de mi muñeca me ardían. La gran fuerza que había ejercido sobre ellas había hecho efecto.

—Has visto como sí que te gustaría —dijo confundiendo mis gemidos de dolor por unos de placer—. Mierda, ¿qué es esto? —exclamó confundido al ver sus manos un poco manchadas de mi sangre.

No podía permitir que me hiciera nada más, no consentiría que hiriera a mi hijo, no accedería a nada.

Intenté gritar, pero lo único que conseguí fue herirme. No lograba nada y él disfrutaba viéndome así.

—N... n... o. —No podía creerlo, esa palabra había salido, en forma de un balbuceo, de mis labios, después de tanto tiempo intentando pronunciar algo y eso era lo primero que había nacido de mí.

«No reconozco mi voz».

—Pero si habla y todo, nos tenías muy engañados —expresó mientras intentaba besarme en los labios.

—Addy, ¡¿estás aquí?! —escuché gritar a Kissa.

—Quieta —murmuró César de manera intimidante.

Necesitaba hacer cualquier cosa para que ella entendiera que estaba en peligro, requería su ayuda.

Moví mis manos fuertemente, no me importaba que estas estuvieran

sangrando, y golpeé la puerta.

—Addy, ¿eres tú? —volvió a preguntar.

—¡¿No podías estarte quieta?! —espetó antes de empujarme y salir corriendo.

«Eres un miserable y un menesteroso».

La puerta estaba abierta, pero mis ojos permanecían cerrados. Mi respiración, poco a poco, se iba restableciendo e intentaba ahuyentar el miedo que me ahogaba, ese mismo miedo había hecho que mi cuerpo reaccionara y pudiera pronunciar esa palabra.

—¡Addy! —vociferó asustada Kissa delante de mí, podía sentirla—. ¿Qué ha ocurrido? Mírate.

Intentó tocarme, pero mi cuerpo reaccionó de la manera menos esperada y me aparté de ella.

Otra vez el miedo estaba ahí, paralizándome y gritándome que yo no podía. Era como un pequeño animal asustado, pero con una gran diferencia; ellos eran capaces de atacar y huir, en cambio, yo solo podía huir.

—Tranquila, Addy, solo quiero ayudarte. Por favor, ven conmigo —manifestó alargándome su mano.

¿Permitiría, una vez más, las amenazas? No podía, así que acerqué mi mano a la suya y me dejé ayudar.

«Gracias, Kissa».

—Primero vamos a curar esa herida. Sale poca sangre, pero debemos limpiarla. ¿Tienes algún paño o gasa en tu mochila? —preguntó y yo asentí sacando el pequeño neceser donde guardaba todas las cosas.

Cogió el estuche, lo abrió y sacó una pequeña gasa. Hizo una pequeña y suave presión sobre la herida y la envolvió con la tela sobrante.

—Creo que ha parado de sangrar —expresó nerviosa—. Ven, pon la muñeca bajo el agua caliente. —Hice lo que ella me pidió y, finalmente, me volvió a vendar la muñeca—. Esto ya está.

Levanté la mirada y observé mi cara en el pequeño espejo de aquel baño. Había maquillado mi rostro, había intentado sentirme hermosa y quería gustarle más a Dylan, pero ahora me miraba en aquel espejo y era todo menos hermosa.

Desesperada, abrí la llave del agua y froté mi cara intentando hacer

desaparecer lo que quedaba de César en mí.

«Todo está en tu imaginación».

—Para, Addy —manifestó asustada al verme—. ¿Qué ha ocurrido? Estaba muy asustada, no te encontraba por ningún lado y...

Quería decirle lo que había ocurrido, no podía callarme y dejar pasar las cosas sin más, simplemente, no podía.

—¿Quieres contármelo? Puedes escribírmelo en este trozo de papel —habló a la misma vez que sacaba de su bolso una pequeña libreta.

Agarré la libreta y el bolígrafo que ella me proporcionó y escribí lo siguiente:

«Me han besado y tocado a la fuerza».

Cuando acabé de escribir esta dura y simple frase, le pasé el papel.

—¡No puede ser! —exclamó disgustada—. ¿Te ha hecho algo más que eso? Algo como...

Sabía que no podía pronunciar esas palabras, daba asco y yo eso lo sabía. Entendía cómo me veían.

«¿Algo como lo anterior?, ¿cómo mi violación? —Le enseñé el papel y ella asintió débilmente—. No, no pudo hacerlo. Llegaste tú».

—Joder, Adeline, esto es muy grave. ¿Sabes quién ha sido? ¿Lo conozco?

Tragué saliva antes de escribir esas tres palabras.

«Ha sido César».

Kissa al leer el papel se tapó la boca, no se esperaba eso, y lo entendía. Nunca llegas a conocer del todo a una persona, cuando menos te lo esperas la visión que tienes de ella puede cambiar.

—Eso va mucho más allá de lo que pensaba que él era capaz. No entiendo como él puede ser así. Tienes que decírselo a Dylan, él tiene que saberlo.

¿Eso era lo que tenía que hacer? No podía demostrarlo, era su palabra contra la mía.

—Debes hacerlo, estoy contigo. Venga, vámonos de aquí, creo que debemos volver a casa.

Salimos del baño y allí delante se encontraban Dylan y Gabriel con mi hermana. No había rastro de César ni de Kirsten.

Mi hermana vino corriendo hacia mí, quería que yo la cogiese, pero cuando estuvo delante de mí y estiró sus brazos para tocarme, mi cuerpo

volvió a reaccionar.

«Otra vez, otra vez estás perdiendo lo que más quieres».

Annie me miró y en esos ojos tan puros y brillantes que tenía siempre solo pude ver aflicción.

—¿Addy? —preguntó mi hermana triste.

Me sentía mal, muy mal. ¿Cómo era capaz de hacerla sentir así a mi pequeña? No la merecía. Entonces puede ver algo más en sus grandes ojos, miedo.

—¿Te has hecho pupa? —cuestionó al verme la mano vendada.

—¡Addy! —vociferó asustado Dylan mientras avanzaba—. Pequeña, pensaba que te había pasado algo —expresó antes de que intentara tocarme y yo reaccionara de la misma forma—. ¿Qué ocurre?

—Addy, creo que debes decírselo —manifestó Kissa.

—¿Decirme qué? —cuestionó nervioso.

—¿Kissa, qué está pasando? César ha llegado maldiciendo y le ha pedido a Kirsten largarse de aquí.

Era un cobarde, había huido.

—Addy... —susurró Dylan al ver mis muñecas, estas se encontraban rojas—. ¿Qué te ha ocurrido ahí? Pequeña, qué...

Mis ojos se nublaron, no aguantaba más esta situación, necesitaba irme de aquí. Venir al parque de atracciones no había sido buena idea.

—¡Voy a matarlo! —gritó Dylan al descubrir por él solo lo que había pasado—. Lo voy a hacer, es un miserable, un desgraciado. —Dylan cada vez estaba más nervioso y su cuerpo y voz temblaban.

—Cálmate, hermano —habló Gabriel intentando tranquilizar a Dylan.

—No puedo. Ese asqueroso ha tocado a mi novia, ha sobrepasado los límites y se ha reído en mi cara. Ha intentado, vete a saber qué ha intentado hacer. ¡Joder!

Inesperadamente, su rostro empezó a tornarse blanco y su respiración, al igual que su pulso, empezó a acelerarse.

—Tío, necesitas tranquilizarte. ¿Has traído las pastillas? —preguntó preocupado Gabriel.

Dylan no podía hablar y negó. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo? ¿Qué

pastillas debía tomarse? ¿Qué ocurría?

—¿Qué le ocurre a Dylan? —preguntó angustiada mi hermana.

—Kissa, llama a una ambulancia, que vengan rápido.

Todo esto era mi culpa, Dylan estaba angustiado y yo era la causante. Allí donde estuviera solo provocaba dolor.

—Dylan, siéntate aquí. —expresó su amigo acercándolo al banco más próximo—. Adeline, quédate con él. Ahora vendré —dijo Gabriel corriendo hacia la salida.

Me acerqué a él, titubeante, y me senté a su lado.

—Me duele el pecho —manifestó abrumado.

Su dolor era el mío y no aguantaba verlo así. Me incliné y deposité mi cabeza en su cuello, necesitaba su calor para saber que esto iba a acabar bien. Acerqué mi mano a su pecho y lo acaricié suavemente.

«Todo va a estar bien, estoy aquí contigo».

—No, no está mejor. ¿Cuánto tardaréis en llegar? —consultó Kissa—. Vale, mi pareja se encuentra fuera, ella os llevará hasta donde estamos nosotros —dijo antes de colgar—. Ya vienen para aquí —me explicó ella.

—¿Qué le ocurre? —volvió a preguntar mi hermana.

—Todo va a estar bien, Annie, ahora vendrá la ambulancia —habló Kissa cogiendo a mi niña en brazos.

«¿Qué es lo que te ocurre, Dylan?».

—Es él —manifestó la voz de Gabriel cerca de nosotros.

—Señorita, déjeme auscultarlo —me dijo el paramédico y yo me alejé un poco de él—. Tiene palpitaciones —expresó a su compañero—. Joven, ¿siente dolor en el pecho? —Dylan asintió y el médico continuó preguntando—. ¿Tiene alguna enfermedad? —él volvió a asentir.

En ese momento, mi mundo se paró, Dylan estaba... ¿enfermo? ¿Por qué durante este tiempo que habíamos estado juntos no me había dicho nada? Él solo se preocupaba por mí, buscaba mi seguridad y me consentía, pero su enfermedad también era importante y debía decírmelo.

—Mi amigo tiene una enfermedad en la válvula aórtica y se toma medicación, pero no ha traído las pastillas.

—Debemos ir al hospital, puede ser algo importante.

Y es en esos momentos cuando te das cuentas que tu vida es como una

montaña, en un segundo estás en la cumbre, pero puede que en el siguiente segundo estés en el ocaso.

Capítulo 11

—¿Puedes tumbarte en esta camilla? —preguntó uno de los paramédicos, Dylan negó y lo ayudaron a acomodarse en ella—. Venga, debemos irnos ya.

—¿A qué hospital vais? —cuestionó Gabriel angustiado.

—Se encuentra a unos kilómetros de aquí, podéis seguirnos hasta allí.

—Bien, eso haremos.

—¿Alguno de vosotros subirá como acompañante del enfermo en la ambulancia?

Deseaba estar con él, tocar su suave cara y decirle que todo esto iba a pasar. Ahora era yo quien debía estar a su lado y ayudarlo.

—Addy, nosotros cuidaremos de Annie. Sube tú —habló Kissa.

Los de la ambulancia abrieron las puertas y subieron a Dylan, posteriormente subí yo. Giré la cabeza y delante de las puertas se encontraban Kissa con mi hermana entre sus brazos.

«Todo va a estar bien. pequeña, todo va a estar bien...».

—Te quiero —susurró mi hermana cuando movía su pequeña mano para decirme adiós.

Me gustaría responderle, decirle que yo también la quería, pero no pude, lo único que hice fue mirarla. Mi visión fue interrumpida por uno de los paramédicos, este había subido y el otro cerró la puerta.

—Chico, ¿cuántos años tienes? —preguntó el hombre.

—Vei... veinte —dijo entrecortadamente

—Vale, ahora vamos a tomarte la temperatura, el pulso y la respiración —explicó el médico—. Vamos a ver si tienes fiebre. —Puso el termómetro debajo de su brazo, esperó unos minutos y empezó a pitar—. Bien, no tienes fiebre.

Me sentía impotente ahí sentada en esa especie de silla, los médicos hacían su trabajo, Dylan no podía respirar bien y yo, yo solo molestaba.

—Tus pulsaciones y tu frecuencia respiratoria son mucho menor de lo que debería ser, tendremos que ponerte una mascarilla con oxígeno. Tenemos que estabilizarte.

Odiaba a César. Por su bendita culpa había hecho que Dylan se desestabilizase y que su corazón corriera peligro. Debía de estar muy feliz por lo que había hecho.

Acerqué mi mano a la de Dylan y la entrelacé. En mi vida había perdido muchas cosas, todas habían sido arrebatadas, sin embargo, esta vez no podía permitir que lo poco que había construido me lo quitaran. Debía cuidar aquello nuevo que tenía.

Los largos dedos de Dylan tocaron mi brazo, nunca podía resistirme a las miles de sensaciones que sus pequeños roces me provocaban. Subió su mano y la puso en mi mejilla y lentamente atrajo mi rostro al suyo. Apoyó su frente con la mía y cerró los ojos.

—Ya hemos llegado —expresó el médico que estaba con nosotros.

Me separé un poco y acerqué mis labios a su mejilla izquierda. Repentinamente, mi cara estaba mojada, me aparté y vi que sus ojos estaban cubiertos por lágrimas. Temblorosa, sequé sus lágrimas con mis pulgares

—Señorita, deberá esperar aquí, en la sala de espera. Tienen que hacerle varias pruebas y tardaremos —manifestó antes de pasar esa puerta corredera de cristal—. Chico de veinte años, con palpitations, mareos y la frecuencia respiratoria muy baja. —Después de esto no pude escuchar nada más.

Debía ir a información y decirles que ese chico que acababa de entrar se llama Dylan y debía... ¿Dónde estaban Kissa y Gabriel? Me dirigí a la salida y miré a todos lados, no estaban.

—Perdone —escuché decir detrás de mí—, ¿busca a alguien? —Tragué saliva y negué—. ¿Qué hace aquí? No puede estar aquí si no acompaña a alguien, le acompaño a la salida —espetó de manera desagradable.

—Clara, esta chica ha venido con el joven de las palpitations —le explicó el chico que había estado con nosotros dentro de la ambulancia.

—Lo siento —se disculpó—. Pero como no me dijo nada y solo me miraba. ¿Podrías darme los datos de tu amigo? —No culpaba a esa pobre mujer, había entrado aquí exasperada, observaba todo mi alrededor con inquietud y, cuando me había hablado, yo no le había respondido. ¿Pero cómo iba a hacerlo?

Intenté explicarle que no podía hablar, ella pareció entenderme y me dio una hoja.

—Puedes rellenar este papel y luego se lo entregas a esa chica —me

explicó mientras se iba y cerraba la puerta blanca que se encontraba detrás de mí.

Miré el papel y leí todo lo que había escrito en ese papel. Estaba perdida.

—¡Addy! —gritó una voz detrás de mí.

Kissa llegó corriendo y me abrazó.

—Lo siento, Addy, estábamos aparcando. No encontrábamos ningún estacionamiento. ¿Qué llevas ahí? —preguntó mirando el papel que llevaba entre mis manos.

Se lo enseñé y ella comprendió.

—¿Lo tenemos que llevar a información? —asentí y cogió el papel para rellenarlo.

Era penoso, se suponía que Dylan era mi pareja y yo no conocía ni el día de su cumpleaños. Estúpida y patética.

—Addy, coge a Annie. Voy a llamar a Matt, debe saber que su hijo está aquí.

Cogí a mi pequeña entre mis brazos y la llené de besos. Debía demostrarle a mi hermana que estaba bien, que lo que minutos antes habíamos vivido no era su culpa.

—¿Se va a poner bien? —pregunto triste mi hermana.

«Claro que sí, volverá a perseguirte y a jugar contigo». Me gustaría haberle dicho eso, pero solo puede asentir y sacar una minúscula sonrisa.

—Por fin, pensaba que no lograría hablar contigo —empezó a decir Gabriel a la persona que se encontraba al otro lado de la línea—. Verás, es difícil de explicar —titubeó antes de hacer una pausa—. Estamos en el hospital —tuvo que parar, los gritos empezaron a aparecer al otro lado—. Debes tranquilizarte. Sí, sé que es difícil, pero debemos hacerlo. Acabamos de entrar, no nos dejan pasar y tienen que hacerle pruebas. Matt, esto va a peor.

«Esto va a peor», retumbó en mi mente destrozando las pocas alegrías que había guardado. Eso solo significaba una cosa, podía perder a Dylan. Otra vez volvían a arrancarme a alguien que yo quería. Otra vez no...

—Te paso la ubicación del hospital por mensaje, se encuentra a la entrada. De acuerdo, no nos separaremos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kissa a nuestro lado, ya había entregado los

papeles a la enfermera.

—Ahora salen y vienen para aquí. ¿Qué te ha dicho la de información?

—Debemos quedarnos en la sala de espera, el médico nos llamará por megafonía. Tardarán unas horas.

Kissa se acercó a mí y me abrazó.

—Podrá con esto, ¿vale? Ya verás cómo muy pronto salimos por esas puertas. Todos debemos luchar, Addy. Todos lo haremos.

Me senté en esa helada silla con Annie apoyada en mi pecho, no quería separarse de mí. Y ahí estaba yo, una chica vulnerable, frágil, triste y humana, intentando reconfortarse a sí misma.

—Creo que deberíamos llamar —manifestó Kissa sacándome de mi ensoñación.

—¿A quién?

—Al centro, me parece que es conveniente que venga.

—Kissa, ya sabes que él...

—Mira, Gabriel, Dylan tenía la visita mañana. No sabemos cuándo le darán el alta y ella tiene que venir —concluyó tajante.

¿El centro?, ¿una visita mañana?, ¿ella tiene que venir? Esas palabras me recordaron a las que habían pronunciado el día que ocurrió lo de Dunkel. Ella, ella estaba en ese centro, pero ni siquiera sabía quién era ella.

—¿Llamas tú o lo hago yo? —dijo marcando el número de teléfono.

—No puedes quedarte callada, ¿verdad? —cuestionó mirándome sutilmente.

Molestaba, me lo había dejado claro. Parecía que eso era lo único que hacía. Me levanté con mi hermana en brazos y me dirigí hacia la entrada de urgencias.

—Addy, ¿adónde vas? —preguntó Kissa. La miré y señalé la pequeña tienda de regalos que había al lado del edificio.

Salí del hospital y pude escuchar cómo Kissa chilló a Gabriel:

—¡Joder, Gabriel!

Caminaba rápidamente hacia la pequeña tienda, me encantaba su decoración; las paredes blancas, cuadros de diferentes ciudades de todo el mundo y muchos peluches. Eso era lo que quería comprar, un peluche que se pareciera a Lía. Le había prometido a mi hermana que Lía iba a volver, que

yo se la daría.

—Buenos días —habló el dependiente de la tienda—. ¿La puedo ayudar? —Cogí el móvil que tenía guardado en la mochila, busqué la foto que tenía de mi hermana con la mochila y la pequeña Lía y la amplié para enseñársela —. Desea un peluche parecido, ¿verdad? —sonreí a modo de respuesta.

Me guio por la tienda y me llevó a las estanterías donde se encontraban diversos conejos.

—¿Cuál quieres?

Miré a cada uno de los peluches y me fijé en uno en concreto. Ese era casi idéntico al anterior, solo tenía una pequeña diferencia, sus ojos. Lo señalé y el hombre lo agarró.

—Perfecto, vamos a la caja —lo seguí, tecleó en la caja registradora y observé el precio que aparecía—. Muchas gracias —dijo después de darle el dinero y de que él pusiera la conejita en la bolsa.

Salí de la tienda y volví a la sala de espera de urgencias. Kissa y Gabriel se encontraban en la misma posición, parecían enfadados.

—Addy —susurro Kissa al verme.

Me senté sin decirle nada a los dos y volví a mirar en un punto fijo.

—¿Qué has comprado? —cuestionó al cabo de unos minutos.

Me sentía mal por la mala reacción que había tenido en contra de ella. Realmente ella no era culpable, no lo era nadie.

Le pasé la bolsa con la pequeña compra a Kissa y la miré.

—Qué bonita, se parece a la conejita que ese tipejo le rompió a Annie.

Después de esas palabras, el silencio volvió a aparecer. Las horas pasaron y nadie nos dio ningún tipo de información.

—¡Addy! —escuché la voz de mi madre gritar.

Vino corriendo hacia mí y me abrazó desesperadamente. Los gruñidos de mi pequeña hermana alertaron a mi madre.

—Annie, lo siento, pequeña —dijo acariciando su pelo—. ¿Estáis bien? —cuestionó preocupada.

¿Qué era exactamente lo que debía decirle? Que no me encontraba bien porque Dylan estaba en esas salas y no sabía nada de él desde hacía horas; que no me encontraba bien porque aparte de todo lo anterior, un chico, que resultaba ser «amigo» de Dylan me había tocado y besado; o que estaba bien.

La miré y moví mis brazos.

—¿Cómo está mi hijo? —interrogó Matt.

—No sabemos nada, el doctor no ha salido para darnos ninguna información.

—¡Esto no puede estar pasando! —exclamó con rabia.

—Matt, mi amor, ya verás cómo todo está bien. Tu hijo saldrá por esas puertas y volverá a casa. —Matt no aguantó más y empezó a llorar, mi madre lo abrazó.

—¡Chicos! —Esa voz, ¿qué hacía él aquí?—. Instintivamente dejé a Annie en el suelo y me levanté.

César y Kirsten llegaron corriendo hacia nosotros. Mi cuerpo empezó a temblar, solo entendía una cosa, tenía miedo. Me faltaba el aliento, era como si me estuviera ahogando.

—¡Addy! ¡¿Addy, qué ocurre?! ¡Mírame, cariño! —gritaba mi madre.

Mi cuerpo empezaba a desfallecer y mis piernas no aguantaban mi peso.

—¡Enfermera! Por favor, mi amiga está temblando y no se mantiene de pie —Kissa había salido corriendo en busca de alguien para que nos brindaran ayuda.

Dos enfermeras vinieron corriendo hacia nosotros.

—Ayudad a mi hija. Estaba bien, pero se ha puesto así de repente.

Una de las enfermeras me pasó una bolsa de papel y me dijo lo siguiente:

—Respira en esta bolsa. Hazlo lo más lento que puedas, debes tranquilizarte.

Tomé la bolsa que esa enfermera me proporcionaba y cubrí mi boca y mi nariz completamente. Empecé a respirar y, poco a poco, ese miedo y ansiedad que sentía se iba suavizando.

«Tranquilízate, por ti, por tu hijo».

—Muy bien, cariño, lo estás haciendo muy bien. Debes estar tranquila.

—Muy bien, ¿estas mejor? —preguntó la chica y yo asentí.

—¿Qué le ocurre a mi hija?

—Acaba de tener un ataque de pánico. ¿Le había ocurrido alguna vez?

—Ha vivido unos meses muy duros. ¿Los ataques de pánico pueden dañar a un feto?

—Es importante tomar las medidas en el momento adecuado para mantener la enfermedad bajo control. Se debería consultar a algún médico.

—Vale, muchas gracias —respondió preocupada.

Pasaron algunos minutos cuando escuché la voz muy fina de una mujer preguntar:

—¿Familiares de Dylan Brown?

Estaba a unos segundos de conocer el estado de Dylan. Quería que estuviese bien, estaba bien.

—¿Cómo está mi hijo, doctora? —preguntó desesperado Matt.

—Ahora se encuentra estable. Le hemos hecho varias pruebas, nos contaron que tenía una enfermedad del corazón y eso ha sido un dato importante.

—¿Su enfermedad ha empeorado? —preguntó Gabriel.

—Me temo que sí. Su válvula aórtica no se abre adecuadamente y eso impide que una parte de la sangre del ventrículo izquierdo pase al cuerpo. Con esta disminución del área valvular, menor cantidad pasa del ventrículo al cuerpo. Cuanto más severo sea esto, mayor será el esfuerzo que deberá hacer. Esto ha sido un aviso, estamos a tiempo.

Todos se encontraban callados, nadie osaba decir nada. Debería haber hecho como los demás, tendría que haberme quedado callada.

—D... Dy... lan —manifesté entrecortadamente antes de volver a llorar.

—Cariño, has pronunciado su nombre —expresó mi madre confundida—. Has hablado —concluyó.

Observé sus ojos llenos de lágrimas, todos me miraban, y, seguramente, todos sabían que quería a Dylan, incluso Matt. Daba pena, eso era lo que daba a toda esa gente que estaba a mi alrededor. Me odiaba por ser tan débil, por llorar, por no poder controlar mi vida, por ser así.

Debía tranquilizarme, no podía volver a sentir el mismo miedo que había sufrido hacía minutos.

—Escúchame —pronunció mi madre obligándome a mirarla—. Dylan estará bien, vamos a estar todos bien. Lo ayudaremos y haremos todo lo que esté en nuestras manos y en la de los médicos para que esa enfermedad se cure. Pero primero debemos de estar todos bien fuertes para hacerlo, ¿vale? —clavó sus ojos en los míos—. Dime que lo harás, Addy, dime que serás fuerte por ti.

«Te lo prometo, mamá, intentaré ser fuerte. Por ti, por Matt, por Dylan y por el bebé».

—Doctora —empezó a hablar mi madre apartándose un poco de mí y girando su cabeza hacia su dirección—. ¿Qué hay que hacer para que se recupere?

Nadie había pronunciado esa pregunta antes, todos tenían miedo de saber cuál era la respuesta.

—Debemos sustituir esa válvula. Tenemos que operar, y cuanto antes mejor.

—¿Cuáles son los riesgos? —preguntó Matt decidido.

—No puedo decírselo con exactitud. Tendremos a Dylan ingresado en el hospital hasta que tengamos su consentimiento para proceder a la intervención. Os iremos informando de las novedades.

—¿Podemos entrar a verlo?

—Lo mejor será que no, en unas horas lo subiremos a planta y allí podréis verlo.

—Por favor, doctora. Necesito ver con mis propios ojos que está bien. Le ruego que sean unos pocos minutos. Se lo ruego —habló temblando Matt.

—Señor, yo...

—Por favor —suplicó.

—De acuerdo, puede pasar, pero solo unos minutos.

—Muchas gracias —dijo Matt antes de seguir a la doctora hacia la habitación que se encontraba en el otro pasillo.

Detrás de aquella habitación se encontraba él, detrás de aquel cuarto se encontraban mis sueños y mis sentimientos, que podrían romperse o avanzar. Avanzar, quería avanzar como hacían las olas en el mar. Hacía mucho tiempo que estaba en calma, la marea no subía y yo me encontraba parada y estancada, pero los tsunamis venían apresuradamente y esa calma se convertía en grandes golpes producidos por esas olas. ¿Qué podía perder si atravesaba esas olas?, ¿qué podía perder más si lo intentaba? Poca cosa me quedaba y quería intentarlo. Saltar y avanzar, y él estaba allí al otro lado de esa fría ola para cogerme. No entendía cómo se había interesado en mí, desde el primer momento de conocerme había estado allí. ¿Ya me conocía? No lo entendía, pero parecía que sí. Y la siguiente pregunta vino después, si me conocía, ¿dónde había sido? No tendría respuesta, sin embargo, ahora lo

conocía yo y eso me bastaba para haberme enamorado de él. Era estúpida por sentir lo que sentía por él, se merecía algo más que una simple cría con problemas.

—Deberías comer algo, estás muy pálida —expresó mi madre cogiéndome la mano—. Debes reponer fuerzas.

—Addy, tu madre tiene razón —recalcó Kissa—. Puedo acompañarte y así estamos juntas.

Contemplé a Kissa y luego a mi madre, deseaba decirles lo que estaba pensando, pero solo pude negar y observar fijamente el pasillo por donde había ido Matt.

Mi madre me miró y, descifrando lo que mis ojos pedían, dijo:

—Vamos a esperar a que venga Matt, luego, señorita, irás a la cafetería a por algo de comer.

«Tienes que ser fuerte, Addy».

—Tío, lo siento —escuché pronunciar de esa voz que ahora me provocaba miedo.

—¿Qué sientes? —espetó malhumorado Gabriel—. Venga, explícame.

—Mami, tengo hambre —habló mi hermana abrazando sus piernas.

—Ven, vamos a la cafetería. Addy, cuando Matt salga, te quiero allí.

Las palabras de mi hermana habían detenido la pequeña discusión entre ellos dos, no obstante, la tranquilidad no duraría mucho, volverían a hacerlo.

—Venga, ahora puedes contárnoslos —manifestó Gabriel cuando mi madre ya no estaba con nosotros.

No quería escuchar, no quería saber.

—Todo esto, no era mi intención.

—¿Y cuál era tu intención? Ya has hecho suficiente, no te das cuenta.

—No sabía que ella estaba con él. Si lo hubiera sabido, yo...

—César, no importa que Addy esté o no esté con Dylan. No debías haberla tocado ni a ella ni a ninguna que no quiera estar contigo. ¿Esperabas que a la fuerza quisiera algo contigo?

—Addy —expresó mientras se acercaba—. Lo siento mucho, no quería hacerlo. Sé que no he parado de joder todo este tiempo, yo solo... —sus manos frotaban fuertemente su cabeza, buscando las palabras correctas—. Lo siento, de verdad —expresó mirándome, pero yo aparté la vista.

—Como le pase algo a Dylan, será solo tu culpa —espetó Kissa finalizando el altercado.

Mis ojos solo miraban hacia una dirección, solo deseaba que Matt volviera y que Dylan estuviera bien. Y eso hizo, Matt volvía.

—¿Cómo está? —preguntaron Kissa y Gabriel al mismo tiempo.

—Bien, está bien. Mi hijo está bien —susurró.

Con esas palabras sentí un alivio increíble, creía que esto no iba a salir bien, que lo había perdido. Mis ojos se llenaron de lágrimas y hundí mis manos en mi cara.

—Ya, no llores. Chsss... Tranquila, todo saldrá bien —habló Matt a la vez que me acariciaba el pelo—. Me ha dicho la doctora que nos avisará cuando lo suban a planta, yo también tengo ganas de ver esos ojos azules. Dylan se encontraba dormido, no pude hablar con él.

—Venga, Addy, vamos a comer, debes hacerlo —dijo intentándome incorporarme—. Vamos.

Negué, sabía que le había dicho a mi madre que iba a ir, pero no podía, tenía que esperar.

—Addy, tienes que cuidarte —expresó Kissa.

«Estoy bien».

—Puedo acompañarte al restaurante, los chicos están aquí con él, todos están aquí con él, Addy. Debes coger fuerzas —suplicó Matt.

No quería irme, no quería separarme mucho de él. ¿Y si la doctora venía cuando yo no estuviera?, ¿y si cuando despertara él no me viera? No, no podía moverme.

—¿Puedo traerte algo? —Sentir su voz y otorgarme su ayuda me sorprendió. ¿Verdaderamente estaba furioso con sus actos y quería remediarlo? ¿César quería arreglarlo?

—Addy, César puede traerte algo de comer de la cafetería. Por favor, come algo, a Dylan no le gustaría verte así —concluyó Matt.

—Puedo traerte una ensalada —balbuceó César.

Estaba harta de esta presión, solo quería estar sentada ahí y esperar.

—Addy, tienen razón. Esta vez la tienen —expresó Kissa con los ojos cansados—. Gabriel, ve con él. Me quedaré aquí con ella —manifestó besando la boca de su novio—. Matt, puedes ir también, no te preocupes. Os

llamaré.

—De acuerdo, cualquier cosa llamas.

—Sí.

—¿Quieres un café? —preguntó Gabriel y ella solo asintió.

—Ahora venimos —dijo Matt.

Después de que los chicos se fueron solo quedamos nosotras tres, ¿por qué Kirsten no decía nada? Desde que había llegado, su voz no había sonado en ningún momento. ¿Eso era malo o bueno?

—Y tú, ¿qué haces ahí? —declaró furiosa mi amiga—. ¿Tampoco has tenido suficiente?

—No tengo nada que decirte. Puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿Cómo puedes ser así?

—¿Y me lo preguntas tú? —Esta conversación no me gustaba, sabía que iba mucho más allá, sabía que algo malo había pasado entre ellas.

—Eres insoportable.

—Muchas gracias, gatita. Oye, ¿sabéis qué? Hacéis una buena pareja, la conejita y la gatita. Tú —expresó mirándome por encima del hombro—, vigila que la gata no se te coma —habló con una gran sonrisa antes de irse.

¿Qué había ocurrido entre ellas?, ¿por qué me había dicho eso? ¿Kissa iba a hacerme daño?

Sus sollozos hicieron que mi mente dejara de hacerse preguntas, ¿por qué lloraba?

Me giré y pude observar cómo intentaba esconder sus lágrimas con su largo cabello. Nerviosa, me acerqué a ella y, abriendo mis brazos de par en par, la envolví entre mis brazos.

«No estás sola».

Ella me apretó mucho más fuerte.

—Lo siento, lo siento mucho —expresó arrepentida antes de alejarse de mí—. Kirsten solo sabe hacer daño. Me odia, me odia desde ese día.

Cada vez estaba más confundida, ¿qué había hecho Kissa para ganarse el odio y desprecio de Kirsten? Pero ¿quién era yo para meterme en eso?

—Quiero explicártelo, me apetece librarme un poco de esto, de ella. ¿Puedo hacerlo? —cuestionó mirándome—. Debería callarme, solo te molesto.

Eso no era verdad, lo que debería hacer era darle las gracias por lo bien que se había portado conmigo, por cómo me había ayudado y por cómo intentaba que estuviera bien.

Cogí su mano y la apreté suavemente. Ella alzó sus ojos llorosos y los clavó en los míos.

«Somos amigas, te quiero ayudar».

—Maté a su hermano, soy una asesina, Addy —dijo con rabia—. Me doy asco a mí misma, soy un monstruo y ella no para de hacérmelo saber.

¿Cómo?!, ¿cómo era eso posible?! No podía ser verdad, no, no lo era.

—Yo también tengo marcas, Addy, unas asquerosas cicatrices que me hacen recordar cada uno de esos minutos en los que maté a Sam.

¿Cicatrices?, ¿qué clase de cicatrices?

—Esa noche salimos de fiesta, era el cumpleaños de Sam, era el primero en cumplir los dieciocho. Debíamos celebrarlo por todo lo alto, eso era lo que él quería. Bebimos un poco, te juro que solo me tomé una copa, y cuando subimos al coche y nos dirigíamos a casa, ocurrió todo. Esa mujer se saltó el stop e hizo que Sam y yo tuviéramos un accidente. Addy, esa mujer mató a mi novio.

Esas palabras azotaron mi interior, su novio había muerto y ella estaba viva, de esta manera, todos los días recordaría esos segundos que vinieron después de que esa mujer se arrojara contra ellos. Cada día, en su mente y ante sus ojos, se reproduciría ese accidente. Murió entre sus brazos.

—Por eso ese día te dije que sabía cómo era vivir con miedo, cómo era vivir llena de culpa y remordimiento. No somos tan diferentes, al fin y al cabo. Gabriel me encontró, nos enamoramos y ahora estamos aquí. Pero eso a Kirsten no le gustaba, no quería verme feliz e intentó separarme de él.

Y ahora intentaba hacerlo conmigo, deseaba hacerme daño y quería conseguirlo de una manera u otro. Pero ¿qué le había hecho para que me odiara?

—Señorita Kissa —habló una voz desconocida.

—Mierda, mierda, mierda. Ahora no —expresó nerviosa.

Giré mi rostro y observé a una mujer mayor con una niña pequeña. Era hermosa, tenía los ojos grandes y azules y el pelo castaño.

—Kissa —volvió a decir la mujer—. ¿Cómo está?

—Bien, le han hecho varias pruebas y nos avisarán cuando lo suban a planta. Señora, tienen que operarlo.

Conocían a Dylan, sabían quién era él, pero lo que más llamó mi atención fue la gran palabra que salió de la niña.

—Papi.

Capítulo 12

Continuaba sentada en esa silla, estática, sin hacer nada. Ninguna lograba decir nada. Kissa me miraba con gesto inquisidor y esa mujer no alejaba la vista de nosotras. ¿Esa niña era hija de Dylan? Y si así fuera, ¿dónde estaba la madre?, ¿quién era?, ¿por qué nunca me dijo que tenía una hija?

«Te estás volviendo loca, tranquilízate».

—Norah, pequeña, papi se va a poner bien.

—Señora, se encuentra estable y dentro de unas horas lo subirán a planta. Tienen que operarlo.

Norah. Kissa había pronunciado ese nombre, un nombre al que le había dado muchas vueltas. Y la respuesta siempre había estado ahí, su hija. Frágil y hermosa como esa rosa que llevaba tatuada, pero las rosas siempre tenían espinas, ¿qué era lo dañino ahí?

—¿Es algo peligroso? —cuestionó cuando se acercaba a nosotras.

No prestaba atención a la conversación que mantenían Kissa y esa señora, yo no podía apartar la mirada de esa niña, era idéntica a él.

Toqué mi barriga, no sabía por qué lo hacía, y la acaricié. Deseaba sentir a mi hijo, pronto crecería y se convertiría en un precioso bebé.

Mi amiga continuaba observándome, veía cada uno de mis movimientos y sabía que deseaba decirme algo.

—¿Me dejas cogerla?

—Claro, señorita.

—Ven aquí, mi niña —pronunció Kissa con una gran sonrisa—. Pero qué guapa estás —expresó mientras le frotaba su pequeña barriga haciéndole cosquillas y la niña hizo una sonora carcajada.

—Kissa, ¿quién es tu amiga? —preguntó interesada esa mujer.

—Es la hermanastra de Dylan.

—¿Segura? —volvió a cuestionar.

—Sí.

¿Por qué Kissa decía eso? ¿Entendía que eso hacía que mi mente trabajara en mi contra y me dañara?

«Tal vez, solo quiere cerrarle la boca a esa mujer».

Sin esperarlo, sentí cómo una mano estiraba suavemente de mi pelo.

—No hagas eso, puedes hacer daño —la regañó Kissa sacando su mano, pero la pequeña volvió a depositar su mano en mi pelo—. Norah, debes... —pero sus palabras fueron interrumpidas por los rápidos movimientos que la niña hacía. Movía sus brazos hacia mi dirección, quería que yo la sostuviera, que la depositara en mi regazo—. ¿Quieres ir con ella? —le preguntó feliz a la niña.

Ella la miró y, como respuesta, alargó sus brazos hacia mí.

—De acuerdo, ¿quieres? —me preguntó mi amiga. Estaba preocupada, ¿tenía miedo de mi reacción? Ya había entendido que, aunque estuviera con Dylan, él era un completo desconocido. ¿Qué parte de su vida conocía? O, mejor dicho, ¿conocía algo de él?

Agarré a la niña y la dejé entre mis piernas. Sus ojos se clavaron en los míos y una pequeña sonrisa, inesperada, salió de mis labios. Esta niña despertaba algo bueno en mí.

—Addy, creo que ya te has dado cuenta. Es hija de Dylan. Tenía que llamar y decirles que su padre estaba en el hospital, era mi obligación hacerlo. Solo escuchaba en mi cabeza: «si algo malo le ocurre y no ve a su hija, será tu culpa». Lo siento, le dije que te lo contara, pero tenía miedo. Ahora me siento culpable de que estés en esta situación.

«No es tu culpa, nadie la tiene».

—Un caballo —expresó alegre la niña cuando tocó el medallón.

Intentaba guardar ese collar con todas mis fuerzas, solo mi madre y Annie conocían la existencia de este. Fue el último regalo de mi padre. Era un precioso medallón de plata, la piedra principal estaba pintada de un tono azulado y allí había dibujado un hermoso caballo.

Cuando mi padre me entregó ese colgante lo hizo susurrándome unas palabras, palabras que no podré olvidar: «Adeline, tienes que ser libre como es ese caballo salvaje en libertad trotando por las praderas y las montañas, fuerte e individual, como su relincho a los cuatro vientos y siendo el rey de su camino», y, cuando giraba el collar y miraba el grabado, sentía como si mi padre nunca se hubiera ido. Cada vez que leía el título de esa balada tocada a piano en mi colgante, vivía, una y otra vez, ese día, «Hija, desde que escuché esa melodía, presentí que ese debía ser tu nombre. Mi pequeña Adeline».

La niña contemplaba embelesada el collar, me gustaría hablarle, ser como siempre había sido, pero por mucho que intentara no podía.

—Es precioso, Addy, ¿quién te lo regaló? —preguntó Kissa.

Levanté mis brazos, los llevé hacia el cierre del collar y lo abrí. Después, lo deposité en sus manos.

Kissa, fascinada, examinaba el colgante e, indecisa, me preguntó:

—¿Se puede abrir? —La miré y solo pude asentir—. Esto es hermoso, Addy. ¿Quiénes son? —cuestionó interesada al ver una imagen de dos jóvenes recién casados—. Son tus padres, ¿verdad?

«Sí, sí lo eran».

Kissa me devolvió el medallón y me lo volví a poner.

—¡Norah! ¡Norah, pequeña! —escuché gritar a Matt.

—¡Abuelo! —dijo la niña feliz bajándose de mis piernas y corriendo hacia él.

—Mi princesa —habló besando su frente—. Mira, ella es Rebeca y esta de aquí —expresó bajando a la niña a la altura de mi hermana— es Annie. ¿No las saludas?

—Norah, Matt me ha hablado mucho de ti —miré a mi madre sorprendida. ¿Conocía la existencia de esa niña?, ¿por qué no me había explicado nada?

«Tú eres la única que no sabe nunca nada».

—Señora, muchas gracias por traer a Norah, se lo agradezco.

—Debía hacerlo, la señorita Kissa llamó y no me pude negar. La niña no paraba de preguntar por su padre.

Aparté mi mirada de esa escena y la clavé en el suelo, no soportaba esta situación, yo solo quería... Tenía claro una cosa, no importaba lo que yo quería.

Una temblorosa mano apareció delante de mí. No me había percatado, pero César, Kirsten y Gabriel ya habían vuelto.

—Te he traído la ensalada —escuché susurrar a César.

—No te acerques a ella, mantente apartado —espetó Kissa furiosa.

—Kissa, tranquila —habló Gabriel intentando calmarla.

César, sin decir nada, se acercó a Kirsten le susurró algo y se fue hacia la salida. En la cara de esa chica pude ver una sonrisa socarrona, se estaba burlando de mí, aparté mi vista de ella y me percaté de la cara sorprendida de

mi madre.

—Mejor así —concluyó Kissa—. Ahora debes comer —dijo antes de dar un sorbo al café que Gabriel le había traído.

No quería esa estúpida ensalada, no comprendían que lo único que quería era que esa doctora viniera y nos manifestara que ya podíamos ver a Dylan. Pero sabía que no iba a conseguir nada negándome, notaba la mirada penetrante de mi madre, así que abrí la ensalada y empecé a comer las aceitunas verdes que había en ella.

Mantengo la vista fija en ese pasillo, ¿por qué tardan tanto en venir? Entonces, la puerta de ese pasillo se abrió y salió una enfermera.

—Buenas tardes —sonrió de manera afectuosa acercándose a nosotros—. ¿Sois los familiares de Dylan?

—Sí, ¿cómo se encuentra mi hijo?, ¿podemos verlo? —exclamó Matt.

—Sí, ya podéis verlo. Acaban de trasladarlo a la habitación 310, la doctora Marcos me ha enviado para decírselo, ella ya se encuentra allí para daros toda la información. Podéis acompañarme.

—Muchas gracias, enfermera.

Cerré, torpemente, mi ensalada e intenté levantarme, pero un fuerte mareo hizo que me volviera a sentar en ella.

—Addy, ¿estás bien? —preguntó preocupada Kissa mientras me sujetaba los hombros y dejaba en el suelo el recipiente de su café.

«Sí, estoy bien. Es un simple mareo».

Así que yo asentí y ella me ayudó a levantarme de aquella silla. Mi madre vino corriendo hacia mí.

—Addy... —balbuceó mi madre preocupada, pero yo solo cogí mi pequeña mochila y la bolsa y me encaminé hacia la enfermera.

Nos encontrábamos delante de su habitación y la enfermera llamó a la puerta. Salió la doctora.

—Familia Brown. Lo siento por la tardanza, ya tenemos todos los resultados de las pruebas. Estamos preparados para la operación y... será antes de lo esperado, dentro de 24 horas. Tendremos que hacer transfusiones de sangre antes y después de la cirugía, necesitamos que donéis sangre.

—Puedo darle, somos del mismo grupo sanguíneo —respondió Matt.

—Señor, necesitaríamos un poco más.

—¿Qué grupo es? —preguntó mi madre.

—B positivo. —Ese era mi grupo sanguíneo y mi madre lo sabía. Sus ojos contemplaron los míos y supuso lo que yo estaba pensando—. Solo puede recibir de los grupos O y B. Si deseáis donar sangre, decírselo a la enfermera. Ella os dará las instrucciones —expresó dirigiendo su vista hacia ella—. Hay pocas reservas de sangre y será de mucha ayuda.

—Después de verlo, hablaremos con ella. ¿Se sabe el proceso que se llevará a cabo para la operación? ¿El riesgo? —expresó preocupado Matt.

—Sí, ya hemos decidido sobre ello. Utilizaremos una válvula cardiaca mecánica, estas no suelen fallar, sin embargo, se pueden formar coágulos en estas. Por esta razón, le hemos retirado la warfarina. No os retengo más, podéis entrar —manifestó con una sonrisa.

Matt cogió a la niña entre sus brazos y abrió la puerta de la habitación.

—Señor Brown, me quedaré aquí fuera. Cualquier cosa, llámeme —dijo esa extraña mujer.

—De acuerdo, señora, muchas gracias.

La mujer sonrió y Matt entró a esa habitación junto a los chicos.

Deseaba entrar, verlo, abrazarlo y besarlo, pero mis piernas no me reaccionaron y no podía separarme de esa pared.

—Addy, cariño, ¿no quieres entrar?

—¡Papi! ¡Papi! ¡Papi! —escuché gritar a esa pequeña llamando a su padre, eso era él, su padre y yo no sabía qué hacer.

—Lo siento, hija, siento no haberte dicho nada. Yo solo quería protegerte, pensaba que esto no pasaría. Addy, mírame. —Acercó sus manos a mi cara y me obligó a mirarla—. Te quiero más que a nada, nunca me apartaré de tu lado y no permitiría que nada te hiciera daño.

Unas silenciosas lágrimas surcaron de mis ojos.

—No llores, te lo prohíbo. Ahora tienes que ser fuerte, demuestra a todos quién es Addy, enséñales de lo que estamos hecho las mujeres Britt, sé tú misma, mi niña.

«Gracias, mamá, esto era lo que necesitaba».

—Ahora dame esa bolsa que llevas y entra, Annie y yo estamos contigo —manifestó mi madre sujetando a mi hermana.

Las palabras de mi madre me daban fuerzas, sabía que ella estaba allí y que

por nada ni nadie nos íbamos a separar. Habíamos vivido siempre juntas, siempre solas.

Me dirigí a esa puerta y un par de ojos llamó mi atención. Esa mujer me miraba con atención, ¿quién era ella?, ¿por qué estaba aquí?

Solo me observaba y no apartó sus ojos de mi cuerpo hasta que entré.

Mi cuerpo temblaba, estaba muy nerviosa. Estas últimas horas habían sido un infierno, pero saber que estaba bien me hacía feliz.

Gabriel y Kissa se encontraban a un lado de la cama y Matt en la otra, no paraba de hacerle preguntas a Dylan. Y Dylan se encontraba embobado jugando con su bebé en esa cama de hospital. La niña reía entre sus brazos y, a pesar de su horrible aspecto, disfrutaba y la hacía afortunada. No obstante, lo que más llamó mi atención fue ella, Kirsten, estaba sentada en la cama, muy cerca de Dylan y tocando su cuerpo.

Matt se dio cuenta de mi entrada a esa habitación y detuvo todas sus preguntas. Dylan apartó su mirada de su pequeña y clavó sus ojos en mi cuerpo. Sus ojos azules estaban ahí, no eran tan brillantes como recordaba, pero continuaban conmigo y tenían vida. Pude divisar temor en ellos.

—Addy —Me acerqué a los pies de la cama y lo contemplé, podía observar cómo todos clavaban su mirada en mí—, ven, ven aquí conmigo, quiero presentarte a alguien —expresó nervioso observando a su hija y a mí.

Y lo hice, hice lo que él me pidió, pero solo lo hice por una razón: por mí, por lo que yo quería.

—Lo... lo siento, Addy —susurró Dylan observándome—. Yo quería explicártelo, pero no de esta manera ni en este lugar. Quería hacerlo, te lo prometo, pequeña.

Me acerqué un poco más a él y acaricié su mejilla. Él depositó su mano encima de la mía.

—Me crees, ¿verdad? —asentí—. Addy, tengo miedo. —Sabía que esa palabra siempre estaría con nosotros, miedo. Yo también lo sentía, ¿y si no salía de esa sala?

Mi corazón latía a toda prisa, quería a ese chico, necesitaba decírselo, ahora más que nunca, pero mi garganta volvió a cerrarse como ya había hecho en otras ocasiones. ¿Cuándo iba a volver a hablar?, ¿cuándo volvería a expresar aquello que sentía y no utilizar monosílabos o asentimientos?

—No permitiré que nada malo te ocurra, te necesito, Addy.

«No me iré a ningún lado, todo va a salir bien».

—Señorita, debemos irnos —me dijo el celador acercándose a la cama—. Es hora de la operación.

—Addy —expresó Dylan mirándome a los ojos—. Quiero pedirte algo, si cualquier cosa me pasara... —Negué, no podía hablar así, no podía decir eso, no podía despedirse de mí—. Addy, escúchame, por favor. —Las lágrimas empezaron a surcar de entre mis ojos—. No, no llores.

No podía aguantar más, todo esto me estaba superando, quería protegerlo, quedarme a su lado y no moverme, necesitaba que todo esto fuera un sueño. Apoyé mi cabeza en su corazón, un corazón errático y me apreté contra su cuerpo.

—Addy, mírame —dijo con voz cansada—. Te quiero, ¿vale? Si salgo de aquí, vamos a hacerlo bien, sin mentiras, sin secretos, intentaré explicártelo todo. Pero si no lo consigo, quiero que Norah esté contigo.

—Lo siento, chicos —manifestó el celador moviendo la camilla y dirigiéndose hacia ese largo pasillo.

«Te lo prometo, Dylan».

Salí de la habitación, me saqué la bata y el gorro que me habían dado para entrar y me dirigí hacia la otra puerta. Tenía que ir a la sala de espera de ese quirófano, allí debíamos sentarnos y esperar a que el cirujano nos llamara por megafonía para hablar con nosotros sobre cómo había ido la operación.

—Addy —expresó mi madre al verme entrar a la sala, caminé hacia ella y la abracé—. Chsss, mi niña, ya está, ya está —susurraba mi madre a la vez que me depositaba caricias y besos en mi rostro—. Ven, siéntate aquí con nosotros.

Matt se levantó de la silla y ayudó a mi madre a sentarme entre ellos.

—Debes tranquilizarte, sé que es difícil, pero debes intentarlo —habló Matt cogiéndome de la mano.

Miré a mi alrededor y solo encontré a Gabriel y Kirsten.

—Kissa y esa señora se han llevado a las niñas al hotel. Deben descansar. ¿Sabes si ha ocurrido algo con César? Me ha estado llamando para saber cómo estaba y evolucionaba Dylan, pero no ha aparecido por aquí.

—Siempre se pelean por las más estúpidas —espetó Kirsten en voz baja, pero pude escucharla.

Me gustaría susurrarle al oído la lección de vida que le dio el protagonista

de esa película, que había visto varias veces con mis padres, a su hijo. Sabía que no podía hablar, pero sí escribir, algo que siempre tendría. Abrí la mochila, saqué la libreta y un bolígrafo y escribí lo siguiente: «Voy a decirte algo que tú ya sabes, el mundo no es todo alegría y color. El mundo es un lugar terrible y, por muy duro que seas, es capaz de arrodillarte a golpes y tenerte sometido permanentemente si tú no se lo impides. Ni tú ni yo ni nadie golpea más fuerte que la vida». Él era capaz de todo.

Cuando de pequeña me preguntaban qué quería ser de mayor, yo siempre respondía que astronauta o equilibrista. Todos los niños teníamos esas ideas, sueños que queríamos cumplir e imposibilidades que queríamos llevar a cabo. Sin embargo, cuando crecí y me hice mayor, caminaba por las calles y me encontraba rodeada de gente seria y fría con traje y corbata; gente desesperada y perdida hablando por teléfono; y gente con prisa. Esa vida que llevamos por dentro que irradia y explota, desaparece cuando crecemos. Es como si te dijeran que, si no eres igual que ellos, eres raro.

Siempre pensaba en eso de: «he hecho todo lo que quería y he cumplido todos mis sueños, aprovecha cada segundo como si fuera el último, como si fueras a desaparecer mañana y que solo importaras tú».

Pensaba y creía en todo ello, vivía con esa mentalidad hasta que eso pasó. Un pozo negro, sin salida, del que cada vez me era más difícil salir, rodeada de mis miedos. Pero ¿y si volvía a intentarlo?, ¿y si retomaba mi antigua vida? Podía hacerlo y solo yo podía intentarlo.

No era hacer como si todo lo vivido no hubiera pasado, sino intentar convivir con ello. Saber seducir al miedo que tenía.

Porque, ¿cuál era el sentido de la vida?, ¿qué hacemos aquí?, ¿por qué? Nacemos, crecemos y morimos, pero ¿eso es todo? ¿No hay nada más allá?

Aprendemos, reímos, lloramos, gritamos, amamos, trabajamos y mucho más, pero ¿para qué? ¿Queremos ser solo el recuerdo de alguien?

Dicen que la vida es causalidad, esa combinación de circunstancias que no se pueden prever. Aunque ahora estaba segura de una cosa, quería vivir mi vida, equivocarme, perder, ganar, disfrutar, soñar. No importa hacer todo eso para descubrir mi sentido de la vida, el mío propio.

Miré otra vez el reloj que había en la pared, los minutos se hacían demasiado largos y la espera era angustiada.

—Voy a ir a esa máquina expendedora, ¿queréis alguna cosa?

—Tráeme algún refresco, hace demasiado calor aquí —expresó mi madre sacando el abanico de princesas que Annie había elegido.

—Addy, ¿quieres uno tú también? —Asentí—. De acuerdo. Chicos, debéis comer o beber algo, ya sabéis que la doctora ha dicho que si necesitan más sangre nos llamarán.

No había podido donar mi sangre, había ido con Kirsten, Matt y Gabriel, pero la enfermera me dijo que las embarazadas no eran elegibles. Si daba mi sangre, podía agotar el hierro que había en mi cuerpo y provocarme una anemia. También afectaría a mi hijo.

—Estamos bien, Matt, no te preocupes —respondió Kirsten con una sonrisa.

No podía mirarla, no después de lo que me había dicho. Esa chica albergaba odio hacia todo el mundo. «Ya me puedes dar las gracias, si tu novio sobrevive será gracias a mí, tú no has hecho nada».

—Addy —dijo mi madre llamándome la atención—. Mira qué foto me ha pasado Kissa de las niñas. —Annie y Norah se encontraban tumbadas en una manta de juegos decorada con dibujos de animales. Se encontraban durmiendo y entre ellas se encontraba la nueva Lía—. ¿Cuándo le has comprado el peluche? No sabes lo feliz que está con él, no la quiere soltar en ningún momento. Ya ha discutido más de una vez con Norah —manifestó nerviosa—. ¿Estás enfadada conmigo por ocultarte a Norah?

«Mamá, no pasa nada. Acepto a Norah y no, no estoy enfadada contigo».

Negué.

—Lo siento, cariño, Matt me lo contó. Me hizo prometer que no te diría nada hasta que Dylan no lo hiciera. Me alegro, mi niña —expresó abrazándome—. ¿Estáis bien? —preguntó tocando mi barriga, yo asentí—. Todo se va a solucionar, todo. Estoy muy orgullosa de ti, mucho. Tú me has ayudado en todo, Addy, no me has dejado sola en ningún momento. Siempre has estado ahí, con lo de tu padre, Dunkel, Annie... Y yo nunca voy a dejarte a ti, nada ni nadie hará que me separe de ti. Por eso, cuando vi que estabas matando la única parte de ti que podía tocar, me horroricé. Necesitaba hacerte entender que lo merecías todo, por eso fui tan pesada. Pero no me arrepiento, ahora estás aquí —susurró esto último con pequeñas lágrimas—. Venga, no quiero pensar más en ello, ahora debemos esperar. El tiempo me está matando, hija, sé que todo saldrá bien, ¿vale? —Y en ese momento la abracé, era mi madre y siempre iba a estar conmigo.

—Aquí están las bebidas —habló Matt, pero cuando vio el rostro de mi madre se asustó—. ¿Está todo bien?, ¿ha ocurrido algo?

—Tranquilo, Addy y yo estamos bien.

Observé a Matt y le sonreí. Había recompuesto esa parte de mi vida.

Pasaron unos minutos y escuché cómo decían por megafonía:

—Familiares de Dylan Brown, podéis pasar a consulta.

Nerviosa me acerqué a aquella pequeña sala con los demás. Allí se encontraban dos cirujanos y una enfermera.

—Señores —empezó a hablar uno de los cirujanos—. Tenemos buenas noticias.

—Mi hijo... —murmuró Matt temblando.

—Tranquilo, su hijo se encuentra bien. Hemos tenido una pequeña complicación, sin embargo, ya lo teníamos previsto. Su cuerpo ha reaccionado bien y la operación ha sido todo un éxito.

—¿Podemos verlo?

—En estos momentos se encuentra en una sala de reanimación, hasta que no despierte no podemos moverle de allí, pero podéis esperar en la habitación. Os llevaré hasta allí y así os daré las recomendaciones y medicamentos que deberá tomar.

Estaba bien, Dylan, verdaderamente, iba a salir de aquel hospital. Podríamos empezar de cero, su vida, mi vida, nuestra nueva vida.

Capítulo 13

Hacía dos meses que no entraba en un hospital. Esos dos meses fueron muy complicados para Dylan.

Las dos primeras semanas después de la cirugía, no quiso comer nada. Yo intentaba que comiera algo, algún trozo por muy pequeño que fuera, pero no lo conseguía. Se sentía deprimido y culpable.

En algunas ocasiones, más de las que él me decía, me explicaba que sentía un hormigueo alrededor de la incisión que le hicieron. No me dejaba verla, siempre llamaba a Matt para que se la curase. No me importaba esa estúpida cicatriz, gracias a ella él estaba vivo. Recuerdo el primer día que quise curarlo, él me dijo: «¿Recuerdas ese día que hablábamos sobre las cicatrices?». Yo solo pude asentir, estuve atenta a su mirada y a lo que él me quería decir. «Las cicatrices como esta —expresó tocando su pecho— hacen daño, unas más que otras, pero con el tiempo puedes superarlas e incluso desaparecen. Pero, Addy, las interiores son las peores. Esas te destrozan y te hacen recordar siempre quién eres».

Era el momento de hacer saber quién era yo, en quién quería convertirme y cómo quería llevar mi vida. Estaba harta de que mis miedos me ganasen, que me controlasen y que destrozasen mis sueños.

Faltaban pocos metros para llegar al hospital, mi madre me acompañaba y el inspector de la otra vez nos estaba esperando en la puerta, no podía recordar su nombre. Había intentado borrar de mi memoria todos los días que había pasado allí, pero ese día debía recordarlo todo. Por mí y por esa chica que había llegado al hospital por una violación.

El inspector, después de recibir una llamada por parte de la policía, había acudido al hospital para investigar sobre el suceso. Había hablado con esa chica, pero le había proporcionado muy poca información, casi no hablaba. La comprendía, la comprendía muy bien.

—Señora Wells —expresó el inspector mientras se acercaba a nosotras y le apretaba la mano—. Señorita Adeline. ¿Cómo estáis?

—Inspector Reid, vamos haciendo, intentamos ser lo más fuertes posible.

—Lo siento, siempre se debe hacer eso por muy difícil que sea. Antes de entrar, tengo noticias sobre el asalto de su hija. Addy, ¿estarías dispuesta a

hablar conmigo otra vez?

Asentí, estaba dispuesta a llevar a esos dos a la cárcel, ahora sabía que podía hacerlo.

—De acuerdo, usted, señora Wells, también podrá enterar, necesitare hacerle unas preguntas que serán claves.

—Estamos dispuestas a hacer todo lo posible para que esos infelices entren donde deben estar.

—Muy bien, así me gusta. Ahora debes entrar.

—¿Hace mucho que nos esperas? —preguntó mi madre mientras lo seguíamos.

—No, tranquilas, acabo de bajar ahora de la habitación de la muchacha. Estaba hablando con sus padres para acabar de recoger toda la información.

—Espero que podamos ayudar.

—Ten por seguro que sí. Los familiares y los propios afectados siempre necesitan a alguien que haya pasado por lo mismo para hablar y ver que han podido seguir después del suceso.

Antes de ir, apunté varias notas para poder conversar con aquella chica, había empezado a pronunciar algunas pequeñas palabras, pero no eran suficientes. Esas notas las tenía guardadas en el pequeño bolsillo que poseía mi vestido.

Eso era otra cosa que había vuelto a mi vida, volvía a utilizar la ropa que tenía bien escondida en mi armario. Desde que eso había pasado, intentaba ocultar mi cuerpo a todo el mundo, intentaba hacer ver que nada había allí, intentaba engañarme a mí misma. Pero pude con ese.

Un día me levanté de la cama, me dirigí a mi armario y saqué toda aquella ropa tan oscura y triste que me obligaba a llevar. Después me acerqué a la cocina y de uno de los cajones saqué unas tijeras. Regresé a mi dormitorio y comencé a extirpar cada una de esas piezas. Mi madre se asomó por el marco de la puerta y, asustada por lo que estaba viendo, me expresó: «¿Estás bien?, ¿qué estás haciendo?».

«Cortar por lo sano todo aquello que me dolió».

Era una forma de expresar que aquella joven que vivía aterrorizada ya había desaparecido. Aquella muchacha que un día había escrito en su libreta: «Y cuando todo el mundo pensó que la oruga se convertiría en una hermosa mariposa, ella murió», ya podía convertirse en esa hermosa mariposa que

tanto deseaba.

—Los padres de la chica, ¿saben que venimos?

—Sí, les comenté cómo estaba la situación y las sospechas que teníamos.

—Muy bien.

—¿Preparada, Addy? —manifestó sujetando la maneta de la puerta entre su mano.

Lo observé fijamente y moví mi cabeza afirmando.

El inspector abrió la puerta y detrás de ella se encontraba una delgada y demacrada chica. Tenía los ojos ojerosos, el labio partido y varios moratones alrededor de sus ojos y en sus brazos. Inconscientemente miré sus piernas, esperaba encontrar las mismas heridas que me provocaron a mí, pero no había nada, solo unos pequeños rasguños.

—Señores Morrison —habló el inspector—. Os quiero presentar a la señora Wells y a su hija Adeline.

Estaban destrozados, la madre de la chica temblaba, su mirada estaba apagada y de sus ojos solo podían descender lágrimas. El hombre abrazaba fuertemente a su mujer. Las cosas desde fuera se veían de otra manera, menos dolorosa.

—Hola —expresó la mujer separándose de su marido.

—Lo siento mucho, señora, sé por lo que estáis pasando. —La mujer se acercó a mi madre y la abrazó, desesperadamente, pedía con sus lágrimas un consuelo—. Poco a poco vuestra hija será la misma de siempre y vuestra vida continuará. Ahora parece que todo eso será imposible, que el tiempo se ha congelado y sé que nada de lo que diga os lo creeréis, pero está aquí mi hija, ha pasado por la misma situación. Estos cuatro meses han sido una agonía, pensaba que no íbamos a poder, que todo esto sería mucho más duro que nosotros y que nos destruiría. Estábamos seguros de que eso pasaría, los días avanzaban y Addy se sumergía en ella misma, en su silencio.

—Como ya os he comentado, Adeline, después de su agresión, sufrió un trastorno por estrés postraumático y eso le provocó la mudez.

—Así es, pero ahora ha empezado a producir algún nombre o palabra. Estamos seguros de que muy pronto volverá a hablar, con confianza eso pasará. ¿Verdad que sí, cariño?

—S... Sí.

—¿Está embarazada?! —cuestionó horrorizada al ver mi vientre que había

crecido considerablemente.

Estaba por cumplir los cuatro meses de embarazo. Lo más bonito de todo, pude notar al bebé, mi madre me explicó que por su tamaño y su desarrollo ya era posible notarlo.

—Sí —intentó responder mi madre lo más calmada posible.

—¿Ha sido a partir de la violación? —espetó sin miramientos.

—Sí, señora, mi hija ha decidido tener a ese bebé.

—Pero ¿cómo?

—Sé que mi hija es joven, tiene diecisiete años, pero es algo que ella ha decidido. No puedo obligarla a hacer algo que no quiera, ni yo ni nadie puede forzarla a tomar una decisión. Ella es libre y puede decidir.

—Cariño, su hija y la señora Wells están aquí para intentar ayudarnos y encontrar a los culpables de esto. Por favor, no lo compliques más, solo... solo deja que nos ayuden —expresó el padre de la chica cansado.

—Lo lamento, no pensaba, estoy muy cansada. Perdonadme.

—Tranquila.

Volteé mi cabeza hacia la dirección de esa chica. Miraba a la gente de su alrededor con rabia, la misma que tenía yo. Me acerqué lentamente a ella y me paré al lado de su camilla.

Introduje mi mano en el bolsillo y saqué las pequeñas anotaciones que había hecho en ellas.

La chica observaba atentamente mi rostro. A continuación, noté cómo fijaba su vista en mi cuerpo, contempló mi barriga, mis piernas y mis muñecas. En mi pequeña muñeca había varias pulseras, de esta manera podía tapar lo que un día hice, unas pequeñas cicatrices.

Con una mano sujeté las notas y con la otra pasé uno de los mechones por detrás de mi oreja.

—*Hola.* —Saqué el primer papel que había escrito y se lo mostré.

—*Hola.*

—*Me llamo Addy, ¿y tú?*

—*Megan.*

—*Hace cuatro meses, me encontraba en el mismo lugar que tú. Sé por lo que estás pasando. No tienes ganas de hablar con nadie y te sientes la chica más miserable de todas.*

Esa chica leyó atentamente esa frase, sí, había dado en el clavo.

—*Piensas que ha sido culpa tuya, ¿verdad?*

—No puedo dejar de sentirme así. La he cagado.

—*No es verdad, nada ha sido culpa tuya.*

—Sí que lo ha sido. Mi madre no me permitió salir con mis amigas, pero yo no le hice caso. Iba a ir a esa fiesta dijera lo que dijera. Ahora sé que no debía haber ido.

Miré a mi madre y a ese inspector y les intenté pedir un bolígrafo. Debía escribir algo que no tenía apuntado allí.

Con la mano temblando escribí lo siguiente:

—*¿Quieres saber mi historia?*

Iba a ser la primera vez que hablaría de ello, la primera vez que lo haría para ayudar a alguien que ni siquiera conocía.

—*¿Te quedaste muda después del accidente?* —Yo solo asentí y, anotando aquello que más miedo me había dado, observé a la chica.

—*Estaba comprando en el supermercado, ese día mi madre iba a presentarme a su pareja, estaba muy feliz por ella, deseaba conocer a ese hombre del que me había hablado tan bien.*

—*¿Qué ocurrió después?*

Esa era la peor parte.

—*Decidí coger un atajo por un aparcamiento, siempre hacia eso cuando no llegaba a tiempo. Pero allí estaban ellos, me estaban esperando. Me llevaron a un oscuro callejón y allí...*

—Uno de ellos era extranjero, hablaba muy bien el español, pero reconocí su acento —expresó Megan pensativa.

¿Extranjero? Intentaba reconstruir en mi mente su discordante voz, pero no podía, lo que sí que recordaba era ese perfume. Ese perfume ya lo había percibido antes, al menos estaba segura de ello. Pero la pregunta era, ¿dónde?

—*No recuerdo su tono de voz, solo el olor de esa colonia.*

—Tu bebé... Tu bebé es de...

—*Ellos, él. Sí.* —Mi hijo era de ellos, de él, de uno de ellos dos.

Ella acercó su mano y la depositó en mi barriga.

—Gracias, Addy, gracias por estar aquí. —Antes de que pudiera responder, el inspector llegó a nosotras.

—Megan, deberías entregarle ese papel a Addy.

Su respiración empezó a descontrolarse y su nerviosismo era palpable. Con la voz entrecortada le pidió a su madre lo siguiente:

—Mamá, ¿puedes traerme la chaqueta? —Su madre hizo lo que ella pidió y sacó un papel arrugado de uno de sus bolsillos—. Esto me lo dieron ellos para ti.

—¿Qué es eso? —cuestionó mi madre histérica.

—Antes de leer, quiero que sepáis que pillaremos a esos desalmados, tenéis que estar tranquilas, haremos todo lo que está en nuestra mano para solucionarlo.

Abrí lentamente el papel y, con letra mecanografiada, leí lo siguiente:

«Romperé tu cuello como un hueso de los deseos y te dejaré morir, Addy».

¿Por qué esos hombres me buscaban a mí?, ¿qué les había hecho para que buscaran a esa pobre chica, le hicieran eso y le dieran un papel amenazándome? No comprendía nada.

—Inspector Reid, ¿cómo pretendes que me calme si han amenazado a mi hija?! Esto no puede estar pasando, ella no ha hecho nada, no debería estar sucediendo esto.

—Te entiendo y os prometo que haremos todo lo que podamos. Han utilizado a la señorita Megan como peón, pero están esperando a hacer el jaque mate. Intentan amenazar para que no se pueda defender y poner fin a lo que ellos quieren, pero no lo vamos a permitir. Señora Wells, ¿hay alguien que os quiera hacer daño?

¿Cómo podía haber alguien con tanto odio? Solo conocía a una persona así, una persona cuya oscuridad era más fuerte que él, cuyo rencor podía devastar a todo aquel que se le acercaba. ¿Él era capaz de eso? Mi madre me miró aterrada, estábamos pensando en la misma persona.

—Pueda que haya alguien a quien le horripila nuestra felicidad. Ha intentado por todos los medios acercarse a nosotras y ha actuado como un salvaje.

—Dígame quién puede ser y lo investigaremos.

—El padre de mi hija pequeña, Dunkel, es alemán.

Capítulo 14

—Señora Wells, ¿puedo pedirle un favor? Necesito su consentimiento.

—Claro, haré todo lo que haga falta.

—Para poder saber si uno de los posibles culpables en el caso es su exmarido, tendría que hacer una prueba de ADN a su hija pequeña. Guardamos en una base de datos de ADN los restos que encontramos de semen en el cuerpo de su hija. Si los resultados coinciden, tenemos a nuestro culpable.

No prestaba atención a lo que hablaban, en mi cabeza solo se formulaban unas preguntas: ¿podría ser Dunkel el culpable de todos mis miedos y el posible padre de mi hijo? ¿Dunkel me había violado y mi bebé era el hermano de mi pequeña? Toqué mi barriga y deseé que esa reflexión fuera mentira.

—Entonces, ¿qué es lo que debo hacer?

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Tiene tres años, el próximo mes cumple cuatro.

—Entonces, haremos una prueba de saliva. Esta es indolora y simple, la niña no sufrirá y será muy rápido.

—¿Cuáles son los pasos a seguir? ¿Debemos ir a la comisaría o a algún hospital?

—Yo mismo os proporcionaré la prueba. —Después de eso no escuché nada más, saqué el teléfono móvil de mi pequeño bolso y empecé a escribirle.

Durante esos dos meses la amistad que tenía con Kissa se había reafirmado. La chica venía a casa todas las tardes con su novio para saber cómo seguía Dylan y estar conmigo. Nos dimos nuestros números y, a partir de entonces, no paramos de hablar.

—Kissa, ¿puedes venir a buscarme?

Esperé su respuesta y esta no tardó en llegar.

—Addy, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Estoy en el hospital, solo...

—Bien, ahora voy para allí. Cojo el coche y nos vamos a mi casa.

Kissa comprendía cómo era, no necesitaba decirle nada y ella siempre estaba ahí, ayudándome y soportándome. De la misma manera que lo intentaba hacer yo.

Recuerdo cuando llegó a casa llorando, yo me encontraba con mi hermana en su habitación dibujando, los jueves siempre era día de dibujo, había retomado muchas de las cosas que había perdido, pero cuando levanté los ojos y me encontré a una Kissa destrozada, me quedé paralizada. No sabía qué le había ocurrido. Así que me levanté y salí corriendo para poder abrazarla.

Lloraba de manera desesperada, nunca la había visto así. Intentaba consolarla, pero sus lamentos cada vez eran más seguidos. Entonces le dije la frase que mi madre siempre decía: «Si... Siempre vale la... la pena seguir ade... adelante».

Su cara de estupefacción al escucharme hablar valió la pena. Por unos momentos dejó de llorar y se concentró en mí.

—Addy, ¿estás hablando! —expresó de manera entrecortada y con las lágrimas en sus ojos.

—Dy... Dylan me está ayu... ayudando. Me... Me cuesta.

Sí, Dylan me estaba ayudando a volver a hablar. Primero fueron pequeñas palabras, nombres de personas, ciudades o monosílabos; y luego empecé con frases. No le había dicho nada de esto a mi madre, quería que fuese una sorpresa, ella solo pensaba que había empezado a pronunciar pequeñas palabras, no sabía toda la verdad.

—¿Qué... qué sucede? —le pregunté asustada.

—Mi padre, mi padre biológico está muy mal. Mi tía me ha llamado para decirme que está en el hospital y los médicos no creen que le quede mucho tiempo de vida. No sé qué hacer, realmente no sé qué es lo que tengo que hacer.

El tema de su padre era complicado, bastante complicado. La madre de Kissa los abandonó cuando ella nació, no sabía ser madre y no estaba preparada para ello. Se quedaron Kissa y su padre contra el mundo, frase que ella misma me dijo que repetía su padre. Los problemas vinieron después, su padre intentaba hacer todo lo que podía, pero no era suficiente, Kissa necesitaba más. Necesitaba a un padre que la apoyase, un padre que estuviera siempre con ella, sin embargo, siempre estaba ocupado, bebiendo, y poco podía concederle. Y fue ahí cuando Kissa decidió alejarse, irse de la casa de

su padre, probar y empezar una nueva vida.

—Haz... Haz lo que cre... creas mejor, pero lue... luego no te arrepien... arrepientas de no haber he... hecho algo más. —Le dije antes de que me abrazara.

—Me has escuchado incluso cuando tú eras la primera que no se encontraba bien, que no tenía ganas de dar consejos, pero ahí estabas tú.

Kissa, finalmente, decidió ir a verlo, estuvo toda una semana fuera y cuando regresó me contó que su padre había fallecido.

Después de todo ese tiempo que sufrí, entendí que podía pasar todo el día lamentándome, pero que solo conseguiría dos cosas: dañarme a mí misma y a la gente que me ama.

—Ma... Mamá —llamé su atención.

Mi madre dejó de hablar con el inspector y me miró. Rápidamente le enseñé el mensaje y ella comprendió.

—Vale, cariño, nos vemos en casa. Te quiero —expresó dándome un beso en la frente.

—Señorita Adeline, muchas gracias por haber venido. Estamos muy cerca, se lo prometo.

—Gra... Gracias —respondí con sinceridad.

Estaba a punto de salir de aquella habitación cuando volví a fijar mi mirada en aquella chica. Debía hacer algo antes de irme, algo que no tuve yo cuando me ocurrió a mí, una amiga. Me acerqué a ella, escribí en un papel y se lo entregué.

Me estaba acercando a la puerta cuando pude escuchar:

—¡Gracias!

Antes de salir me voltéé para mirarla, intentaba hacer todo lo posible para que la gente se encontrara bien, y le sonreí. Me dirigí a los ascensores y me apoyé en la pared contigua del ascensor, había gente esperando para subir.

De repente, me sentí observada, levanté mi rostro y miré a cada una de esas personas que se encontraban a mi alrededor.

Había alguien que me miraba con mucha atención, un hombre observaba todos mis movimientos y contemplaba interesadamente mi barriga. Un sudor muy frío recorrió mi espalda y nerviosa toqué mi barriga para acariciarla. Entonces, ese hombre clavó sus ojos en los míos y sonrió de una manera

cínica.

¿Quién era ese hombre?

Giró su cabeza en dirección a la habitación donde anteriormente me encontraba, ¿sabía él que esa chica estaba allí?, ¿la conocía?, ¿me conocía a mí? Y cuando regresé mi mirada a ese hombre, él ya no estaba allí.

«Algo no va bien, ese hombre...».

La puerta del ascensor se abrió y entré adentro. Mi teléfono vibró.

—Ya estoy abajo, te espero en el aparcamiento.

Salí por la puerta principal del hospital y me dirigí a dónde me esperaba Kissa. Y allí estaba ella, apoyada en el coche, con unas gafas de sol y un vestido.

Nos encontrábamos a finales de septiembre, pero aún se notaba el calor del verano. Las clases habían empezado hacía unas semanas, sin embargo, no podía decidirme sobre qué debía hacer. Quería estudiar repostería, deseaba que la gente disfrutara con mis postres y se chuparan los dedos con ellos, pero pronto nacería mi hijo y tendría que dejar las clases a medias. No sabía si debía esperar hasta que mi bebé naciera.

—¡Addy! —vociferó Kissa abrazándome fuertemente—. Huy, te estoy apretando demasiado fuerte, lo siento, chiquitín —expresó tocándome la barriga—. ¿Cómo se ha portado hoy?, ¿se ha movido mucho?

—N... No, está muy... muy tranquilo.

—Ven, vamos, te llevaré a mi casa.

Kissa no decía nada, miraba atentamente a la carretera. Tenía miedo. Al cabo de unos minutos, aparcamos delante de su casa.

—Estamos solas, Gabriel ha salido a comprar. ¿Quieres algo de tomar?

—A... Agua.

Miré a mi alrededor, era un apartamento pequeño, pero muy hogareño. Lleno de color, de vida, de ilusión.

—Toma, aquí tienes —manifestó Kissa acercándome el vaso de agua.

—Gra... Gracias.

Nos encontrábamos en silencio, ninguna decía nada, solo nos mirábamos.

—Addy, ¿qué ocurre? Hoy tenías que ir al hospital por nuevas pistas del suceso, ¿no? —La miré fijamente y asentí—. Entonces, ¿qué ha ocurrido? ¿Saben quiénes son?

Negué.

—Hay... Hay otra chica.

—¿Qué dices? ¿Piensan que han sido los mismos?

—Sí.

—Eso significa que los atraparán, pueden hacerlo, Addy. Van a acabar con ellos.

—Tie... Tienen que hacerle una... una prueba a Annie.

—¿A Annie? ¿Por qué?

Saqué el pequeño papel arrugado y se lo entregué.

—¿Qué es esto?

—Lee... Léelo.

—«Romperé tu cuello como un hueso de los deseos y...» —No acabó de pronunciar la oración, su voz se cortó y las palabras se atascaron en su garganta.

—Me... Me conocen. Esos tipos sabían quién era.

—No puede ser, ¿por qué te harían eso?

Toqué mi barriga y noté una patadita de mi hijo.

«¿También estás nervioso, bebé?».

—¿Puedo tocarlo? —preguntó, yo asentí y ella colocó su mano al lado de la mía—. Hola, bebé, soy tu tía Kissa, tengo ganas de verte, pequeñín.

Observé a Kissa, era una buena chica, una muchacha que se lo merecía todo.

—Creen... creen que ha podido ser Dun... Dunkel.

—¿Dunkel? ¿Ese no era el exmarido de tu madre? —Solo pude asentir, bajé la cabeza y observé su mano acariciando mi vientre—. ¿Piensan que ese energúmeno puede ser el padre de tu hijo? Chsss, no pasa nada, Addy —expresó cuando mi respiración aumentó y se volvía arrítmica—. Gabriel y yo estamos contigo y Dylan, preciosa, él está contigo.

—Se... se cansará de mí.

—¿Quién? —cuestionó perpleja la muchacha—. ¿Dylan? No, no lo creo. No sabes cómo lo tienes, chica.

—Ha... ha habido muchos problemas y...

—Perdón —dijo Kissa mirándome—. Perdón por no contarte lo de Norah,

pero no podía.

—No pasa na... nada.

—¿Dylan te ha contado algo?

Estaba preparada para una conversación con él, esperaba que él me diera todas las respuestas, conocía el dicho: «La curiosidad mató al gato, pero murió sabiendo», y yo quería saber. Conocer a la madre de su hija, su historia de amor, su pasado y, sobre todo, saber cómo y por qué se fijó en mí. Eso era lo más importante y difícil de saber, ¿qué había dicho o hecho para que él se fijara en mí?

—Addy, hay muchas cosas que contar. Créeme, me encantaría explicártelas, pero no soy yo quien deba hacerlo. Ha sufrido mucho a lo largo de su vida. Matt, su hija y tú sois lo mejor que le ha pasado en la vida. ¿Recuerdas el día que te comenté que quería darte una cosa? —habló mientras se acercaba a una caja de cartón que se encontraba al lado de la mesa del comedor—. Toma, quería regalárselo a mi mejor amiga, pero ya no puede ser así.

Abrí la caja y mis ojos no creyeron lo que había allí: ropa de bebé. Aparté mi mirada de esa caja y la observé a ella, ¿su mejor amiga? Medité unos segundos y empecé a encajar las piezas de ese rompecabezas.

¿Podía ser eso verdad? ¿Podía ser que la mejor amiga de Kissa fuera la novia de Dylan y la madre de su bebé?

Capítulo 15

El retumbo de la puerta nos hizo alejarnos de nuestro abrazo.

—¡Kissa! ¡Kissa! —escuché gritar en la entrada de la casa y el acercamiento de unas pisadas—. ¡¿Estás aquí?! —vociferó nervioso.

—¡Estamos aquí! —gritó ella en contestación.

Un desesperado y agotado Gabriel apareció frente a nosotras. ¿Por qué estaba así?

—Qué susto, pensábamos que os había pasado algo.

—¿Pensabais?

—Dylan está... —Un Dylan asustado entró en la habitación— aquí.

—Dylan, ¿qué haces aquí? Tendrías que estar descansando.

—Estoy cansado de estar en esa cama —contestó a Kissa—. Addy, pequeña, ¿estás bien?, ¿te ha ocurrido algo?

—Tran... tranquilo, estoy bi... bien —dije colocando mi mano en su mejilla. Las sensaciones que me producían su cuerpo eran tan buenas, me sentía tan bien y protegida. Esa sensación de miedo y repulsión que sentía cada vez que me tocaba, poco a poco, desaparecía. Empezaba a sentirme cómoda con sus caricias.

—Ahora que estoy contigo, estoy calmado.

—Pero ¿qué ha pasado para que os presentarais así? —preguntó la chica a su novio.

—Rebeca ha llamado a casa alarmada, ha preguntado por Matt, ella no...

—Gabriel, ¿qué está ocurriendo? —le tajó su novia.

—Había un tipo en el hospital que ha intentado silenciar a esa chica a la que Addy ha ido a ver.

—¿Qu... qué? —pregunté asustada—. No, ella... ella...

—Tranquilízate, ya está, no le ha ocurrido nada.

—¿Lo han cogido?

—Me temo que no. Se ha escapado cuando el doctor lo ha visto. Han vuelto a perderle la pista.

Mi intuición me decía que ese hombre era el mismo que se me quedó mirando y luego desapareció. Nada pintaba bien.

—Por eso es que hemos llegado así, había la posibilidad de que hubiese ido a por vosotras.

—Addy me llamó y la recogí en el hospital. Venimos aquí y eso —expresó señalando con su cabeza la pequeña caja.

—¿Qué es?

—¿Tú qué crees? —espetó ella a Dylan.

—No habrás...

—No, no he hecho ni dicho nada. ¿Qué creías?

—Chicos, ya, no más —intentó apaciguar la pequeña tensión que se había creado entre ellos.

Miré el pequeño objeto de la discordia entre ellos, la caja.

—Deberíamos irnos, Rebeca debe de estar muy preocupada.

Asentí, me despedí de Kissa y de Gabriel.

—¿Pue... puedo llevármela? —inquirí mirándola antes de salir del lugar.

—Claro, ahora es tuya.

Los chicos nos acompañaron a la salida y la muchacha llamó nuestra atención.

—¡Dylan! —gritó asomándose—. ¡Deberías hacerlo!

Un pequeño silencio surgió entre nosotros, ninguno decía nada. Incluso no le había preguntado si le dolía al conducir.

Me recliné y apoyé mi cabeza en el cristal del coche. Había sido un día agotador y toda esa situación me abrumaba.

Un suave roce hizo que mi piel se erizara. Acarició mi pelo, mi cuello y la dejó en mi vientre. Ese pequeño roce, que ni siquiera había sido una caricia, me hizo estremecerme y transportarme a un lugar donde no hay maldad ni prohibiciones, donde podemos estar juntos, un lugar para los dos.

Miré sus preciosos ojos azules y le obsequié con mi mejor sonrisa.

Aparcó el coche frente a la casa y me ayudó a bajar.

—Pue... puedo hacerlo so... sola.

—Lo sé, pero me siento bien si lo hago —expresó con ¿pena?—. Venga, ve entrando, yo llevo esta caja.

Me acerqué a él y lo besé suavemente en los labios. Me sentaba tan bien hacerlo, eran tersos y tiernos.

Me encaminé hacia la entrada de la casa, pero algo me decía que debía girarme. Y eso hice.

Allí se encontraba un Dylan totalmente diferente al que yo había conocido; un Dylan vencido, exhausto y rendido.

Contemplaba cariñosamente las pequeñas prendas de colores que había allí y las cogía de una manera delicada. Esas prendas tenían mucha historia que contar.

Debía apartar mi cabeza y mis ojos de esa escena, debía ser algo íntimo de él.

—¡Addy! ¡Mi niña, estás bien! Qué mal lo he pasado —manifestó dejando la puerta abierta y después me abrazó.

—Señorita Adeline, ¿cómo se encuentra?

—Bi... Bien.

—No quiero atosigarles con más preguntas. Estamos en contacto, cualquier cosa, sabéis dónde estamos. Dentro de unos días tendré los resultados del análisis, llamaré para vernos.

—Que tenga un buen día —habló mi madre despidiéndose de él—. ¿Y Dylan?

Apunté con mi cabeza hacia el coche.

—¿Qué hace? —Pasé por delante de mi madre y me adentré en la casa, quería dejar pasar esa pregunta.

—¿An... Annie? —manifesté mirando a mi madre.

—En su habitación con Matt. Ya le han hecho la prueba... —comentó con cautela—. Tendrán los resultados en unos días. ¿Qué es esa caja? —preguntó interesada.

Dylan acababa de entrar en la estancia.

—Ro... ropa.

—¿Ropa? —interpeló confusa.

—Se lo ha dado Kissa.

Mi madre se acercó a él con una sonrisa y abrió las tapas de cartón. Al ver lo que había dentro, su cara cambió de repente.

—¿Ropa de bebé?, ¿qué hacía Kissa con esto? —consultó confundida a

Dylan—. Vale... Creo que debo irme.

«Gracias, mamá».

—¿Quieres ir a la habitación? No sé, yo, estaría bien... —Me moví lentamente hacia él, lo miré a los ojos y levanté mis brazos para tirar suavemente de él. Un abrazo siempre ayudaba.

—Estoy a... aquí. —A continuación, cogió mi mano y me llevó hacia su habitación. Cerró la puerta y nos acomodamos en la cama.

—Eres una de las mejores cosas que me ha pasado —susurró apoyando su frente contra la mía—. Mi redentora, mi pequeña Hèloïse.

—¿Y tú mi Abe... Abelard?

—Sí, pero con otro final. —El poema que recitó a continuación hizo erizar mi piel—. «El rosal de ella y de él la savia toma, y mece, confundiéndolos, la brisa, en una misma flor y un mismo aroma, las almas de Abelardo y de Eloïsa» —finalizó mientras me acomodaba entre sus brazos. Acerqué mi oído hacia su corazón, y lo escuché atentamente, funcionaba bien—. Creo que es hora de que te cuente todo.

El momento había llegado, esta conversación estaba pendiente entre nosotros.

—¿Recuerdas cuando te dije que no te alejaras de mí por mi pasado? —Lo miré y asentí—. Iba en serio, tenía miedo de que lo hicieras, por eso he tardado tanto en hacerlo. Todavía lo tengo.

—No voy a... a alejarme de... de ti.

Él cerró sus ojos y, apesadumbrado, comenzó a hablar.

—Nací y crecí en una familia que no me quería. Mi padre pegaba a mi madre y ella no hacía nada. La amaba según ella, eso suena ridículo, ¿verdad? Ese monstruo no amaba a nadie.

En sus ojos pude ver miedo y rabia. Debió de sufrir mucho, ¿cómo había podido vivir tanto tiempo así? ¿Su padre le pegaba? Entonces, ¿quién era Matt?

—¿Matt?

—Él no es mi padre biológico, me adoptó cuando tenía 15 años. Un día llegué a la estación de policía, había sido un día horrible. Los gritos de mi madre se escucharon en todo el vecindario, llamaron a la policía y me vieron ahí abrazado al lado del cuerpo de mi hermana. Ella no, él... —Grandes lágrimas surcaron de sus ojos, sus hermosos ojos se tiñeron de una gran pena

incurable.

—Ya... ya está, ya... ya está. —Me abrazó mucho más fuerte y ubicó su cabeza en mis senos.

—Ese día, Matt estaba allí, la policía lo había llamado, quería ayudarme, pero no se lo puse nada fácil. Pasaron los días, nuestra compenetración se intensificó y acabó adoptándome. Yo era solo otro niño más que necesitaba ayuda, él podía dármela gracias a su trabajo de asistente social, pero acabé ayudándole a él. Éramos un niño y un hombre en busca de una nueva vida y la encontramos juntos.

Matt había sido su bote salvavidas, el nuevo motor que impulsaría su vida. Y lo consiguió.

—Te hi... hizo feliz.

—Me sentí querido, nunca me habían proporcionado muestras de cariño, solo tenía a mi hermana, y ese tipo se ocupó de arrancármela. Tiempo más tarde, murió Ámber, su esposa. Después de ella, no estuvo con otra mujer, bueno, hasta que apareció tu madre.

—Naciste otra... otra vez.

—Exacto.

—¿Has... has vuelto a ver a tus... tus padres?

—No quiero saber nada de ellos, me destrozaron. —Después de esa palabra hizo una gran pausa—. Aquí va

—susurró para sí mismo, pero pude escucharlo—. A los quince años conocí a una chica, Viorna. Todo empezó como un amor de verano, no obstante, fueron pasando los meses y me enamoré como un loco de ella. Qué tonto fui. Me lo quitó todo, pero también me dio a lo más hermoso que tengo, a Norah.

—¿La ro... ropa era suya?

—Viorna y Kissa eran mejores amigas. Siempre estaban juntas, se lo contaban todo, aunque también cambió con ella. La ropa que hay dentro de esa caja la compró Kissa a lo largo del embarazo.

—¿Por... por qué no la tiene e... ella?

—Cuando se enteró de que estaba embarazada, se transformó. Mintió e inventó muchas cosas. De la noche a la mañana, me dejó, yo no entendía qué ocurría, era un crío de diecisiete años. Hasta que la

policía me vino a buscar.

—¿CÓ... cómo?

—Viorna había dejado a nuestra hija en un centro, la dio en adopción y ya era demasiado tarde. No me dejaron ver a mi hija, no pude tocarla, no pude hacer nada. Continué luchando por ella, he conseguido mucho, ya casi tengo su custodia.

—Dy... Dylan, eso es genial —expresé con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí. —Antes de continuar secó rápidamente una lágrima silenciosa—. He estado luchando casi tres años por ella y siempre lo voy a hacer. Ella sabe que pronto podrá estar conmigo.

—¿Qué ocurrió con... con ella?

—¿Viorna? —asentí y él respondió—. Se suicidó.

Ya había escuchado suficiente, ahora entendía muchas cosas y todo tenía sentido.

Dylan se movió del lugar donde estaba y aproximó su cara a la mía.

—Te quiero, Addy.

Lo había dicho, era la primera vez que me decía esas palabras, yo también sentía lo mismo por él.

—Yo tam... también te quiero.

Aproximó sus bonitos labios a los míos, primero fue un pequeño roce y lentamente se convirtió en una feroz lucha entre ellos.

Mi cuerpo ardía, nuestros alientos se mezclaron y se entrecortaron.

Cerré los ojos ante las suaves caricias de él, estaba lista, sabía que podía hacerlo.

—Mírame, Addy —pidió Dylan—. Mírame, pequeña, soy Dylan. Estoy aquí, contigo, soy yo —manifestó proporcionándome pequeños besos en mi clavícula.

Ahora lo sentía, era él, solo él, y nadie más estaba aquí. Ellos no estaban aquí

Podría disfrutar sabiendo que nunca llegaría un dolor tan grande como sentí aquel día. Hoy debía haber sido mi primera vez, todos estos sentimientos que me estaba concediendo mi cuerpo y el de él eran nuevos para mí.

Su piel era suave y la cercanía de nuestros cuerpos era como un cálido

oleaje.

Los movimientos suaves, nuestros besos y caricias fueron los testigos de lo que pasó en aquella habitación.

Capítulo 16

Me sentía muy feliz, no podía creer que eso me estuviera pasando a mí. Había sido tan cálido conmigo, me pronunciaba palabras bellas y acariciaba todo mi cuerpo.

Levanté la cabeza y lo contemplé con una gran sonrisa, continuaba aquí a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó asustado—. ¿Te he lastimado?

—No, estoy bi... bien. Estoy me... mejor que nunca —expresé acariciando su terso cuerpo con las yemas de mis dedos.

—Ven aquí, pequeñaja —habló mientras me proporcionaba cosquillas en todo mi cuerpo.

No podía parar de reír, me sentía tan viva, viva de verdad.

—¡Par... para! ¡Pa... para! —Intentaba deshacerme de sus manos, reía y reía, pero noté una pequeña patada que provenía de mi vientre. Alguien también tenía ganas de jugar.

—Él también quiere formar parte del juego —dijo divertido acariciando mi vientre.

Me gustaba estar así con él, hacía tiempo que deseaba estar así.

—¿Qué es esto? —manifestó cuando cogió la pequeña libreta de colores que le extendía.

Hacía años que había comprado ese cuaderno, después de nuestra huida, porque eso había sido, había decidido empezar de cero y escribir mis sentimientos me ayudó.

—Es... escribo sobre las... las cosas que me ocu... ocurren.

—Vaya —expresó impresionado mientras pasaba las páginas—. ¿Aparezco en ellas?

—No.

—¿No?, ¿por qué? —cuestionó interesado mirándome fijamente.

—Por... porque toda... todavía no... no eres un pasado —respondí nerviosa.

—¿Y eso qué significa? —preguntó interesado.

—Que si... sigues en mi vi... vida. Permaneces a mi la... lado.

—Addy, mi pequeña, quiero continuar aquí, contigo, los dos juntos —manifestó acariciándome deseoso—. Podemos, podemos hacerlo —afirmó con los ojos cerrados.

Sabía lo que intentaba decir con esas palabras.

—Sí, lo... lo haremos.

—¿Te apetece venir conmigo? —inquirió separándose un poco de mi cuerpo.

—¿A... a dónde?

—Mañana me han dado dos horas para visitar a Norah. Quiero que me acompañes.

—Yo... Yo no puedo —contesté nerviosa—. No creo...

—Deseo que estés allí conmigo. Me gusta verte junto a Norah.

—¿No di... dirán nada? —Temía que aquellas personas me reprocharan algo, era una chica de dieciséis años, embarazada, que acudía a un centro de menores.

—Nadie, escúchame, Addy —habló cogiéndome mi rostro y acercándolo al mío—. Nadie va a decirte o hacerte algo, estoy aquí.

Observé sus labios, deseaba besarlos, me encantaba dibujar con mis dedos su contorno.

Acerqué mi rostro al suyo y aprisioné fuertemente mis labios, él hizo lo mismo, y, lentamente, mi desespero aumentó. Cerré mis ojos y gemí fuertemente.

—Ya está, ya está —susurró besándome repetidamente en mis labios e intentando suavizar mi desespero.«Tranquilízate, todo va a salir bien».

—Addy...

—Sí, iré con... contigo.

—¡Muy bien! —exclamó con una gran sonrisa—. Venga, vayamos a cenar, es tarde.

—¡Addy! ¡Addy! —escuché una melodiosa voz cerca de mi cara—. ¡Va, despierta!

Annie estaba allí, saltando encima de la cama con su pijama de, ¿qué era eso? Ese no era el pijama que acostumbraba a llevar, ¿dónde había dejado sus princesas?

Giré hacia su dirección y abrí mucho mis brazos para que se abrazara a mí, y así lo hizo.

Escuchar su maravillosa sonrisa hacía que mi día empezara de la mejor forma.

Ese era el mejor momento para demostrarle que volvía a hablar, que intentaba hacerlo de la mejor manera.

—Bue... Buenos días, prin... princesa.

La niña se movió rápidamente de entre mis brazos y se sentó en la cama observándome.

—¡Addy, estás hablando! —vociferó alegre.

—Sí, pe... pero es un se... secreto, ¿vale? No se... se lo digas a ma... mamá. Voy a darle una... una sorpresa.

—Estaré callada —expresó pasando sus deditos a lo largo de los labios en imitación de cerrar una cremallera—. Será nuestro secreto.

—So... solo nuestro.

—Es hora de desayunar. Te he preparado tu postre favorito, ¡bizcocho de zanahoria y chocolate!

—Eres la... la mejor. —Cogí a mi hermana en brazos y ella reía sin parar.

—¡No! —gritó riendo intentando apartar mi mano que intentaba hacerle cosquillas.

—Chicas —manifestó mi madre con una sonrisa—. ¿Qué hacéis? —habló y miró feliz a Matt.

—Addy no para de hacerme cosquillas. Yo no hago nada —disimuló mi hermana.

—Mira lo que tu hermana te ha preparado.

Me acerqué al bizcocho recién hecho y mi bebé dio unas pequeñas patadas, este acto lo había repetido varias veces y me encantaba hacerlo, lo notaba tan cerca de mí, así que lo toqué.

—¿Se ha movido? —indagó interesado.

—Sí —contesté conmovida.

—¿Puedo?, ¿puedo tocarlo?

Me acerqué a él y nerviosa cogí su mano para acercarla a mi redonda barriga.

—¡Oh! —clamó enternecido.

—Buenos días, familia —habló Dylan asomándose por la puerta.

—Buenos días —exclamaron los demás.

Yo estaba, ¿nerviosa? Sí, eso era, me encontraba angustiada. ¿Querría seguir con esto?

—¿Has notado al bebé? —curioseó Matt—. Es increíble.

Dylan se aproximó y se arrodilló ante mí. Cogió mi cintura, la aproximó hacia él y apoyó su oído en mi vientre.

Matt y mi madre nos miraban atentos, ellos sabían de nuestros sentimientos, pero nunca los habíamos demostrado delante de ellos, esta era la primera vez.

—Hola, bebé. —El bebé parecía que reconocía su voz y reaccionó ante su voz—. Sí, soy yo —dijo acariciándolo—. Nos quedan muchos días juntos y vamos a estar unidos. —Sí, sabía que esta situación no la había podido vivir con su propia hija y eso me conmocionaba; una silenciosa lágrima floreció y la intenté borrar lo antes posible.

—Dylan, se te hará tarde —habló Matt—. Come algo antes de irte.

—Prueba el pastel de zanahorias, lo he hecho yo —expresó Annie.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó feliz a Annie.

—Sí, es el favorito de Addy.

El chico clavó sus ojos en los míos y cogió uno de los trozos.

—Está buenísimo, Annie —declaró después de darle varios mordiscos.

Estaba de acuerdo con él, el pequeño pastel estaba delicioso. En aquel momento, no sabía el porqué, contemplé a mi hermana. Llevaba a su pequeña conejita en brazos, ¿en qué momento la había cogido? Y se me ocurrió una idea.

Comí otro trozo de pastel y, cuando iba a levantarme, escuché a Dylan pronunciar:

—¿Nos vamos?

—¿Vamos? —cuestionó interesada mi madre.

—Addy vendrá conmigo.

—¿Puedo venir con vosotros? —preguntó Annie.

—Annie, mi niña, no creo que sea lo mejor... —respondió con precaución mi madre.

—No, tranquila, Rebeca, Annie puede venir. A Norah le encantará.

—¿Vamos a ver a Norah?!

—Sí, preciosa. Venga, es hora de irnos.

Debía cogerlo antes de irnos, sentía que era lo que tenía que hacer.

—¿A dónde vas? —interpeló Dylan interesado al ver que subía las escaleras.

Me aproximé a la pequeña caja y busqué entre la ropa. Lo había encontrado la noche anterior después de la cena.

Después, busqué en uno de los cajones de mi tocador y saqué una pequeña bolsita de colores. Lo guardé y bajé las escaleras.

Salimos de la casa y nos dirigimos hacia el coche de Dylan.

Annie abrió la puerta del automóvil y Dylan la ayudó a abrocharse.

Ahora podía entenderlo, esa sillita que tantas preguntas me había ocasionado era de su hija.

Me senté en el coche y él hizo lo mismo.

—¿Qué llevas ahí? —cuestionó Dylan interesado en la bolsa.

—Una... Una sorpresa.

No dijimos nada en todo el camino, sin embargo, escuchábamos constantemente a Annie cantar.

—Pues ya estamos aquí —declaró sin saber qué hacer.

—¿En... entramos? —interpelé rozando su brazo dándole apoyo.

—Sí.

Annie se desabrochó el cinturón y abrió la puerta.

—Annie, espera —habló Dylan—. No puedes salir así.

—Lo siento, mamá siempre me lo dice.

—No importa, ven aquí —articuló agarrándola y cogiéndola en brazos—. Es hora de ver a Norah. —Dylan tomó mi mano y nos encaminamos hacia la puerta principal del edificio.

Puedo decir que ese lugar me sorprendió, estaba decorado con varios salones llenos de cuentos, juguetes y pizarras donde los niños escribían. Algunos asientos que había podido observar poseían formas de coches, motos o ponis. No obstante, lo que más me había llamado la atención fueron los increíbles colores.

—Hola, buenos días, venía a ver a Norah Brown. Tenía cita para hoy.

—Buenos días, claro, déjeme ver en el ordenador. —La mujer tecleó ágilmente las teclas y en cuestión de segundos nos dejó pasar—. Acompañadme.

La mujer nos guio hacia una habitación.

—La señora Adams está con ella. Adelante.

—Muchas gracias —manifestó Dylan antes de que esa mujer se fuera.

—Ve... Ven —le dije a Annie cogiéndola en brazos para que Dylan abriera la puerta tranquilamente.

Giró el pomo de la puerta y la abrió. El grito de la pequeña sonó en toda la habitación.

—¡Papi! —vociferó abrazándolo.

—Mi niña, ¿cómo estás? —A la niña parecía que se le iluminaban los ojos cada vez que veía a su padre, merecían estar juntos, merecían formar su familia muy lejos de esto.

—¿Pupa? —preguntó inocentemente tocando por encima del jersey el lugar donde estaría la herida.

—Papá ya está bien, ya no le hace pupa. ¿Estabas preocupada, cariño?

La pequeña asintió y cogió a su padre entre sus pequeños y delgados brazos e intentó abrazarlo.

Noté un estirón en mi brazo, bajé la mirada y Annie estaba intentando llamar mi atención.

—No me gusta —expresó mi hermana seria.

—¿Qui... quién no te gusta? —pregunté confusa.

—Esa mujer, nos está mirando. —Me di la vuelta y contemplé a esa mujer, la señora que siempre cuidaba a Norah, nos estaba mirando con esos ojos que tanto odiaba, esos ojos que había visto durante todo mi vida, la aflicción.

—No... No pasa nada. He... Hemos venido por... por Norah.

—¡Annie! —balbuceó la niña acercándose a ella sonriente.

—¡Norah! —vociferó ella dándole un abrazo—. He traído a Lía bebé —le explicó mi hermana sacando a la nueva conejita.

En ese momento, recordé la tierna foto que Kissa me había pasado hacía tiempo, ellas dos juntas durmiendo abrazadas al peluche. Cuando las niñas se separaron, Norah se percató de mi presencia. Su cara pasó de confusión a

asombro. Vi cómo la niña comenzó a correr por la habitación y paró en un pequeño rincón donde tenía guardados muchos dibujos. Muchas veces me había preguntado si la pasión que tenían los niños para la pintura era normal. Desde que Annie nació, la pequeña siempre me pedía un papel y colores para dibujar. Y ahora veía que la pasión de Norah era la misma. Supongo que era una buena forma beneficiosa de desarrollarse y de estimularse. La niña trajo un hermoso dibujo lleno de colores y de formas.

—Mira —manifestó feliz enseñándomelo.

En aquel papel había tres formas diferentes que se asemejaban a personas. Interesada, le pregunté por ellas.

—Qué... qué bonito. ¿Qui... quiénes son?

—Papi, yo, mami y el bebé —habló a la misma vez que iba señalando las formas—. Tú. —Norah tocó mi vientre con sus manos y me miró, entonces me di cuenta de lo que intentaba explicarme, ella creía que yo era su madre. Yo no podía decir ni hacer nada, era Dylan quien debía hacerlo.

—Es muy... muy bonito.

Dylan hablaba con aquella señora y no se percató de nuestra complicada conversación.

—Te... tengo algo para ti. —Cogí la bolsa y se la entregué.

La niña cogió el papel y contenta lo rompió. Su cara de regocijo me dijo que había hecho bien en hacerlo.

—¿Te... te gusta?

—¡Sí! —Corrió hacia su padre y se lo enseñó—. ¡Papi! ¡Papi!

Sabía que Dylan conocía ese peluche, conocía todo lo que había dentro de esa caja.

—Qué vaquita más bonita. —La vaca era bicolor, tenía la cabeza, un brazo y un pie de color gris y a rayas; mientras que la otra parte era blanca a topos. También poseía un lazo rojo en la cabeza y de su barriguita salía un pájaro—. ¿Te gusta?

Norah asintió.

—¿Le has dado las gracias? —cuestionó su padre.

—No. —Vino corriendo hacia mí y abrazó mis piernas—. Gracias.

La acaricé y, cuando alcé mis ojos para ver a Dylan, pude divisar un «Gracias» de entre sus labios.

La visita se hizo muy corta, todos habíamos disfrutado, pero ahora venía la peor parte, separar a dos personas que se amaban.

—Norah, debemos irnos.

—¡No! —chilló la niña desesperada.

—Te... te prometo que vendré la se... semana que viene —declaró acongojado, las palabras se atascaron en su garganta.

—¡No! —Repitió la pequeña agarrándose a su padre.

—Norah —expresó él cerrando sus ojos y abrazando a su pequeña fuertemente—. Pronto, muy pronto vamos a estar juntos. No me voy a separar nunca más de ti. Pero ahora debo irme y tú debes quedarte aquí. Por favor, mi niña... yo.

Los ojos de Dylan estaban enrojecidos.

—Norah, tu papá va a volver. Ven aquí conmigo. —La mujer intentó agarrarla, sin embargo, la niña se sujetó mucho más fuerte a su padre.

Tenía que hacer algo, intentar que la pequeña entendiera que su padre iba a volver a por ella, que nunca la abandonaría. Me arrodillé hasta su estatura y le susurré al oído.

—No... Norah, papi va a venir pronto... pronto a por ti y An... Annie y yo también ven... vendremos. Vivirás con... con tu papá y conocerás al bebé.

—¿Sí? —cuestionó la pequeña con los ojos llenos de lágrimas.

Acerqué mi mano a mi cuello, era un objeto muy importante para mí, pero sabía que estaba haciendo lo correcto, y lo desabroché.

—¿Lo... lo recuerdas? —expresé enseñándole el medallón del caballo.

La pequeña asintió y yo continué hablando.

—Es... esta va a ser nues... nuestra promesa. Cu... cuando nos vol... volvamos a encontrar, me lo... lo darás. Así estaremos jun... juntas.

Capítulo 17

—¡Feliz cumpleaños! —gritamos todos a la vez.

Era el cumpleaños de Annie, cumplía cuatro años, y decidimos organizar una gran fiesta de disfraces en casa. Todos los amigos de Annie, que había hecho en la escuela, vinieron. Estaba contenta y entusiasmada con la celebración, porque ver la cara de felicidad de mi hermana era lo más importante.

Corría de un lado al otro de la casa, imitaba los pasos que esa superheroína de sus dibujos hacía y gritaba sin parar. Mi hermana había dejado las princesas y ahora seguía a esa chica adolescente que se convertía en superhéroe. Bien hecho, Annie.

—¡Coge mi regalo! —expresó una de las niñas entusiasmada.

Mi ratoncita abría con una gran sonrisa los regalos y eso era «ser», porque nos pasamos la vida entera pensando en los «y si...» y en los «qué dirán». Siempre importando más las apariencias que la felicidad y nuestras ganas de hacer lo que queremos acaban rotas. Debes luchar por lo que te hace feliz, por aquello que hace revolver a tu estómago, aquello que duele y te hace feliz. Porque siempre prometía no defraudar para que se quedaran, sin embargo, durante este tiempo comprendí que a mi vida iban a llegar siempre nuevas personas. Personas que cambiarían y modificarían mi vida y mis ganas. Debes vivir de verdad y, sobre todo, vive por y para ti, para que cuando seas viejo no te arrepientas de nada. Importa lo de dentro, saber que estamos aquí de paso, no arrepentirte de nada y yo estaba segura de una cosa, no me arrepentía de lo nuestro ni de mis decisiones.

Mis ojos se fijaron en él, bajaba las escaleras y se aproximaba a nosotros, en su espalda guardaba un gran regalo envuelto en un papel de colores. Se posicionó a mi lado, me proporcionó un pequeño beso en mi cabeza y extendió el regalo a mi hermana.

—Annie, aquí tengo tu regalo. De parte de Norah y de mí. —Mi pequeña con solo escuchar el nombre de esa niña se le iluminaron los ojos. La conexión que había entre ellas era impresionante—. Espera, espera, te ayudo. —El paquete era demasiado grande y mi hermana no podía sujetarlo sola, así que Dylan lo dejó encima de la mesa.

—¡Qué bonita! ¡La quiero poner ya! —gritó emocionada después de romper el papel—. ¿Me ayudas a ponerla?

Impresionada miré a Dylan, le había comprado una cama elástica, y él intentó darme una sonrisa. ¿Qué ocurría?

—Después de la tarta te ayudaré, también necesitas «al manitas» de Matt para esto.

—¡Corre, mamá, corta la tarta! —vociferó la pequeña a mi madre que se encontraba con los platos en la mano.

—Annie, un momento. ¿No se te olvida algo? —habló mi madre regañándola.

Mi hermana confundida observó a mi madre.

—Cuántas veces tengo que decirte que cuando alguien te regala algo se dice gracias. Creo que Dylan se merece un abrazo tuyo —expresó mi madre divertida.

—Muchas gracias, Dylan. —Se abalanzó contra él y lo abrazó muy fuerte—. Muchas gracias.

—De nada, sabes que eres muy importante para mí —respondió con los ojos cerrados y la cara contraída.

Sabía que estaba ocurriendo algo, no podía comprender qué era, pero sabía que las cosas no iban bien.

A continuación, Annie se alejó de Dylan y él se alejó de la sala sin decir nada. Asustada contemplé a mi madre y pude ver cómo gesticulaba y me señalaba con sus ojos en su dirección:

—Ve, Addy.

Me levanté de la silla en la que estaba sentada, mis piernas y mis tobillos me estaban matando, estaban mucho más hinchados que el mes anterior. Además, había aumentado de peso y eso originaba más cansancio; y cogí la botella de agua que llevaba a todas partes, constantemente notaba una sensación de sed.

Busqué por toda la casa y no lo encontré hasta que me paré al lado de una de las cortinas que daban a la calle. Y allí estaba, sentado en el suelo con la cabeza gacha, las piernas cruzadas y las manos sobre sus rodillas, escondiendo su rostro.

Me acerqué lentamente hacia él y me senté a su lado con la cabeza mirando enfrente. Podía escuchar sus silenciosos sollozos.

Pienso en todas esas veces que me quedé con la boca llena y con las palabras en la lengua, imaginándome aquello que quería decir y que no dije. Solo necesitaba mirar a los ojos y decir, hablar sobre lo primero que se me pasara por la cabeza, a veces es demasiado tarde.

—Siem... siempre me tendrás, pase... pase lo que pase —le dije sin apartar los ojos de delante.

Noté cómo sus brazos me apretaron, cómo recorría mi cuerpo con ellos, cómo depositaba besos y caricias en cada resquicio de mi piel. Sentí su respiración entrecortada en mi mejilla.

Sus nudillos estaban blancos de tanto apretar y sus gemidos de dolor no cesaban.

—Voy... voy a estar.

Besé cada rincón de su rostro, quería que tuviese en cuenta que había venido para quedarme.

Los segundos parecían minutos, cada uno de ellos contaba de una manera importante. Ninguno de los dos decía nada, hasta que Dylan habló.

—No quería que esto acabara así.

—¿A... acabar? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Debo irme de la ciudad.

—¿C... cómo?, ¿por... por qué?

«Por favor, dime que esto no está pasando».

—Lo siento, pequeña, lo siento mucho. Yo... quiero que sepas que te quiero, que..., dios, había reproducido durante todos estos días cómo decírtelo y ahora me doy cuenta que suena ridículo —manifestó cabreado.

—¿Es... es Norah? —Sin poder mirarme asintió—. Puedo ayu... ayudarte.

—Es complejo, Addy, la señora Adams llamó, no puedes hacer nada.

—¿Qué di... dijo?

—Una familia quiso adoptar a Norah, no sé cómo fue, solo la vieron hablar y jugar con los niños del centro y se enamoraron de sus ojos. Hablaron con la señora Adams y si quiero tener la custodia de mi hija debo irme.

—¿E... ella está de a... acuerdo?

—Necesito encontrar una casa únicamente para mí y la niña. Tienen que ver que puedo mantener a mi hija, empiezo a trabajar en unas semanas. No te lo dije antes, ya que me llamaron el mismo día en que todo esto ocurrió.

—Pero... pero puedes quedarte. Yo... yo te ayudaría con la ni... niña.

—El trabajo es en una ciudad a 100 kilómetros de aquí. Addy, los requisitos de edad para adoptar a un niño son flexibles, no obstante, las parejas que adoptan y lo hacen con éxito suelen estar en los veinticinco. Tengo veinte años, si no hago esto, nunca la voy a recuperar. ¿De verdad creías que podríamos hacer esto juntos?

—Yo... yo solo...

—¿Tú solo qué, Addy?!

Lo miré incrédula, no podía entender su posición, ni siquiera podía llegar a sentir lo que él experimentaba en ese momento, pero estaba siendo demasiado duro conmigo. Yo solo quería cuidar de su hija, de él, como lo habíamos dicho.

—Te... te quiero, Dylan, quiero ayu... ayudarte, pero no me de... dejas.

—En este momento, el querer no sirve de mucho —espetó frustrado.

—Eres un... un... —No pude terminar la frase, todo esto me estaba superando. Sentí una nueva patada de mi bebé.

—¿Soy un qué?! ¡Dímelo, quiero que me lo digas! Lo estoy perdiendo todo, siento cómo cada cosa que he querido en mi vida se me está escapando por la punta de mis dedos. ¡Dímelo! —vociferó desesperado.

—Ha... haces que quiera me... mejorar cada día. Tú e... eres mi bote y mi... mi benefactor.

—Addy, para —manifestó intentando apartar mi mano.

—No... no existe na... da imposible entre no... nosotros —dije intentando que comprendiera.

—Este es nuestro gran «imposible». —Finalmente pudo quitar mi mano de entre las suyas—. Quiero decirte... —Un bufido desesperado surgió de su garganta—. Quiero decirte que, si pudiera vivir mil veces, mil veces repetiría esta historia contigo. Me gustaría haberte demostrado mucho más tiempo que te quería. Lo siento.

Acercó su rostro al mío, nuestras cabezas cada vez estaban más cerca y la inclinó un poco. Cerré mis ojos, mis pulsaciones aumentaron, sabía que era un beso de despedida. Cuando nuestros labios chocaron, fue suave y lento, ninguno de los dos quería parar.

Mis sollozos y sus quejidos se mezclaron, éramos dos cuerpos sedientos que necesitaban su sistema para sobrevivir.

El beso se volvió más rudo e intenso y nuestras manos se sujetaban firmemente, tenían miedo de perder a lo único verdadero que habían tenido durante mucho tiempo.

—Addy, déjame, te lo suplico. De esta manera todo va a ser más fácil.

Debía entenderlo, nunca haría nada que le hiciera daño, porque mi corazón se deja llevar como el viento.

Me separé de él y lo miré a los ojos, una lágrima recorrió el contorno de mi cara.

—Adiós, Dy... Dylan. —Y sin esperar una respuesta de su parte, salí de allí corriendo y subí las escaleras.

Abrí la puerta de mi habitación y me tumbé en la cama, encogida sobre mí misma, abrazándome las rodillas. El tiempo pasaba a mi alrededor, yo no me movía, ni siquiera las hojas de los árboles que veía desde la ventana de mi habitación lo hacían. Todo se había parado.

—¿Adeline? —interpeló mi madre asustada en el otro lado de la habitación.

La puerta se abrió y yo continuaba estática tumbada en esa cama.

—¿Qué ha ocurrido? Te he visto a ti correr hacia la habitación y a Dylan marcharse con el coche.

—Lo... lo nuestro ha ter... terminado. —Había esperado tanto tiempo para enseñarle a mi madre que podía hablar y lo hice justo en ese momento—. Pue... puedo hablar otra vez, e... era una sorpresa.

—Oh, cariño —manifestó mi madre dolida—. Puede parecer que al principio duela y que no sane, pero acabará curando, aunque escueza.

Contemplé su hermoso rostro, qué guapa era y sus ojos, que antes siempre lloraban por *él*, ahora brillaban. Hacía mucho tiempo que no la veía así, su ropa y ese vestido rojo que tanto tiempo hacía que no se lo ponía, ahora reluce en su cuerpo.

Siempre había parecido una persona frágil, pero era fuerte y serena, alguien que no merecía sufrir, ya había tenido bastante en esta vida. Mi madre era una de esas personas de acero inolvidable.

—Dylan se... se va de la ciu... ciudad, puede perder a... a su hija.

—Vamos a superarlo, ¿verdad que sí? —Observé su fino rostro y asentí—. Bien, ahora debo ir abajo, Annie está agitando un poco a Matt con lo de la cama elástica. Vendré más tarde.

—Va... vale.

Mi madre se levantó de mi cama y me dejó un beso en mi mejilla.

—Descansa.

Moví mis piernas y estiré mis brazos para coger la pequeña libreta. Era hora de escribir, otra vez había perdido a alguien en mi vida.

Los minutos fueron pasando, me encontraba absorta en mi papel, había demasiadas cosas que explicar y expresar, mas unos gritos me sacaron de mi pequeña burbuja.

—¡Annie! —No paraba de escuchar el nombre de mi hermana, algo no iba bien.

Salí corriendo de la habitación y sofocada bajé las escaleras.

En la planta inferior estaba Kissa, Gabriel y ¿César? ¿Dónde estaba Dylan?

—¿Qué... qué ocurre?

—Es Annie, no aparece. Estaba con todos los niños, estábamos poniendo la cama elástica. No sé qué coño ha pasado —voceó Matt.

—De... debemos bus... buscarla. Tal vez...

—Dylan ha salido en su busca, lo mejor será separarnos, de esta manera la encontraremos antes —explicó Matt—. Addy, quédate en casa por si vuelve.

—¡N... no! Yo tam... también quiero ir.

—Es peligroso —habló mi madre.

—Iré, no... no me quedaré aquí en... en casa sin hacer nada.

—De acuerdo, pero alguien irá contigo. No te dejaré ir sola —concluyó mi madre.

—Venga, vámonos, Addy —manifestó Kissa agarrando mi mano.

—Tened todos los móviles a mano, cualquier cosa llamad —habló Matt sujetando a mi madre.

Empezaba a oscurecer, las calles cada vez estaban más desiertas y el rastro de Annie poco a poco iba siendo nulo.

—¡An... Annie! —gritaba sin parar, mi voz cada vez se encontraba más cansada y apagada.

«Debes aparecer, mi niña».

Mi cuerpo cada vez pesaba más, estaba fatigada, pero nada podía conmigo, debía encontrarla.

—Ki... Kissa, voy a ir por es... esta calle. Nos en... encontraremos al final de... de esta.

—Debemos seguir juntas.

—So... solo va a ser un... un momento. Por fa... favor, no me va a o... ocurrir nada.

Pero lo que yo no sabía era que esas simples palabras me afectarían de manera destructiva a los pocos segundos. Cuando esos dos encapuchados salieron de ese pequeño portal con mi hermana en brazos, todo recobró sentido.

Ellos lo habían organizado todo, Annie también era una ficha de su juego, otro peón para poder llegar a la reina. ¿Era yo la dama que querían matar o era un peón valioso que les conduciría a ella?

—Entra —habló seriamente uno de ellos—.

Mis pies parecían que estuvieran pegados en el suelo, no podía moverme.

—¡Entra, maldita sea! —gritó el otro agarrándome del pelo—. Por fin te tengo aquí, qué gusto. Ya sabes quién soy, ¿verdad?

Negué con desesperación, no quería creer que fuera él.

—Claro que sí que lo sabes. Tus amigos los policías han hecho un buen trabajo.

—¿Dun... Dunkel? —pregunté entrecortadamente llena de miedo.

—Hasta recordaste mi nombre. Qué bonito reencuentro —expresó riéndose—. Los dos juntos otra vez, siempre me gustaste más que tu madre.

—De... deja a mi her... hermana en paz. —Annie estaba en brazos de ese otro hombre, con la boca tapada y sin poder hablar, lloraba sin cesar.

Dunkel se acercó peligrosamente, sacó una navaja de su bolsillo y la situó en mi cuello.

—Nos divertimos mucho la otra vez contigo, queríamos repetir, pero nos encontramos con un pequeño regalo. —Movié su cuchillo en el confín de mi espalda y seguidamente hacia mi vientre. Cerré los ojos fuertemente.

—Por fa... favor, no me ha... hagas daño.

—Tranquila, preciosa, el único que te hace daño es él —manifestó tocando mi barriga.

—No... no le hagas na... nada.

—Eres muy egoísta, lo quieres todo y no puede ser. Debes elegir, el

engendro o tu feto.

¿Qué clase de humano era él? Frío, dañino, controlador, vengativo...

—No... no voy a... a elegir.

—¿Sabes que ya lo has hecho? —dijo sonriendo.

Apartó el cuchillo de mi vientre y antes de acercarse a su compañero le dijo:

—Ya sabes qué hacer.

Se aproximó a mí, me arrodilló delante de Dunkel y me volvió a preguntar:

—¿Qué vida prefieres? —Cogió a Annie entre sus brazos y le quitó la venda de su boca—. ¿Quieres a tu hermanita?

—Addy —balbuceó con sus ojos lagrimosos.

Ella siempre había sido mi princesa, mi pequeño salvavidas, la niña de mis ojos.

—Annie, quie... quiero a Annie —expresé agotada.

—Antes que nada, quiero decirte una cosa. Le prometí a vuestra madre que os iba a encontrar, juré que cuando os volviera a ver os destrozaría. Lo he hecho y de una manera lenta y perfecta. He estado jugando a un juego con vosotras, lo he pasado muy bien. Licht, sujétala.

—E... eres cruel.

—Gracias. —Acto seguido, tiró a mi hermana al suelo, me miró a los ojos y antes de clavar su cuchillo me habló—. Jaque mate, Rebeca.

Capítulo 18

—¡Addy, mírame! —No sabía en qué momento Kissa había llegado a mi lado, solo podía escuchar los gritos encolerizados de Annie.

Mis ojos cada vez se encontraban más pesados, una sensación de sosiego recorría todo mi cuerpo. El dolor ya casi había desaparecido.

—¡Mierda, has perdido mucha sangre! ¡Annie, ven aquí!

Sollozos y más sollozos, ella estaba atemorizada.

—Tranquila, Annie, se va a poner bien. Pronto vendrá la ambulancia, pero necesito que hagas todo lo que yo te pida, ¿de acuerdo?

—Addy. —Empezó a decir mi pequeña apoyando su frente contra la mía, mis pulsaciones eran demasiado lentas, intentaba aguantar todo lo que podía —. Voy a quedarme aquí contigo, no te va a pasar nada.

—Pon tus deditos aquí, Annie, aprieta todo lo que puedas para que no salga tanta sangre.

—¿Así? —Un cosquilleo peregrinó por ese cuerpo extraño que minutos atrás había sido el mío, sus dedos estaban demasiado calientes para él.

—Muy bien, continúa haciéndolo, intentaré llamar a Gabriel.

—Estás muy fría, Addy —manifestó ella preocupada—. Te abrazaré para que no tengas tanto frío.

—¡Gabriel! ¡Corred, tenéis que venir! Han atacado a Addy, está muy grave. Llama... llama a Dylan. —En ese momento mi cuerpo intentó resolver su suplicio.

—¡Addy! —vociferó mi hermana—. Kissa, mi hermana está cerrando los ojos.

—¡Mierda! ¡Estamos en la primera calle que hay delante del parque cerca de la casa de Addy! —Kissa cortó la conversación y corrió hacia mi dirección —. Addy, Addy. —Con las puntas de sus dedos rozó mi rostro para intentar que volviera a abrir mis ojos—. No te vayas, no, no voy a permitirte. Como te ocurra algo, me voy a enfadar mucho contigo —expresó llorando.

—¡Es aquí! —Se escuchó vociferar cerca de donde estaba—. ¡Corre! Trae la camilla, está muy mal.

—¡Bien! —respondió otra voz desconocida.

—¿Vosotras estáis bien? —cuestionó sobrecogido al ver tanta sangre en aquel portal.

—Sí, estamos bien. Por favor, salvad a su hermana.

Uno de los paramédicos trajo la camilla y la posicionó junto al lugar donde estaba yo tumbada. Después revisaron mi respiración y el pulso.

—Señorita, ¿me oye? —El ayudante puso el oftalmoscopio delante de mis ojos, únicamente pude pronunciar un pequeño alarido—. Debemos proceder lo antes posible.

Aplicaron presión firme sobre la herida con varias gasas. Más tarde, utilizaron un relleno muy grueso para acabar con el sangrado.

Colocaron el primer vendaje y pequeñas filtraciones de sangre aparecieron. Pusieron un poco más de vendaje y, con mucho cuidado, me situaron sobre ella.

Me abrigaron y me sujetaron con cintas.

Posteriormente, levantaron la camilla con cuidado y me llevaron hacia la ambulancia.

En ese momento, Gabriel, César y Dylan aparecieron.

—¿Qué ha ocurrido?! —preguntó Dylan al borde de la exasperación—. ¡Addy, princesa!

—Debemos llevárnosla, está muy grave. ¿Subes como acompañante?

—Dylan, ve con ella, llamaremos a Rebeca y a Matt.

—¡Cuida de Annie! —habló antes de subir y sentarse en el pequeño asiento que había en el vehículo delante de la camilla.

Todo a mi alrededor se estaba desmoronando, sin embargo, el letargo se había apoderado de mí.

5 de octubre 2014

—Hola, pequeña. Dios, no sabes lo doloroso que es esto. —Sentí cómo sus manos sostenían mis manos y me las besaba, era él, lo estaba escuchando y deseaba hablarle, pero mi cuerpo no me respondía y mis ojos no se abrían—. Los médicos me han dicho que es bueno que hable contigo.

El silencio reinó en la sala del hospital.

—¿Sabes una cosa? No lo decía de verdad, no soportaría la idea de que no estuvieras a mi lado. Te necesito, Addy, eres mi fundamento.

«No te hubiera dejado hacerlo, habría luchado por los dos hasta el final».

—Despierta, llevas una semana en ese sueño y estoy asustado. No puedo hacer esto sin ti.

«¿Llevaba una semana durmiendo?, ¿qué clase de sueño era este?».

Un líquido frío paseó por donde él estaba apoyado, recorrió mi mano y acabó en la punta de mis dedos. Su temblor afectaba a mi psique, en estos momentos mi cuerpo solo era algo orgánico.

—Te lo suplico, pequeña, debes volver aquí conmigo. Norah nos está esperando, no sabes lo feliz que es cuando te ve. Eres como una madre para ella, lo más cerca de sentir ese amor ha sido contigo.

«Recuerdo la promesa que hice a esa pequeña, me encantaría salir de este descanso».

—Chico —habló una persona desconocida—, el tiempo de visitas se ha agotado. Lo siento mucho.

7 de octubre de 2014

Una corriente de energía se instauró en la habitación. Era algo que hacía que mi corazón latiera mucho más fuerte.

—Addy... Mi niña, mi hermosa niña. Todo esto es mi culpa, no debería haber estado con él.

«¿Mamá? No, tú no tienes la culpa de nada».

—Debí alejarme antes de él. No tenía que haberle permitido que me pegara, que me alejara de mi familia y de mis amigos. Nunca me voy a perdonar esto que te está ocurriendo, él llegó a ti por mi culpa.

Sentí cómo un delgado y agitado cuerpo envolvió el mío.

—Annie nos está mirando. Creo que ella también está llorando. Me han dicho que lo mejor era que no entrara, pero está mirando a través del cristal que hay a tu izquierda.

Una parte de mí se levantó y se dirigió hacia ese trozo de vidrio que nos separaba, estaba viendo a mi niña, a esa pequeña que había visto cómo su hermana mayor casi se muere delante de sus ojos.

Intenté pegar mi cara al cristal y exhalar todo el vaho que saliera de mi boca y nariz, sin embargo, nada salió y me sentí miserable.

Acerqué mi dedo a aquel lugar donde debería haberse producido aquel acto y lo acaricié.

Me giré y contemplé la escena que allí había: mi madre tumbada encima de mi exánime cuerpo, sujetando mi cuerpo con una de sus manos y la otra tocando mi estómago. Eso llamó mi atención, ¿había perdido a mi hijo?, ¿ese malnacido había logrado su propósito?

—Se encuentra en busca y captura. Todo esto va a detenerse.

11 de octubre de 2014

Mi espíritu cada vez estaba más debilitado, podía sentirlo. Y mi alrededor también lo hacía.

No recordaba qué había pasado en estos cuatro días, era confuso.

—Cuando entró tu madre en la habitación, yo no pude hacerlo. Tuve que quedarme afuera con tu hermana. —Era Matt, ¿en qué momento había entrado en la sala? No había notado ni sentido nada.

—Me gustaría haber hablado contigo al día siguiente, pero empeoraste.

Los pitidos de mi corazón se incrementaron, ¿empeoré?, ¿por esto hasta mi alma no es la misma?, ¿me estoy muriendo lentamente?

—¿Puedes oírme, Addy?, ¿lo has hecho y por eso te has puesto así?

«¡Dime qué me está ocurriendo!».

—Tranquila, tranquila. He venido para darte una buena noticia, han cogido a Dunkel. Se va a pudrir en la cárcel.

Los latidos de mi corazón volvieron a la normalidad.

—Eso es, ves cómo era una buena noticia. Ahora, señorita, lo que tienes que hacer es despertar. Rebeca, Dylan y Annie te necesitan. Incluso yo. Eres como una hija para mí. Has hecho tanto por Dylan, le has dado todo, incluso cuando no tenías nada que dar. Me ha hablado tanto de ti en estas dos semanas. Te estoy muy agradecido.

Dejó de hablar unos segundos, bufó varias veces y continuó.

—He traído esta foto, aparecéis muy guapas las tres. La tenía tu madre en la mesita de la habitación y queríamos que la tuvieras aquí contigo. Somos fuertes, Addy, todos vamos a serlo por ti.

16 de octubre de 2017

Todos los días a la misma hora venía mi madre y Dylan. Se quedaban todos y cada uno de los segundos que el médico les otorgaba.

Volvía a notarlos a mi alrededor, no obstante, ese día no sentí lo mismo; era algo nuevo.

—Realmente no sé cómo hacer esto. Dylan me ha prometido que me daría un buen golpe si me quedaba mucho tiempo. Me ha dado un par de minutos, nos observa por el cristal.

Se sentía abatido y superado, podía apreciar algunas de las sensaciones que desprendía su cuerpo.

—Quería pedirte perdón por todo aquello que te hice. No tengo perdón, lo sé. Todo lo bueno que llego a tener en la vida, lo acabo destrozando y de la peor manera. Dylan era mi mejor amigo y lo traicioné. No quise hacerte daño, no sé por qué cojones dije todas esas palabras denigrantes hacia ti y tu cuerpo, menos aún por qué intenté forzarte para que me dejaras besarte y tocarte. Supongo que intentaba hacerme creer el macho de la manada. Perdóname... —sollozó destruido.

Toda mi existencia había convivido con gente mentirosa y, estaba segura de una cosa, él no era como ellos. Sí, había hecho que mis temores volvieran a mí, que los demonios deambularan por un camino uniforme y sosegado, pero todos merecíamos segundas oportunidades. ¿Quién era yo para señalar con el dedo a una persona? Yo solo podía llamarte cobarde, cobarde por no dejar que la vida haga su curso, por no seguir el camino que tú quieres.

—Me vi superado por todo. Mis pensamientos y mis acciones hicieron lo que quisieron. No soy como todos piensan, no soy lo que ellos esperaban. ¿Quieres que te diga por qué estoy así? Después de haber estado varias veces con un hombre, le dije que no éramos amantes, que solo éramos desconocidos con las mismas ganas de ser tocados y de ser amados. ¿Ves?, no paro de mentir y acabo de perder al único hombre que me ha gustado de verdad. Addy, eres la primera a la que le confieso esto, soy gay. Despierta y así podré contarte, si decides ser mi amiga, cómo fue esa historia que la gente llama amor.

26 de octubre de 2014

—Después de tantos días, he podido venir. Cada vez que cerraba los ojos, veía tu sangre esparcida por todo ese portal. No puedo comer, no puedo dormir. Addy, tienes que despertar y curarte.

Ella, mi amiga, se puso a llorar y escuché cómo el hombre de su vida la consolaba.

—Kissa, debes tranquilizarte. Nadie va a permitir que esta niña no despierte. Ella va a ser fuerte y va a vivir, ¿verdad que sí, Addy?

28 de octubre de 2014

—Te dije que no iba a permitir que me abandonaras. —La sala se inundó de palabras no dichas y de miedos acumulados—. Así... así que despierta. Entonces, no pude escuchar quién me hablaba.

30 de octubre de 2017

He escuchado que han pasado ya veintitrés días, se supone que debería estar más fuerte y renovada. Pero no es así, mis energías son inexistentes.

Mi cuerpo ya no es mío, sobrevivo gracias a esa máquina que no para de sonar en todo el día.

Sabía que algo no iba bien, lo sabía por cómo me miraban esas personas que iban vestidas con una bata blanca.

—Es un niño, está vivo...

Sabía que las cosas no iban bien porque ese pitido de la estúpida máquina se paró.

Epílogo

William nació a los siete meses de gestación. Estuvo durante dos meses en una incubadora y en terapia intensiva, donde le proporcionaron tratamientos y cuidados especiales para que madurasen todos sus sistemas.

El pequeño vino al mundo con solo 600 gramos, nadie pensaba que iba a sobrevivir. No después de todo lo que había sucedido a su alrededor.

En esos momentos te das cuenta de lo rápido que puede cambiar el transcurso de la vida.

Y lo empírico de esta historia es cómo una debilitada y frágil chica ganó la batalla a la depresión, cómo luchó por su vida hasta el final, incluso después de que los médicos la dieran por muerta.

—¿Y esa chica quién es? —cuestionó esa mujer mirándome fijamente con una sonrisa.

—Yo —respondí tumbada en la cómoda butaca de la habitación.

—Adeline, estoy muy orgullosa de ti. El transcurso de tu historia y el final que le has dado ha sido cosa tuya. ¿Cuál crees que fue el peor momento?

Habían pasado 6 años desde el accidente. Entré en coma y, a medida que pasaban los días, mi situación empeoraba. Comprobaron mi estado y pensaron que mi hijo había muerto dentro de mí, sin embargo, la sorpresa fue cuando nació vivo.

—Creo que el peor momento fue cuando desperté, esa sensación de ahogo que tuve antes de despertar fue lo peor.

No lo tuve nada fácil, durante un año visité a la fisioterapeuta y al logopeda. Ahora puedo hablar con total fluidez y mis extremidades ya no se me resisten. Durante un año tuve que caminar con un andador.

—¿Qué es lo que sientes por tu hijo? —preguntó apuntando en el ordenador.

—Es el héroe de mi vida, es un guerrero que nunca ha parado de luchar. Cuando era un bebé, ganó su primera batalla a la muerte y, sí que hay veces que parece estar débil, pero sonrío y eso me hace ser la mujer más feliz.

—¿Cómo se lleva con Norah y Annie?

Dylan consiguió la custodia de su hija, logró ganar a todos aquellos que se

cruzaron y se interpusieron en su camino.

Compró una preciosa y familiar casa con la fachada blanca y las ventanas azules; y encontró un trabajo cerca de donde vivíamos. Me fui a vivir con él cuando cumplí los dieciocho años.

Teníamos claro que las cosas no iban a ser fáciles, solamente éramos unos adolescentes con dos niños a los que cuidar, alimentar y criar. Nadie nunca dijo que fuera fácil, podría ser que ese día las cosas fueran muy bien y que a la mañana siguiente todo estuviera demasiado mal. El momento de vivirlo era el ahora.

—Norah y William se llevan casi tres años y siempre se están peleando por todo. Si no se pelean por cambiar el canal de televisión, lo hacen por un juguete. Cualquier excusa es buena para ellos.

—¿Y cómo te sientes respecto a eso?

—Muy bien, creo que la normalidad era lo que esperábamos y lo hemos conseguido. Y me hace mucha gracia porque Annie, al ser la más grande de los tres, es la mediadora. Siempre encuentra la paz.

—Nuestros encuentros se acaban aquí, Adeline. Te expliqué que te daría el alta si veía que las cosas iban bien. Me ha gustado tratarte durante todos estos años, me queda darte la enhorabuena y despedirme de ti. —Mi móvil empezó a sonar e interrumpió todo el ruido que había a nuestro alrededor.

Observé el notificador de llamadas y era Dylan, la sonrisa que se dibujó en mi rostro jamás podría disimularla.

—Ya te están esperando, espero que seas muy feliz.

—Muchas gracias. —Contesté la llamada y mis piernas recorrieron el trayecto que me separaba de las personas con las que había construido mi vida.

—Mamá, te estamos esperando en la salida. Papá ha comprado una tarrina de chocolate para el postre, tienes que darte prisa.

—Ya voy, William, esperadme ahí.

Pronto sería el cumpleaños de mamá, cumplía cuarenta y cuatro, estaba tan feliz por ella. Volvía a ser la mujer que tantos abrazos me dio antes de ir a la cama, la mujer que no se cansaban de hacerme cosquillas, la mujer que me llenaba de besos.

Hubo una vez que alguien me dijo lo siguiente: «Por muy oscuro que esté el lugar, la oscuridad nunca podrá penetrar en la luz, sin embargo, por muy

pequeña que sea la luz, siempre alumbra». Y tenía razón, porque si yo pude, cualquiera puede hacerlo.

Biografía



Elisabet Castro es una loca de los animales y una apasionada de las letras. Y hoy, a sus 21 años, puede decir que ha llevado a cabo dos de sus pasiones, pues está estudiando Estudios Hispánicos: Literatura y lengua en la Universidad de Lérida y forma parte de la asociación de voluntarios del CAAC de Lleida y del grupo local de rescate de animales de su pueblo. También es una activista por el derecho de los animales y vegana. Empezó a escribir en una plataforma muy conocida, Wattpad, donde publicó historias de temática romántica-dramática y realista. Sus historias han obtenido varios premios en la plataforma.

Agradecimientos

Primero que nada, quería explicar que esta historia ha sido como una purga, me ha hecho sentir tan bien en muchos aspectos.

Me ha reconfortado y me ha ayudado a cerrar un capítulo desastroso de mi vida.

Esta historia lleva mucho de mí, los sentimientos, los pensamientos y el desenlace. Un desenlace que quería que fuese verdadero y real.

Durante toda mi vida, he sido una persona vergonzosa y, supongo, diferente. Ahora la vergüenza ha ido desapareciendo, sin embargo, continúo siendo diferente y eso me gusta.

También soy una chica solitaria, eso no me acaba de gustar, pero me conformo y sé continuar. ¿Os habéis dado cuenta de que Addy se parece un poco a mí?

Antes y después de la muerte de mi padre lo pasé muy mal. Antes de que eso ocurriera, esta historia empezó a ayudarme, me hacía ver que las cosas podían funcionar bien, pero cuando ocurrió, estuve durante meses sin escribir nada. Pensaba que no podía, pero con ella acaba una etapa de mi vida. Y en este tema gira mi historia, cómo una chica intenta superar y vencer sus miedos, cómo gana aquello que ella quiere.

Por último, quiero agradecer a todas aquellas personas que han leído y me han ayudado a continuar con este libro.

Gracias por estar aquí.

Table of Contents

[Silencio](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[5 de octubre 2014](#)

[7 de octubre de 2014](#)

[11 de octubre de 2014](#)

[16 de octubre de 2017](#)

[26 de octubre de 2014](#)

[28 de octubre de 2014](#)

[30 de octubre de 2017](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)